

Un señor muy respetable

Naguib Mahfuz

Traducción de María Luisa Prieto

[image]

NARRATIVAS GALLO NERO

64

Un señor muy respetable

Naguib Mahfuz

Traducción de

María Luisa Prieto

Título original:

Hadrat al-muhtaram

Primera edición: marzo 2021

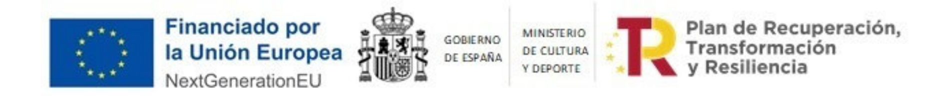
Diseño de cubierta: Gabriel Regueiro

Corrección y maquetación: Guillermo Pérez

Conversión a formato digital: Ingrid J. Rodríguez

La traducción de este libro se rige por el contrato tipo propuesto por Ace Traductores

ISBN: 978-84-19168-30-6



Proyecto financiado por la Dirección General del Libro y Fomento de la Lectura, Ministerio de Cultura y Deporte Financiado por la Unión Europea-Next Generation EU

Un señor muy respetable

1

Cuando se abrió la puerta apareció ante sus ojos un inmenso despacho: todo un mundo de significados y motivaciones; aquel no era solo un espacio limitado que soportaba el peso de un sinfín de detalles. Se imaginó entonces que todos los que entraran allí serían engullidos y desaparecerían de la faz de la tierra. Sentía que su sensibilidad se exacerbaba y se sumergía en una mágica fascinación. Al principio, dejó volar su imaginación. Olvidó lo que su alma anhelaba contemplar, el suelo, las paredes y el techo, incluso al dios que estaba sentado tras el magnífico escritorio. Una especie de sacudida eléctrica recorrió todo su cuerpo y sintió brotar del interior de su corazón un amor delirante por el esplendor que proporcionaba estar en la cima del poder. En ese momento le pareció que una poderosa fuerza lo impulsaba a prosternarse y a ofrecerse en sacrificio; no obstante, como todos los demás, siguió la senda poco heroica de la piedad, la súplica, la obediencia y la seguridad. Como los niños, tendría que derramar abundantes lágrimas antes de imponer su voluntad. Dejándose llevar por una irresistible tentación, lanzó una mirada furtiva al dios que permanecía sentado detrás del escritorio, luego bajó la vista en un ademán humilde.

Hamza al-Suwayfi, el jefe de Administración, encabezaba el pequeño cortejo y, dirigiéndose al director general, dijo:

—Aquí están los nuevos empleados, Excelencia.

Los ojos del director general examinaron los rostros de los recién llegados, incluyendo el suyo. En aquel momento le pareció que por fin había entrado a formar parte de la historia del Gobierno, que había logrado comparecer ante al-Husra. Creyó oír un extraño murmullo. Quizá lo oyó solo él, podría tratarse de la voz del Destino. Cuando Su Excelencia terminó de examinar sus caras, se dirigió a ellos con una voz pausada, suave, que nada revelaba de su personalidad.

—¿Todos tienen la diplomatura? —preguntó.

—Dos de ellos son licenciados en comercio —respondió Hamza al-Suwayfi.

—El mundo progresa —observó el director general, animoso—. Todo está cambiando. En la actualidad la diplomatura reemplaza el

certificado de estudios primarios.

Ahora parecían más tranquilos y ocultaban su satisfacción tras un gesto aparente de sumisión.

—Espero que sean dignos de la confianza que se ha depositado en ustedes —dijo Su Excelencia.

Repasó la lista de nombres y súbitamente preguntó:

—¿Quién es Uzmán Bayyumi?

El corazón de Uzmán latió con fuerza. El hecho de que Su Excelencia hubiera pronunciado su nombre le había causado una profunda impresión. Sin levantar la mirada, dio un paso y susurró:

—Soy yo, Excelencia.

—Sus calificaciones son excelentes. ¿Por qué no ha cursado estudios superiores?

Confundido, permaneció en silencio. En realidad no sabía qué responder, a pesar de que estaba seguro de cuál debía ser su respuesta.

El jefe de Administración habló por él, disculpándole:

—Tal vez fueron las circunstancias, Excelencia.

De nuevo oyó el murmullo de la voz del Destino. Por primera vez sintió que el azul del cielo y que una fragancia extraña pero agradable impregnaban la sala. Ya no le preocupaba la alusión a sus «circunstancias», pues había sido santificado por la amable atención de Su Excelencia. Se dijo a sí mismo que sería capaz de luchar solo contra todo un ejército y salir vencedor. Su imaginación empezó a ascender hasta que su mente desapareció entre las nubes, en un estado de euforia y embriaguez. Entonces, Su Excelencia tamborileó con los dedos en el borde del escritorio y dijo, dando por finalizada la entrevista:

—Gracias. Buenos días.

Uzmán salió del despacho recitando en silencio la aleya[1] del Trono.

2

Estoy ardiendo, Dios mío.

El fuego consumía su alma sumida en un mundo lleno de sueños. En un instante fugaz, el mundo le pareció una explosión de luz cegadora que intentaba atrapar en su corazón y aferrarse a ella como un loco. Durante toda su vida había soñado, deseado, anhelado, pero esta vez el deseo le consumía y, a la luz de ese fuego sagrado, vislumbró en un momento el sentido de la vida.

De cualquier forma, con los pies en la tierra, había decidido dedicar la suya al Departamento de Archivos. No le importaba cómo sería el principio; la misma vida se había iniciado por una sola célula o quizá por algo más ínfimo. Temblando todavía, se dirigió a su nuevo puesto en el sótano del ministerio, donde percibió una intensa oscuridad y aquel olor típico del papel viejo. A través de una ventana con rejas, pudo ver que el suelo de la calle estaba al mismo nivel de su cabeza. Ante él se extendía la inmensa sala, con hileras de archivadores a ambos lados y en el centro. Las mesas de los empleados estaban colocadas en los espacios vacíos que quedaban entre los archivadores. Siguió a un empleado hasta una mesa situada al fondo, en un hueco de la pared, tras la que se sentaba el jefe del Departamento de Archivos. Aún no se había recuperado del acceso de inspiración divina. Ni siquiera tras su descenso al sótano había conseguido volver en sí. Seguía al empleado, distraído, desconcertado y excitado, mientras se repetía a sí mismo: «Las aspiraciones humanas son infinitas».

El empleado hizo las presentaciones:

—El señor Uzmán Effendi[2] Bayyumi, el nuevo empleado. Nuestro jefe, el señor Safán Effendi Basyuni.

Uzmán reconoció alguna señal familiar en la cara de aquel hombre, como si se tratara de un vecino suyo. Le resultaron agradables la marcada complexión ósea de su cara, su piel oscura y tensa, así como su pelo blanco y despeinado. Pero todavía se sintió más atraído por su mirada gentil y amistosa, que trataba de mostrar en vano un aire de autoridad. El hombre sonrió, descubriendo el rasgo más desagradable de su fisonomía: unos dientes negros entre los que se veían unos grandes huecos.

—¡Bienvenido al Departamento de Archivos! ¡Siéntese! —dijo, mientras echaba un vistazo a los papeles que tenía sobre la mesa—. Toda la vida puede resumirse en dos palabras: hola y adiós.

«A pesar de todo —pensaba Uzmán—, la vida es infinita.» Sentía soplar un extraño y misterioso viento, repleto de posibilidades. De nuevo se dijo a sí mismo que la vida era infinita, como debía serlo la voluntad para conseguir todos aquellos deseos. El jefe del departamento le señaló una mesa vacía, de cuero desgastado por el uso, de color indefinido y en la que se veían varias manchas de tinta.

—Su mesa —dijo—. Examine la silla detenidamente, el clavo más diminuto puede hacer trizas un traje nuevo.

—Menos mal que mi traje es muy viejo —replicó Uzmán.

El hombre siguió con sus consejos:

—Y acuérdese de rezar una oración antes de abrir un archivador. Antes de un día de bayram salió de uno de ellos una serpiente que medía por lo menos un metro.

Empezó a reírse hasta que le entró la tos, luego continuó:

—Pero no era venenosa.

—¿Y cómo se sabe si es o no venenosa? —preguntó Uzmán preocupado.

—Puede preguntárselo al conserje; es de Abu Rawnash, la región de las serpientes.

Uzmán tomó aquello como una broma y no le dio más importancia. Ahora se reprochaba no haber observado meticulosamente el despacho de Su Excelencia el director general, no haber retenido en su mente el rostro y la personalidad de aquel hombre y no haber intentado descubrir el secreto del poder con el que había puesto a todos bajo sus órdenes. Ese era el poder que había que adorar. En eso consistía la belleza divina. Era uno de los secretos del universo. La tierra está llena de innumerables secretos divinos para quien sepa ver y pensar. El breve espacio de tiempo entre «hola» y «adiós» también es infinito. ¡Desgraciado el que ignore esa realidad! Hay personas que nunca se mueven, como Safán Basyuni, un hombre bueno pero gris, que respeta una sabiduría de la que no ha aprendido nada; así era también su padre. Qué distintos son aquellos cuyo corazón ha tocado el fuego sagrado. Ante él se extendía un camino de felicidad que

comenzaba en el octavo grado del funcionariado y terminaba en el brillante cargo de Su Excelencia el director general. Este era el más alto ideal al que podía aspirar la gente común. Ese era el más alto cielo donde se reflejaban la misericordia divina y la dignidad humana. Octavo, séptimo, sexto, quinto, cuarto, tercero, segundo, primero… y director general. El milagro podía producirse en treinta y dos años o quizá algo más. Los que se quedaban a mitad de camino eran innumerables. La justicia celestial todavía no se podía aplicar a los humanos, y menos aún a los empleados del Gobierno. «El tiempo se acurruca en tus brazos como un niño dormido, pero no puedes predecir tu futuro.» Sentía que se consumía en su propi0 fuego, eso era todo. Le pareció que el fuego que ardía en su pecho era el mismo que irradiaban las estrellas en el firmamento. Somos criaturas misteriosas cuyos secretos permanecen ocultos a todos excepto a su Creador.

—Lo primero que hará será encargarse del correo, ya que es lo más sencillo —le dijo Safán Basyuni. Y añadió riendo—: Los empleados de esta sección suelen quitarse la chaqueta mientras trabajan o, al menos, se ponen unos manguitos para protegerse del polvo y de los clips.

Todo eso era fácil. Lo realmente difícil era cómo arreglárselas con el tiempo.

3

En la única habitación de su piso podía continuar examinándose. El sentido de su vida se materializaba ante él. Vivía constantemente en alerta, aguzando su conciencia para hacerse con todas las armas posibles. Desde su pequeña ventana podía ver el lugar donde había nacido: el barrio de al-Husayni, una prolongación de su cuerpo y de su alma. La suya era una calle larga con un marcado recodo, famosa por el apartadero para carros y su abrevadero para animales de carga. La casa en la que había nacido y crecido había sido demolida. En su lugar se extendía ahora una pequeña explanada para carretones. Los pocos vecinos que habían abandonado aquella calle lo habían hecho solo para irse a la tumba. Trabajaban en diversos barrios: al-Mabyada, al-Darrasa, al-Sikka, al-Yadida o incluso más lejos, pero todos regresaban al final de la jornada. Una de las características principales de aquella calle era que no conocía murmullos ni confidencias. La voces allí eran muy fuertes, unas veces sabias y otras primarias. Entre aquellas voces había una muy cercana a él, una voz recia, áspera, a la que la edad no había debilitado: la voz de Umm[3] Husni, su casera. Los sueños de eternidad eran extenuantes, pero ¿qué había sido él en el pasado y qué era en el presente? Era natural que alguien como él no supiera nada de imposibles y que no se dejara arrastrar por la corriente sin un plan preconcebido. Muchas veces había soñado que estaba orinando, pero siempre se despertaba en el momento oportuno. ¿Qué significaba aquello? Umm Husni había sido una buena amiga de su madre, su compañera y confidente durante toda la vida. Ambas se habían casado con carreteros y habían trabajado duramente con la paciencia y tenacidad de las hormigas por unas cuantas piastras para ayudar a sus esposos a sacar adelante a la familia. Habían sido vendedoras ambulantes, peluqueras, casamenteras, etcétera. Su madre aún trabajaba cuando murió y Umm Husni continuaba demostrando su tesón. Ella había tenido más suerte y había conseguido ahorrar más que su amiga. Por esta razón, llegó a reunir el suficiente dinero para construirse una casa: un almacén de madera en la planta baja y dos pisos. Uno lo ocupaba ella y el otro, Uzmán. Del único hijo de su casera solo quedaba el nombre, Husni, pues la guerra y las penalidades lo habían llevado a residir en tierras lejanas.

¿Acaso no tenía él derecho a soñar? Soñaba gracias a la llama sagrada que ardía en su pecho y también gracias a su pequeña habitación. Estaba acostumbrado a sus sueños tanto como lo estaba a la cama, al sofá, a la cómoda y a la estera, y también a la voz, estridente o

melodiosa, que brotaba de su garganta y cuyo eco resonaba en aquellas gruesas y oscuras paredes.

¿Qué había sido de su pasado? Su padre quería que fuera carretero, como él, pero el Sheij[4] de la escuela coránica le dijo:

—Confíe en Dios, Bayyumi, y mande al chico a la escuela primaria.

Su padre se mostraba confundido:

—¿Acaso no sabe ya el suficiente Corán para rezar sus oraciones?

—El chico es despierto e inteligente. Tal vez pueda trabajar como funcionario —replicó el Sheij.

Bayyumi, incrédulo, se echó a reír, pero el Sheij continuó aconsejándole:

—Puede llevarlo a una escuela gratuita; quizá lo acepten.

Bayyumi estuvo dudando durante un tiempo y por fin ocurrió el milagro. En la escuela, Uzmán consiguió obtener el certificado de estudios primarios con calificaciones notables. Se distanció de los niños descalzos del barrio y sintió que un primer chispazo sagrado brotaba de su corazón palpitante. Estaba seguro de que Dios había bendecido sus pasos y le había abierto las puertas de lo infinito.

Ingresó en una escuela secundaria, también gratuita, y logró un éxito que nadie en el barrio de al-Husayni habría llegado a imaginar. Pero, cuando aún estaba en el segundo curso, su padre contrajo una enfermedad mortal y se mostró arrepentido de lo que «había hecho» con su hijo.

—Voy a morirme y tú no eres más que un alumno que no conoce ningún oficio. ¿Quién va a conducir el carro y quién va a mantener la casa?

Su padre murió muy triste. Pero su madre continuó trabajando día y noche, con la esperanza de que Dios hiciera de su hijo un gran hombre. ¿Acaso Dios no tiene poder para hacer cualquier cosa? De no haber sido por la inesperada muerte de su padre, Uzmán habría terminado sus estudios superiores. Sentía cómo se acrecentaba su angustia porque era consciente de su ambición y de sus sagradas aspiraciones. Pero sagrada era también la memoria de sus padres, y en todas las fiestas religiosas acudía a visitar su tumba, una tumba pobre perdida entre las otras en una gran extensión de tierra. Ahora estaba

solo, como una rama desgajada de su tronco. Su hermano mayor —que era policía— había muerto en una manifestación. Su hermana había muerto de tifus en un hospital y otro hermano había fallecido en la cárcel. El recuerdo de su familia le resultaba muy doloroso y no podía dejar de llorar la muerte de sus padres. Relacionaba todos aquellos acontecimientos con una dramática exaltación que lo hacía temblar. El destino de la gente que conocía se había abierto paso a través de deseos enfrentados y fuerzas desconocidas, y se había consagrado para la eternidad. Por ello, la confianza en sí mismo no tenía límite, a pesar de que al final buscaba el amparo de Dios. Por esta razón, nunca olvidaba rezar sus oraciones, especialmente la de los viernes en la mezquita de al-Husayni. Como el resto de la gente de su barrio, no hacía distinción alguna entre religión y vida: la religión era para la vida y la vida, para la religión, y una joya deslumbrante como el cargo de director general era solo una estación sagrada en el camino divino e infinito. En los juegos y las charlas con sus amigos, siempre alerta, había captado las ideas y las palabras que le parecían importantes. Luego se dedicó a trazar un plan minucioso para el futuro, el Programa de Trabajo, que revisaba cada mañana antes de salir de casa:

Programa de trabajo y vida

Cumplir con el deber con precisión y honestidad.

Estudiar las leyes del presupuesto como si fuera un libro sagrado.

Cursar estudios universitarios como alumno libre.

Aprender inglés y francés, además de mejorar el árabe.

Adquirir cultura general, en especial la que puede resultar útil a un funcionario.

Demostrar por todos los medios posibles piedad y rectitud, así como diligencia en el trabajo.

Esforzarse por ganar la confianza y el aprecio de los superiores.

Aprovechar las oportunidades sin menoscabo de la propia autoestima. Por ejemplo: ayudar a alguien que ocupe un cargo influyente, hacer amistades útiles o una buena boda que permita progresar.

Se miraba con frecuencia en un pequeño espejo colgado entre la ventana y el perchero para examinar su aspecto y darse confianza. Estaba claro que su aspecto nunca supondría un obstáculo en su carrera. Tenía una buena figura, como la gente de su barrio, un rostro moreno y alargado, de frente alta y despejada, y un cabello hermoso. Su físico le capacitaba para lograr cualquier puesto, fuera cual fuera su importancia.

Sacaba fuerza y valor de lo más recóndito de su alma y se decía a sí mismo:

«No ha sido un mal comienzo. Y el camino es infinito.»

4

El momento de la cita.

La hora del encuentro en el umbral del vacío también era sagrada. Se apresuraba hacia ella con el corazón ardiente y con la alegría de quien se ha desprendido del peso de la vida. Allí, en el umbral del desierto, estaba la fuente vieja y abandonada, al pie de cuyos escalones se sentarían juntos, en el regazo infinito del atardecer. Frente a ellos, el desierto se extiende hasta la ladera de la montaña, mientras el silencio entona su canto desconocido. El color oscuro de su piel recuerda el tono encendido del atardecer, un color heredado de una madre egipcia y un padre nubio que murió cuando ella solo tenía seis años. Aquella antigua amistad de la calle se perdía en el lejano pasado hasta desvanecerse en la fuente de la propia vida. Cuando él se mira en sus ojos grandes y profundos o contempla su cuerpo, pequeño y firme, rebosante de vitalidad, se siente ante la presencia de un ideal estremecedor que despierta en sus instintos una especie de anhelo. Era su amiga de la infancia en la calle y en la azotea; y también su compañera de estudios. Con solo dieciséis años, todo el mundo la consideraba una buena ama de casa. Era la única ayuda con la que contaba su madre, pues sus siete hermanas ya se habían casado.

Sayyida sonreía, siempre sonreía, con los ojos brillantes y el cuerpo en constante movimiento, con una especie de gracia inquieta. Las trenzas de su espeso y ondulado cabell0 se movían al compás de la seca brisa procedente de la montaña. Rompiendo el dulce silencio, dijo:

—Mi madre está contenta de que hayas empezado a trabajar para el Gobierno.

—¿Y tú? —le preguntó él sonriendo.

Ella mostró su alegría, pero no respondió. La estrechó entre sus brazos y sus labios perfilados besaron los gruesos labios de ella. Ninguno de los dos había hablado de amor, pero lo demostraban cuando estaban a solas mediante abrazos y besos. Ella saciaba esa parte de su alma que ansiaba los sencillos placeres de la vida. También la amaba con la razón porque apreciaba sus virtudes y su sinceridad, y tenía el presentimiento de que ella podría hacerle feliz.

—Ya eres funcionario… —Su voz revelaba admiración y él la besó de

nuevo—. En nuestra calle nadie ha llegado tan lejos.

Todos sus amigos trabajaban en oficios manuales. Siempre lo habían mirado con respeto y, algunos, con envidia. ¡Qué satisfecho se sentiría si no fuera consciente, con amarga certidumbre, del largo y difícil camino que debía recorrer!

—Solo tú has conseguido trabajar en un despacho.

—Eso no tiene ningún valor fuera de nuestro entorno —respondió con calma.

—Lo único que importa es que el lugar donde nacimos no es más que un apartadero de carros.

La besó por tercera vez y dijo:

—No hables de los carros sin respeto.

—Tienes razón. ¡Qué corazón tan noble!

Al padre de Sayyida lo habían arrestado en los mismos disturbios que su hermano y había muerto en la cárcel. Todos aquellos acontecimientos eran considerados como viejas glorias que daban prestigio al barrio. Pero Sayyida solo tenía en mente un objetivo evidente; era inútil ignorarla. Ya estaba con la pregunta de siempre:

—¿Y ahora?

Uzmán era consciente del ansia que sentía por escuchar la palabra que tranquilizara su corazón y la hiciera feliz. También sabía que su felicidad no era menor que la de ella, mayor, incluso. Amaba a esa muchacha como ella lo amaba a él, y no podía prescindir de ella. Pero tenía miedo. Tenía que pensar en muchas cosas, atenerse a su riguroso Programa de Trabajo. Aún debía reflexionar mucho sobre la vida que estaba esperándole, su deseo y desafío a un mismo tiempo.

—¿A qué te refieres, Sayyida?

—¡A nada! —respondió ella con un disimulado tono de insistencia.

—No debemos olvidar que aún somos muy jóvenes.

—¿Yo? —Su tono de dulce protesta aludía a su evidente feminidad.

—Me refería a mí —dijo él bromeando.

—Déjate bigote. Eso es lo que necesitas.

Se tomó en serio su consejo y pensó que aquello podría resultarle útil en su lucha, pues ¿quién se podía imaginar a un alto cargo sin bigote?

—Voy a completar mis estudios, Sayyida —dijo con calma.

—¿Aún necesitas estudiar más?

—Quiero un título universitario.

—¿Para qué?

—Es condición para conseguir un ascenso.

—¿Tardarás mucho tiempo?

—Cuatro años, por lo menos.

Con angustia, observó una expresión lánguida en sus ojos que delataba timidez y algo de enfado.

—¿Y para qué necesitas ascender?

Se rio y le besó el pelo, pero no se atrevió a ir más allá. El aroma de su pelo le recordó los juegos de infancia y el azote que se ganó cuando los pillaron jugando a los novios. La oscuridad de la noche cubría la colina y de un gramófono lejano les llegaban las notas de una canción.

—Parece que el ascenso es más importante de lo que creía.

La cogió de la mano y susurró:

—Te querré siempre.

Decía la verdad, una verdad acompañada de una sensación de tristeza, dolor y odio a sí mismo. Pensó que la vida era una experiencia grande y magnífica, pero extenuante.

5

Se detuvo junto a la tumba de sus padres, una más entre muchas, y recitó la Fatiha.5 Luego, como si se dirigiera a ellos, dijo:

—Dios tenga misericordia de vosotros.

Después continuó hablándoles en tono confidencial:

—Uzmán es ahora un respetable funcionario que da sus primeros pasos por un camino difícil, pero está empeñado en llegar hasta el final. —Se inclinó ligeramente y añadió con humildad—: Todas las cosas buenas que tengo os las debo a Dios y a vosotros.

Dio media piastra a un muchacho ciego que estaba recitando unos versículos del Corán. A pesar de que la limosna era insignificante, sintió la conocida sensación de opresión que lo invadía cuando daba dinero a alguien. Después de que el muchacho se fuera, se dirigió de nuevo a sus padres:

—Juro ante Dios que descansaréis en una tumba nueva cuando se cumplan mis deseos.

No sabía qué quedaría de aquellos cadáveres con el paso del tiempo, pero seguro que algo habría. Sorprendido, recordó a Sayyida y su imagen sonriente se dibujó ante él. Se imaginó que estaba a punto de hacer una observación franca e irónica sobre su propia muerte. El corazón se le contrajo de dolor y susurró:

—Condúceme, Señor, por el camino recto y que todo lo que haga sea guiado por tu inspiración.

Evocó los últimos días de su padre. Era algo de lo que no podía escapar. La enfermedad y la edad lo habían aniquilado hasta el punto de que su única distracción era sentarse sobre una piel de animal delante de la casa, sin apenas ver ni oír nada. En su desesperación exclamaba con tristeza:

—¡Señor, ten misericordia!

En sus buenos tiempos había sido uno de los hombres más fuertes de la calle. Durante su larga vida, se había servido de la fuerza de sus brazos y piernas para trabajar sin parar y soportar hasta el final la

dureza de la vida y la pobreza. Pero su fuerza, sin nada que la alimentara, se había ido minando. A veces, en medio de su desgracia, le oía reír sin motivo. Una noche lo encontraron muerto sobre la piel en que solía sentarse. Nadie supo cómo se le presentó la muerte ni cómo él la había recibido. Pero la muerte de su madre fue aún más espantosa. Estaba haciendo la colada cuando, de pronto, empezó a retorcerse y a gritar de dolor. Una ambulancia la llevó al hospital de Qasr al-Ayni, donde murió mientras le realizaban una operación de apendicitis.

Su familia había sufrido de forma intensa el dolor de la muerte. Algo en su interior le decía que, tal vez por esta razón, él viviría mucho tiempo, y entonces una ola de tristeza lo inundaba. Cualquier forma de morir parecía razonable comparada con la de su hermano, el policía: un hombre fuerte como un toro, muerto por las piedras lanzadas por unos manifestantes. ¡Qué muerte! Él no los conocía, tampoco ellos a él. Uzmán asistía al desarrollo de aquellos acontecimientos como un espectador asombrado. Nada tenía sentido para él. Era verdad que había aprendido mucho con el estudio de la historia. Conocía muchas de las cosas ocurridas desde las épocas más remotas hasta la Gran Guerra. Sabía que se habían producido revoluciones, pero nunca las había vivido ni reaccionado ante ellas. Había visto y oído cosas, pero siempre se mantenía apartado y asombrado. Ninguna causa común lo habría arrastrado nunca al campo de batalla. ¡Y cómo admiraba a los grandes hombres de Estado y a sus seguidores! Durante toda su vida se había sentido acosado por la pobreza y el hambre; por este motivo no había tenido tiempo para proyectar su horizonte intelectual al exterior. Se había encerrado en el mundo de su calle, con sus preocupaciones desconocidas por todos, el salvajismo, la violencia y la persecución. Hoy tenía un solo objetivo, sagrado y profano a la vez, Sin relación, como podía ver, con los extraños acontecimientos que tenían lugar en nombre de la política.

Se dijo a sí mismo que la verdadera vida del hombre es su vida interior, la que hace latir el corazón a cada instante, la que conduce al esfuerzo, la entrega y la creatividad. Era algo sagrado, religioso. A través de ella se logra la realización personal al servicio del aparato del Gobierno o del Estado. Gracias a ella se cumple el glorioso destino del hombre en la tierra y la voluntad de Dios. La gente va en busca de otras cosas, incluso contrarias a este fin, pero son todos unos locos y farsantes. Por eso, no se perdonaba a sí mismo no haber captado con todo detalle el despacho del director general y aquella singular personalidad que dirigía toda la Administración desde detrás de una pantalla, en un orden preciso y una perfecta secuencia que recordaban a la armonía del universo y la sabiduría celeste.

Suspiró profundamente.

Recitó la Fatiha de nuevo y dijo como despedida:

—Ruega por mí al Señor, padre.

Dio la vuelta a la tumba agrietada con las dos lápidas caídas y dijo:

—Ruega por mí al Señor, madre.

¡Qué maravilla el descubrir de las estaciones! Él lo vivía a través de su incesante trabajo. El invierno en la calle es muy duro, pero estimulaba el trabajo. La primavera con su jamsini[6] es odiosa; el verano, un infierno, y el otoño, una enigmática y contemplativa sonrisa.

Él perseveraba en el trabajo con firme deseo y pasión ardiente. Los libros de derecho aparecían ordenados bajo la cama y sobre el alféizar de la ventana. Dormía poco por la noche. Abrazaba las ideas y luchaba contra lo desconocido. No encontraba satisfacción por sus logros. Por lo general, dedicaba los viernes a adquirir los conocimientos de cultura general dignos de los directores y de sus subordinados.. Prestaba especial atención a la poesía y aprendía de memoria numerosos poemas. Incluso intentó componer alguno, pero fracasó. Se decía a sí mismo que la poesía había sido, y seguía siendo, el mejor medio para ganarse el favor de los poderosos y brillar en las reuniones sociales. Sabía que su incapacidad para componer poemas era un obstáculo lamentable, pero, de todos modos, la memorización de poemas ajenos era la mejor forma de perfeccionar su propia prosa. Saber hablar en público no era menos importante para triunfar que la poesía, y la elocuencia era esencial. Lo mismo podía decirse de las lenguas extranjeras, o incluso más.

Todas estas ramas del conocimiento eran útiles; llegaría un momento en que su cotización en el mercado del escalafón se elevaría, pues un funcionario no vive solo de sus conocimientos sobre los presupuestos del Estado. Además, él debía sacar provecho de todo, porque ¿quién sabía lo que podía pasar? Solía decir que su vida era una corriente de agua que discurría en pos de la luz y el conocimiento, en la que afluían los diversos campos del pensamiento, empujada por el ardor de la fe, el orgullo humano y el honor, para alcanzar al final el umbral sagrado.

Bebía la paz de su espíritu en los escalones de la antigua fuente, en el abrazo del amor ardiente, entre los brazos de la bella y enamorada muchacha y en su virginal y cálido regazo. Sin comprometerse ni con acciones ni con palabras, a pesar de que sentía tanto apego por ella como por su propia vida. «¡Ay, si la vida pudiera satisfacerse con amor y sencilla felicidad!», pensaba. Sayyida estaba tan impaciente que se olvidaba de su innata discreción. Ya no le importaba expresar sus verdaderos sentimientos o revelar el ardor de su deseo. Un día llegó a

decirle con verdadero fervor:

—No podría vivir sin ti.

Sus palabras le parecieron tibias en comparación con la generosidad de sus gruesos labios. En otra ocasión le confesó:

—Lo eres todo para mí, el pasado y el futuro.

Sus ojos de color miel resplandecían de fidelidad, comprensión y amor verdadero. Y en el tierno momento del abrazo apasionado, dijo suspirando:

—Hemos olvidado algo.

A lo que él respondió de forma insípida y arrogante:

—Nada le falta a nuestro amor.

Ella se encogió de hombros en señal de protesta, pero con cuidado de no ponerlo en un apuro. Creyó que sería preferible mostrarse paciente y perseverante.

Él no dejaba de pensar que una terrible represión lo pondría a merced de lo desconocido. Por este motivo cedió a la tentación de un amigo que le propuso visitar el barrio de las prostitutas. Como buen hijo del barrio de al-Husayni, no le faltó el arrojo necesario. Se adentró en la calle iluminada por los faroles de gas, distantes entre sí y cubiertos por una capa de polvo tan densa que ambos lados de la calle quedaban envueltos en una semipenumbra que excitaba aún más los deseos. Miró, inquieto, de un sitio a otro, hasta que sus ojos descubrieron una presa. Generalmente, a aquellas visitas les sucedían la súplica del perdón y el largo empeño en la oración y el culto. Era lo que solía hacer cada vez que se encaraba con sus profundas y ocultas intenciones respecto a Sayyida. De este modo, además de la fatiga del trabajo continuo, sufría otra mayor por su remordimiento de conciencia. Sus largas y agotadoras noches concluían en una intensa fatiga mental, semejante al desvanecimiento, y a veces las lágrimas asomaban a sus ojos sin que se diese cuenta.

Safán Basyuni, el jefe de Archivos, observaba su trabajo con admiración e inquietud. Apreciaba su firmeza, discreción y buenos modales, pero desde el principio sabía que él no se contentaría solo con el certificado de enseñanza de estudios primarios, con el que destacaría en el Departamento de Archivos. Ambicionaba poseer una titulación mayor que lo ayudara a ascender. Uzmán captó

rápidamente las preocupaciones de su jefe; sin embargo, confiaba en su bondad innata. Duplicaba sus esfuerzos para lograr su amistad y se mostraba sumiso en acatar sus órdenes, hasta que logró obtener la plena confianza de Safán y este le abrió su corazón con una sinceridad extraña. En el tiempo libre, se acercaba a Uzmán y le hablaba con franqueza, revelándole sus opiniones e inclinaciones políticas. Era tal el entusiasmo del hombre que Uzmán renunciaba a exponer sus propias ideas y se mostraba siempre neutral.

—La verdad es que estamos en la misma línea de pensamiento —decía con precaución.

Tales palabras complacían sobremanera al jefe, quien no dejaba de extrañar a Uzmán. Le asombraba el interés desmesurado de su jefe por esas cosas. Y le extrañaba más aún el interés de sus pobres compañeros. ¿Qué era lo que les atraía tanto de aquella cosa? ¿Es que no tenían otras preocupaciones esenciales en que ocuparse? Se decía a sí mismo, con no poco desdén, que toda aquella gente no tenía un objetivo preciso en la vida, que su fe religiosa era solo superficial y que no meditaba lo suficiente sobre el sentido de la vida ni sobre lo que Dios había creado para ellos. Por eso, sus pensamientos y sus vidas se despilfarraban en sofismas y su verdadera fuerza se disipaba sin ningún logro. Las ilusiones los distraían y el tiempo pasaba sin que aprendieran nada.

7

Un día, mientras le entregaba el correo, Safán Basyuni le dijo:

—¿Por qué no viene a mi casa esta noche?

Se quedó sorprendido e inquieto, pero no declinó la invitación. El hombre continuó:

—Nuestros vecinos celebran una boda. Cenaremos carne de cabeza de buey y nos sentaremos en el balcón para escuchar música.

Safán vivía en un tercer piso de un edificio de Afta al-Bahr, cerca del mar, en el barrio de Bab al-Shariyya. Uzmán notó que era el único invitado y se sintió halagado. La cena fue deliciosa: sesos, carrillo, lengua y ojos de buey, acompañados de salsas, sopa de carne, pan y ajo, además de rábanos y vinagreta, y, de postre, melón. Comió hasta hartarse. Luego se sentaron en el balcón que daba al patio de la casa donde tenía lugar la fiesta. El patio estaba iluminado por numerosas bombillas; en él se alineaban las butacas y las sillas que ocupaban los invitados. Algunos muchachos y niños se apretujaban en los pasillos y muchos otros permanecían fuera. Las luces se encendieron también dentro de la casa y se veía cómo las mujeres iban de un lado a otro. El lugar vibró con voces de todas clases y tonos; las risas, las toses y las exclamaciones de júbilo llenaban el ambiente. Uzmán se sentía emocionado ante aquel despliegue de alegría y su cálido corazón se llenó de sensualidad y amor. Por eso, los primeros sones de la orquesta le impresionaron más de lo que esperaba y de lo que acostumbraba, pues no era demasiado aficionado a la música, si bien cuando se presentaba la ocasión la escuchaba, aunque solo fuese durante unos breves instantes. En realidad, la música era algo bueno y relajante. El matrimonio era algo hermoso, una dicha y un deber religioso. De repente, le invadió un sentimiento general de tristeza.

—Tal vez necesite algún tipo de distracción. Eso es lo que me digo muchas veces. —Mientras Safán le hablaba vio cómo su rostro se iluminaba por el juego de luces y sombras—. Su vida transcurre entre el trabajo y el estudio, pero en el mundo hay muchas otras cosas.

Oía todo aquello sin dejar de sentir desprecio en su interior. Odiaba los sermones que incitaban a la indolencia, los consideraba una blasfemia contra Dios. No obstante, no dejaba de pensar en Sayyida ni

en su doloroso sufrimiento, en los deseos que se había propuesto ver cumplidos y todas las cosas que debía reconsiderar. Sintió que sonreía sin motivo. Safán continuó:

—Usted tiene mucha ambición, pero la paz mental también es un tesoro preciado.

El respondió, sintiendo aún más desprecio:

—Es un hombre sabio, señor Basyuni.

En el balcón apareció una sombra. Era una muchacha que llevaba una bandeja de la que se desprendía un aroma a té con menta. Las luces de la fiesta se reflejaron en su cara y revelaron algunos de sus rasgos a pesar de la oscuridad de la habitación que quedaba tras ella. Su rostro era redondo y pálido, sin duda atractivo, pero su encanto estaba oculto en el misterio. Se puso nervioso. Al inclinarse un poco para coger la taza de té, apreció la tibia y suave piel de su brazo y sintió que era ella la que desprendía aquel olor. Ella estuvo allí unos instantes, luego desapareció en la oscuridad, ocultando una sonrisa tímida que estaba a punto de escapársele. El pecado parecía haber invadido aquella habitación. El ambiente se cargó como si hubiese una conspiración en la atmósfera y su nerviosismo aumentó. Safán le dijo:

—Es mi hija.

Él inclinó la cabeza en señal de respeto.

—Terminó los estudios primarios antes de dejar la escuela. —Volvió a inclinar la cabeza, esta vez con admiración. Las voces del grupo que acompañaba al cantante llegaron hasta ellos. Safán continuó—: La casa es la verdadera escuela para una chica.

No hizo ningún comentario, no sabía qué decir, pero su silencio lo hacía sentirse incómodo.

—¿Qué opina sobre esto?

—Estoy completamente de acuerdo.

Sin embargo, recordaba el enorme esfuerzo que había hecho su madre durante toda su amarga vida. Sintió que lo empujaban hacia una trampa. El cantante inició su melodía con una voz suave y emotiva. Safán susurró:

—¡Qué voz tan bonita!

—Sí.

—La vida también es bella.

—Sin duda.

—Pero nos pide sabiduría a cambio de su dulzura.

—¿Acaso no es muy difícil alcanzar la sabiduría?

—En absoluto. Es un regalo de Dios.

Se dijo que Dios no nos había creado para el descanso ni para emprender un camino fácil. Aquel hombre lo estaba asediando, pero él no iba a rendirse. Sin embargo, ¿cómo podía mantener su libertad y a la vez contentar a su jefe? Dejó de escuchar la música, aunque Safán sí la escuchaba y marcaba el compás con las manos y los pies mientras lo observaba con curiosidad. De repente sintió un gran odio contra aquel anciano astuto y pensó que se vería obligado a corresponderle con otra invitación aún más generosa. Esta idea le causó un gran dolor. No soltaba una sola piastra más que en caso de necesidad acuciante, y cuando cobró su primera paga abrió una cartilla de ahorro. No se le había pasado por la mente cambiar de casa, de barrio o de costumbres alimenticias. Consideraba que el ahorro era un importante factor en su larga carrera, además de un deber religioso. Era, además, una salvaguardia contra el miedo en un mundo asustadizo. No obstante, si no había más remedio…, correspondería a la invitación con otra más generosa. Pero lo haría en un restaurante, no en una habitación atestada de libros y carente de comodidades. Se vería obligado a gastar gran cantidad de dinero. ¡Malditos estúpidos! La melodía se tornó en un ruido insoportable y las puertas del infierno se abrieron a sus pies. El anciano movía la cabeza al son de la melodía, ajeno a la ofensa que había infligido. La vida lanzaba sobre Uzmán otra de sus ironías.

8

Antes de que terminara el mes, invitó a Safán al restaurante Kashif. Cenaron pescado y postre. El anciano se mostraba tan satisfecho que parecía esperar que el ángel de la felicidad y la misericordia descendiera sobre él.

—¿Quiere que pasemos el resto de la noche en el café Fishawi? —le propuso.

El corazón de Uzmán se sumergió en un profundo dolor, pero se cruzó de brazos y dijo:

—¡Qué buena idea!

Una vez sentados en el café, recordó una de las fiestas de ramadán, cuando se rompió su galabeyya[7] nueva en una pelea, en el barrio de al-Husayni. Su padre le pegó una buena paliza y tuvo que seguir llevando la galabeyya remendada por su madre durante un año entero. Le irritaba la alegría del viejo. Sin duda esperaba disfrutar de una charla agradable. Mostraba un inquietante brillo en los ojos y una profunda satisfacción por todo.

—¿Le gustan sus compañeros de Archivos? —le preguntó.

—Eso creo.

—Son pobres de espíritu, pero buena gente.

—Sí, son buenas personas.

—Sin embargo, usted es un joven excelente. ¿Ejercerá la abogacía cuando termine sus estudios?

—No, pero espero mejorar mi posición.

—Es una buena idea. Admiro su ambición.

Uzmán estaba resuelto a liberarse de sus dudas, aunque eso significara ahogar las esperanzas de aquel hombre.

—Mi ambición es mayor de lo que imagina —manifestó.

El hombre lo miró con preocupación y exclamó:

—¡Que Dios nos proteja!

—No es lo que usted se imagina. Mis objetivos son mucho más modestos.

—¿De verdad?

—Si las circunstancias no estuvieran en contra, solo desearía algo tan sencillo, natural y lógico como casarme.

El anciano no logró disimular la decepción que lo embargaba.

—¿Y qué circunstancias son esas? —preguntó. Uzmán suspiró profundamente y siguió diciendo:

—Grandes posibilidades. Los que somos hijos de la pobreza no podemos escapar a su persecución. —Y añadió cabizbajo y con voz triste—: ¡Cómo me gustaría!…

Se calló, invadido por la emoción. El hombre se retiró de la luz hasta quedar en la oscuridad. Uzmán no podía echarse atrás, pero no estaba dispuesto a perder la amistad de su jefe. Desde la oscuridad le llegó de nuevo la voz de Safán:

—¿Y cuándo podrá conseguir sus objetivos?

—Tengo a mi cargo niños y viudas. No soy más que un buey con los ojos tapados que da vueltas a la noria —respondió con tono de desesperación. Todo calló a su alrededor; ni siquiera se oía el ruido de las máquinas tragaperras. Susurró de nuevo:

—¡Cómo me gustaría!

El hombre no dijo nada más. Quiso pagar la cuenta, pero Uzmán no le dejó. Al pagarla sintió cómo se le desgarraba el corazón. La alegría del encuentro se había disipado y de nada servía revivirla. Salieron del café y caminaron hasta la plaza de Bab al-Shariyya. Allí, Safán se despidió para volver a su casa.

Uzmán sintió que los nervios se apoderaban de su persona. Una frenética ola de desenfreno lo invadió y lo condujo a un desesperado derroche de naturaleza suicida.

Sin dudarlo, se dirigió al lugar en cuyas profundidades podría sepultar la tensión, la tristeza y los remordimientos de conciencia. Se dijo a sí mismo con tristeza: «Hasta los errores humanos deben ser sagrados».

9

Umm Husni salió a su encuentro cuando bajaba la escalera. Debía de tener una buena razón para hacerlo. Al ver su cara arrugada, su pelo teñido de henna y su cuerpo robusto a pesar de su edad, recordó a su madre. Le dio la mano sonriendo y ella dijo:

—Tengo que darte una noticia.

—Espero que sea buena.

Guiñando su único ojo —el otro lo había perdido en una riña callejera —, añadió:

—No tiene nada de buena.

La miró serio y ella continuó:

—Un pretendiente. En tu camino se ha cruzado un pretendiente.

—¿Eh?

—Alguien ha pedido la mano de Sayyida.

Le invadió una sensación de tristeza y estupor, aquello era lo último que esperaba oír. No supo qué decir.

—Un sastre.

Comprendió que era inevitable. No le quedaba ninguna esperanza, no podría tratar de impedirlo. Era como la muerte. No dijo ni una palabra. La casera lo condujo a su habitación de la mano e hizo que se sentara en el sofá, a su lado.

—¿Es que no vas a hacer nada? —le preguntó.

Sintió un dolor punzante en lo más profundo de su alma. Era como si el mundo estuviera desapareciendo. Respondió enfadado:

—No hagas preguntas tontas.

—Cálmate.

—Será mejor que me vaya.

—Pero no podrás volver a verla.

El mundo se desvanecía a sus pies. Ella continuó:

—Podías haberlo imaginado.

—¿Por qué?

—Su madre le tiene prohibido salir. Un hombre de verdad vale más que una ilusión.

—Un hombre de verdad vale más que una ilusión —repitió él inconscientemente.

—Tú la quieres, ¿no?

—La quiero —respondió desconsolado.

—Este tipo de historias ya se han visto en nuestro barrio.

—Pero es verdad.

—¡Estupendo! ¿Y por qué no le has dicho nada?

—No puedo —dijo escuetamente.

—Escucha, ella me ha rogado que te explique lo ocurrido.

Suspiró desesperado. La muyer continuó:

—Ve de una vez a pedir su mano o déjame que lo haga yo por ti.

Murmuró algo incomprensible, como si hablara en una lengua desconocida. Umm Husni parecía desconcertada. Él continuó con su monólogo:

—Dios no me lo perdonaría…

—¡Dios me libre! ¿Acaso la consideras indigna de un funcionario como tú?

—No me atribuyas esas palabras, Umm Husni.

—Sé franco conmigo. Soy como una madre para ti.

—No me puedo casar ahora.

—Sabes que ella puede esperar.

—Será una larga espera.

—Dale tu palabra, con eso bastará.

—No. No soy tan egoísta. Debo decirle que no para que algún día pueda ser feliz.

Salió de su habitación antes de que ella pudiera responder. Caminó despacio por las estrechas callejuelas. Su sufrimiento era profundo. Aceptó con amargura que no volvería a verla; pero, a pesar de su dolor, sintió una especie de extraño y desolado alivio. A pesar de sentirse aliviado, creyó que le habían echado una maldición. Sabía que la amaba y que ninguna otra mujer podría llenar el vacío de su corazón. Ese amor no se podía borrar con facilidad. Terminaría por odiarse a sí mismo y por odiar su ambición. Pero estaba resuelto a aferrarse a ella con toda la fuerza del odio y de la desesperación. Estaba loco, pero la suya era una locura sagrada que cerraba la puerta a la felicidad con desdén y orgullo, y que lo arrastraba irremediablemente por el camino de la gloria, áspero y sembrado de espinas. La felicidad podría tentarle con pensamientos suicidas, pero la miseria siempre lo había incitado a venerar la vida. Sin embargo, ¡qué pérdida tan grande la de Sayyida!

10

Continuaba progresando, pero no podía mitigar su sufrimiento. Su posición en el trabajo era sólida y Safán Basyuni, a pesar de haber fracasado con respecto a sus planes para él, era testigo de su rigurosidad, capacidad y buen comportamiento. De él solía decir:

—Es el primero en llegar y el último en marcharse; en las horas de oración, dirige las plegarias en el oratorio del ministerio.

No solo hacía su trabajo, sino que ayudaba a los que iban retrasados en el suyo. Los comentarios sobre su compañerismo no envidiaban en nada a los relativos a su capacidad. El gran empeño con el que avanzaba en sus estudios auguraba un éxito brillante. Acudía asiduamente a la Biblioteca Nacional, donde leía con avidez libros sobre diversas disciplinas, y continuó además con sus difíciles cursos de Derecho. También se convirtió en una presencia familiar durante la oración de los viernes en la mezquita de al-Husayn. Todo el que le conocía alababa su piedad y rectitud. Pero su sufrimiento no tenía fin. Sayyida seguía presente en sus pensamientos, no podía dejar de repetirse: «Ella es el único tesoro de mi vida».

A veces se sentaba en el escalón de la antigua fuente, donde solían encontrarse en otros tiempos, y dejaba que una serie de recuerdos tormentosos lo invadiera. Se sumergía en ellos hasta que cobraban forma en su mente. En momentos de extrema emoción, esperaba oír el leve ruido de sus pasos y verla aproximarse, llena de deseo y timidez. Añoraba su larga conversación, sus abrazos apasionados y la preciosa piel que había humedecido con sus besos. Pero ella no acudiría. Había roto con él y tal vez ya lo habría olvidado. Y, si su imagen asomara a su mente, lo maldeciría como se merecía. Cierta noche, al pasar por debajo de su ventana, le pareció ver su cabeza durante un instante tras un cántaro puesto a refrescar en el alféizar. Pero ella no estaba allí, o tal vez se había escondido rápidamente, disgustada. «El hombre se santifica mediante el sufrimiento», se decía. Y otras veces: «El trabajo y el culto son inseparables».

Un viernes por la mañana se cruzó con ella en al-Jiyamiyya. Iba acompañada de su madre. Sus miradas se cruzaron un momento, hasta que ella apartó la suya con gesto indiferente. Él tuvo una revelación de lo que podía ser la muerte, como la salida voluntaria de Adán del Paraíso, como la lucha de su sufrimiento contra su orgullo.

Seguía frecuentando los prostíbulos con la misma desesperación que dominaba su vida. Con el tiempo mantuvo una relación con una chica de su misma edad que se hacía llamar Qadriyya. Se sintió atraído por el color oscuro de su piel —como el de Sayyida—, pero ella era todavía más morena, también más gruesa, aunque no en exceso. Desde que sus pasos lo condujeron a ella, hacía ya bastante tiempo, no volvió a fijarse en otra. La habitación de Qadriyya le recordaba a la suya, aunque era más simple: con el suelo descubierto, la litera, el espej0, una única silla, que servía tanto para sentarse como para colgar la ropa, una palangana y un jarro. Él no podía quitarse el traje en las noches de invierno. Los años pasaron sin que se intercambiaran otras palabras que el saludo de llegada y el de despedida. A pesar de su profunda religiosidad, ella le acostumbró a beber, aunque solo lo necesario. Con un vaso del infernal vino «Silsila» de media piastra tenía suficiente para borrar su mente e infundir la locura en sus venas. En un ridículo arrebato de éxtasis llegó a decirle:

—Eres la reina del universo.

Solía contemplar la habitación desnuda, oler el incienso, observar el vuelo insistente de los insectos, imaginar los gérmenes ocultos y preguntarse a sí mismo: «¿Acaso este rincón maldito que arde con el fuego del infierno no forma parte del reino de Dios?».

Una vez una tormenta le tuvo retenido en aquella habitación durante más tiempo del que acostumbraba. El callejón estaba desierto, no se oía ruido alguno y todo se cubrió de oscuridad. Qadriyya estaba sentada en la cama y él en la silla de mimbre. Iluminaba la habitación una única vela. Como el tiempo se le hacía interminable, sacó del bolsillo una libreta en la que tenía escritas algunas notas sobre sus estudios y empezó a leerlas —como de costumbre— en voz alta. Qadriyya le preguntó:

—¿Lees el Corán?

Movió la cabeza mientras sonreía.

—¿Citas amorosas?

—Apuntes de clase.

—¿Eres estudiante? Entonces ¿por qué llevas bigote?

—Trabajo como funcionario y voy a clase por la tarde.

Recordó a Sayyida con nostalgia y tristeza, pero al mismo tiempo se le

ocurrió una idea tranquilizadora: la intensa lluvia que limpiaba el callejón le lavaría la cara.

Un día, al regresar a su casa, vio el suelo cubierto de arena frente a la casa de Sayyida y las banderas ondeando a ambos lados de la puerta. Se le paró el corazón. Se encontró a Umm Husni en la escalera. ¿Estaría esperándole? La saludó al pasar sin detenerse. Ella le gritó:

—Que Dios te conceda tus deseos y te haga feliz.

No pudo concentrarse en sus estudios. Su pequeña habitación estaba invadida por voces, gritos de júbilo, las exclamaciones de alegría de los muchachos y la música de la boda. Sí, allí estaba Sayyida entrando en el reino de otro hombre. Una época de su juventud terminaba y quedaba enterrada para siempre.

Salió de su casa con un nuevo propósito. Se dijo a sí mismo que la vida era más grande que todas sus aspiraciones, que la sabiduría de Omar al-Jayyam[8] era más bella que la de Al-Ma‘arri[9] y que el corazón del hombre era su única guía. Acudió al lugar y la gente comentó que estaba loco. Señaló hacia Sayyida y le dijo: «La decisión es solo tuya». Ella respondió a su llamada a pesar de los gritos y lamentos, porque en los momentos críticos que preceden a la ejecución la verdad se revela y se vence a la muerte. Salieron y corrieron juntos por tres callejones, desde Bab al-Nasr hasta la Ciudad de los Muertos, tambaleándose ambos de felicidad.

Las voces, los gritos y las canciones continuaron hasta el alba. Él seguía repasando sus apuntes sin comprender nada de lo que leía. Se sintió solo en su mundo vacío, carente de voces y esperanzas. La angustia no dejó de invadirlo hasta que recordó la batalla de las naciones, la batalla de los gérmenes y la batalla de la salud y la fuerza, y gritó: «Gloria a Dios Todopoderoso».

11

«Excelentísimo Señor Director General:

» Tengo el honor de informar a Su Excelencia de que este año he obtenido el título de licenciado en Derecho, como alumno libre, con el objeto de ampliar mis conocimientos como requiere un funcionario del Gobierno. Durante todo el tiempo, el ejemplo de Su Excelencia ha sido mi inspiración, bajo la protección de Su Majestad el Rey, a quien Dios proteja.

»Le suplico tome nota y autorice que el certificado adjunto se incluya en mi hoja de servicios.

»Con el mayor respeto, su humilde servidor,

Uzmán Bayyumi

Departamento de Archivos

(Correo entrante)»

Sus resultados, comparados con los del resto de compañeros, fueron brillantes. La carta que dirigió a Su Excelencia seguiría una espléndida trayectoria, proclamando públicamente su superioridad. Primero iba dirigida a su jefe inmediato, Safán Basyuni, quien debía autorizar su envío al director de Administración, Hamza al-Suwayfi. Eso significaba que su nombre se anotaría primero en el registro de Archivos del correo saliente y luego en el registro del correo entrante del Departamento de Administración General. Hamza al-Suwayfi sería el encargado de autorizar su envío al excelentísimo director general. Por lo tanto, después de ser inscrita en el registro del Departamento de Administración general llegaría a manos del director general. Entonces, Su Excelencia el director general la leería. Recorrería las líneas con sus propios ojos, se infiltraría en su memoria y quizá llegara a conmoverse. Luego la firmaría y la pasaría al Departamento de Personal para que hicieran los trámites necesarios. Inscribirían su nombre en el registro del correo saliente del despacho del director general y, a continuación, en el Departamento de Personal. Acto seguido, se tomarían las medidas pertinentes y se enviaría una copia a Archivos, el punto de origen de la carta, para que se incluyera en su

expediente. De esta forma, se completaría la órbita astronómica y se enterarían los que no lo supieran.

Durante todo un día se sintió embriagado de felicidad. Pero el tiempo fue transcurriendo. ¿Qué pasaría ahora? ¿Se lo tragaría todo el silencio? Nada había cambiado. El fuego sagrado seguía ardiendo en su corazón. La mezquita de al-Husayn fue testigo de sus prolongadas oraciones. El camino era largo y no parecía entreverse la menor señal de luz. Había terminado sus estudios, pero su búsqueda de cultura no tenía fin. Con ella satisfacía su ansia de conocimiento y pulía sus cualidades espirituales para la posición que algún día ocuparía por la gracia de Dios. Con ella también se armaba para su larga y amarga lucha en la jungla de la burocracia, donde a todo aquel que ocupaba un cargo importante se le exigían sacrificios. No poseía la magia de la riqueza ni disfrutaba de los privilegios de las familias ilustres. Ninguna fuerza política le apoyaba ni era de los que se contentaban con representar el papel de payaso, criado o alcahuete. Era un hijo del pueblo que debía pertrecharse con todas las armas posibles, aprovechar cualquier oportunidad, confiar en Dios y buscar su eterna sabiduría, que ordena al hombre caído en la tierra levantarse de nuevo, con sudor y lágrimas, y elevarse hasta el cielo.

En la eterna carrera del tiempo, quedó vacante un puesto de séptimo grado en el Departamento de Archivos, pues su titular fue trasladado a otro ministerio. Safán Basyuni le dijo:

—He sido yo quien lo he recomendado para el puesto vacante. Nadie en Archivos lo merece tanto como usted.

Mientras le daba un fuerte apretón de manos en señal de agradecimiento sintió deseos de besarlo. El anciano continuó:

—Lleva siete años en su puesto. Durante todo este tiempo ha logrado licenciarse en Derecho y ha demostrado, sin duda alguna, una gran eficacia. —El hombre rio mostrando los huecos de su dentadura ennegrecida y prosiguió—: Seguro que el puesto es suyo. Las personas con influencias no tienen ningún interés en trabajar en una sección infestada de serpientes e insectos.

Mientras los días iban transcurriendo, la espera le resultó eterna: «Me he pasado siete años en el mismo puesto. Si sigo así, necesitaré sesenta y cuatro años para ver realizados mis sueños», se decía. No había vuelto a ver al director general, quien había prendido el fuego sagrado en su corazón, desde que se presentó ante él junto con los nuevos empleados. Le gustaba apostarse en una esquina de la plaza para ver

pasar el cortej0 cuando salía del ministerio con la pompa y la solemnidad de un rey. Ese era el fin, el sentido y la gloria de la vida.

El trabajo se intensificó en el departamento durante la preparación de los presupuestos. El director de Administración necesitaba empleados de otras secciones que tenía a su cargo, y Uzmán fue trasladado temporalmente. Eso le alegró, pues lo vio como una oportunidad. Se tomó el trabajo con un gran interés. Colaboró con los auditores y también con los subdirectores del departamento, y estuvo presente en reuniones presididas por el propio director de Administración. Parecía un volcán en erupción, como si hubiera estado esperando esa oportunidad desde que en su corazón se prendiera la llama de la ambición sagrada. Estaba dispuesto a que pudieran disponer de él a cualquier hora. En circunstancias tan críticas y comprometidas, la Administración se olvidaba de todo lo que no fuera la verdadera eficacia. El de los presupuestos era un trabajo delicado, relacionado con el director general, el subsecretario de Estado, el ministro, el Consejo de Ministros, el Parlamento y la prensa. Durante aquellos días agotadores no hubo lugar para favoritismos, sino que prevaleció la idea de la selección natural. Los competentes se destacaron y la valía personal fue reconocida, aunque no siempre recompensada. Uzmán llamó la atención y se ganó la confianza de todos. Su extraordinaria capacidad de trabajo era evidente, además de su conocimiento sobre legislación. Como su éxito no le pareció suficiente, se presentó en secreto como voluntario para redactar el proyecto de presupuestos del que, generalmente, se encargaba el propio director de Administración. En una ocasión tuvo la suerte de entrevistarse con el director, Hamza al-Suwayfi. Cuando terminó de mostrarle los documentos, le dijo con gran deferencia:

—Señor director, permítame que le muestre algunas anotaciones que he hecho durante el trabajo. Tal vez resulten útiles para la edición de los presupuestos.

Hamza al-Suwayfi lo miró con una mezcla de menosprecio y afecto, y le dijo:

—Es usted un joven excelente, como todo el mundo sabe…

—No merezco tal cumplido, señor.

—A propósito, enhorabuena. Hoy se ha aprobado su ascenso al séptimo grado.

Uzmán disfrutó el feliz momento de triunfo y contestó agradecido:

—Gracias a Dios y a usted.

El director respondió sonriendo:

—Enhorabuena. Pero el informe de los presupuestos es otra cosa.

—Perdone, señor —dijo Uzmán disculpándose—. No pretendo entrometerme en sus asuntos, simplemente he ido tomando algunas notas durante la elaboración de los presupuestos. Son las anotaciones de un esforzado trabajador que ha estudiado Derecho y Economía y únicamente desea serle útil cuando tenga que redactar su informe.

El hombre tomó las «notas» y empezó a leerlas bajo la atenta mirada de Uzmán. Parecía interesado, eso era evidente. Luego dijo con aparente calma:

—Su estilo es muy bueno.

—Gracias, señor.

—Se ve que es usted un excelente lector.

—Eso creo, señor.

—¿Qué acostumbra a leer?

—Novelas, biografías de hombres destacados, inglés y francés.

—¿Puede traducir?

—Me paso el tiempo libre consultando diccionarios.

Hamza al-Suwayfi añadió riéndose:

—¡Estupendo! Le deseo mucha suerte.

Le dio permiso para retirarse, pero se quedó con las «notas». Uzmán salió del despacho ebrio de alegría, convencido de que ganar la confianza del director era más importante que su puesto en el séptimo grado.

Cuando unos meses después se imprimió el proyecto de los presupuestos, Uzmán leyó con avidez la introducción y vio el párrafo que había escrito de su puño y letra, en el que se había hecho una ligera modificación. Se sentía feliz y rebosante de confianza en sí mismo y en su futuro, pero era lo suficientemente inteligente como para no revelar el secreto a nadie.

No transcurrió mucho tiempo hasta que se dispuso su traslado de Archivos al Departamento de Presupuestos.

Aquella misma noche permaneció tras la ventana de su habitación contemplando las calles oscuras. Dirigió la vista al cielo y vio las estrellas vigilantes, aparentemente inmóviles, pero sabía que no había nada inmóvil en el universo. Pensó que Dios había creado las bellas estrellas para incitarnos a mirar siempre hacia lo alto. Lo triste sería que algún día ellas nos contemplaran desde su altura y no encontraran ni rastro de nosotros. Nuestra existencia en la tierra no tenía otro sentido que el que le daban nuestro sudor y nuestra sangre.

12

—Siento mucho que se marche de la Sección de Archivos, pero me alegro por usted —le dijo Safán Basyuni.

Uzmán sentía que aquellas palabras sinceras conmovían su corazón. Las lágrimas acudieron a sus ojos mientras susurraba:

—Nunca le olvidaré, señor Basyuni, ni todo el tiempo que he pasado en su departamento.

—Me siento feliz porque usted también lo es.

Uzmán suspiró y dijo:

—La felicidad dura muy poco, señor Basyuni.

Safán pareció no entender sus palabras; sin embargo, Uzmán sí sabía bien a qué se refería. Vivía intensamente cada minuto que pasaba, momento a momento, y destilaba paciencia gota a gota. Muy pronto se olvidó de que lo habían ascendido al séptimo grado del escalafón y ahora trabajaba en el Departamento de Presupuestos. Seguía esforzándose como siempre, y en su pequeña habitación ampliaba sus conocimientos. De vez en cuando se decía con inquietud que la vida pasaba, la juventud se iba, que el tiempo no descansaba nunca.

Todavía estaba en el comienzo del camino. Su afán de ahorro aumentaba con el tiempo y el apego a su viejo piso se intensificó. El dinero daba seguridad, al menos eso creía él, y en caso de necesidad sería una dote para la mujer de sus sueños, la mujer que abriría las puertas cerradas y desenterraría de su escondite el tesoro del futuro. Los funcionarios tenían numerosos refranes y dichos sobre el tema. La mujer perfecta era la recompensa a la gloria conquistada pronto o el medio para adquirir la gloria que no podía alcanzarse de otro modo. El camino parecía largo y difícil, y él necesitaba alguna ayuda.

Todo el mundo comentaba que Su Excelencia, el director general, había logrado alcanzar su posición a una edad relativamente temprana, gracias a la ayuda de políticos y familiares. En realidad, él se había casado con una bella muchacha perteneciente a una familia emparentada con la realeza. Las malas lenguas seguían diciendo que el primer subdirector del departamento fue promocionado gracias a su mujer, o más exactamente a la familia de su mujer.

Uzmán se había pertrechado con todas las armas posibles. Nadie podía reprocharle que se valiera de una novia rica, porque ¿cómo iba a hacer frente al implacable paso del tiempo? Por eso empezó a hacer traducciones para periódicos y revistas, con el objeto de ganar más dinero y aumentar sus ahorros. También esta actividad se le daba bien, pero no hizo ningún gasto extra para mejorar sus condiciones de vida. No tenía otro placer en la vida que visitar semanalmente a Qadriyya en el callejón y beber con ella un vaso de vino infernal de media piastra.

Una vez, la mujer le dijo:

—Nunca te cambias de traje, lo llevas tanto en verano como en invierno, te he visto siempre con él, desde el primer día. —Él frunció el ceño, pero no dijo nada. Ella continuó diciendo—: No te enfades, soy muy bromista.

—¿Has contado el dinero que te he dado durante todos estos años? —preguntó él con ingenuidad.

—Una vez me enamoré de un tipo que me robó doscientas libras. ¿Sabes lo que significan doscientas libras? —replicó ella con ironía.

Él se hizo cargo de la desgracia y pidió protección a Dios contra las innumerables aflicciones que nos depara la vida.

—¿Y qué hiciste? —le preguntó.

—Nada. Que nuestro Señor nos dé salud. Eso es lo más importante.

Uzmán pensó que sin duda estaba loca y que por eso era prostituta. Pero ella era el único desahogo en su vida fatigosa y, a fin de cuentas, le reconfortaba bastante. A veces echaba de menos el amor y la magia que daba a la vida un sabor diferente. Se acordaba de Sayyida, de los escalones de la fuente abandonada y del desierto, pero al fin se rendía a las ásperas burlas de la vida y se sentía satisfecho de sí mismo, a pesar de los tormentos de su alma, por haber elegido el arduo camino bendecido por Dios y su alto designio.

Una noche Qadriyya le propuso:

—¿Quieres que pasemos la mañana del viernes en el campo?

Él respondió con asombro:

—Vengo a verte como si fuera un ladrón, ocultándome en la

oscuridad.

—¿Y de qué tienes miedo?

¿Qué podía responderle? Ella no parecía entender nada.

—No es conveniente que nadie me vea —dijo disculpándose.

—¿Es que has cometido un crimen?

—La gente…

—¿Acaso eres el toro que sostiene la carga de la tierra sobre sus cuernos? —preguntó ella con ironía.

Él era un hombre bueno y recto, con una reputación que tenía que cuidar.

—Si quieres pasar conmigo una noche entera, podemos llegar a un acuerdo —dijo ella con coquetería.

—¿Cuánto me costaría? —preguntó él asustado.

—Cincuenta piastras.

Lo pensó detenidamente. Eso le sería de gran ayuda, y, a pesar del elevado precio, la necesitaba.

—Es una buena idea —dijo—. Lo haré una vez al mes…

—¿Será suficiente para ti una vez al mes?

—Puedo venir más a menudo, pero como hasta ahora.

Reconocía que no podía vivir sin ella. Aunque tenía su misma edad, parecía indiferente al paso del tiempo, y los efectos que este ejercía en ella no podían apreciarse. Vivía sin amor y sin gloria, como si en una especie de arrebato hubiera hecho un pacto con el diablo. ¡Y cómo se enojó él cuando le confesó que una vez había participado en una manifestación!

—¡Una manifestación! —exclamó con rabia.

—Sí, una manifestación. ¿Qué pasa? Incluso este callejón se siente patriótico alguna vez.

Se dijo que la locura estaba más extendida de lo que pensaba. Las

preocupaciones políticas le exasperaban y aterraban. Había decidido no prestarles atención. Creía que el hombre tenía un único camino que debía recorrer solo y sin vacilación, sin participar en política ni en manifestaciones. Que el hombre, únicamente cuando está solo, puede sentir a Dios y lo que él le pide en esta vida; que la gloria se alcanza tras la lucha de la conciencia entre el bien y el mal, y resistiendo a la muerte hasta el último momento.

13

Un día, Uzmán Bayyumi leyó un anuncio que le interesó. El ministerio anunciaba una plaza vacante de traductor de inglés y francés con un sueldo de treinta y cinco libras al mes. Se indicaba la fecha del examen. Se presentó sin dudarlo y sin pensárselo mucho. El resultado fue que salió elegido. Esto aumentó la confianza en sí mismo y el orgullo que le producía su talento. Hamza al-Suwayfi lo citó en su despacho, el nuevo puesto estaba a su cargo, y le dijo:

—Le felicito por su éxito. Demuestra su gran versatilidad.

Uzmán le dio las gracias con su habitual cortesía.

—Pero ese es un puesto con un sueldo fijo. Si lo acepta, quedará excluido del escalafón y no podrá aspirar a promocionarse. ¿Ha pensado en eso?

En realidad, no había pensado en eso, y enseguida su entusiasmo por el sueldo relativamente alto disminuyó.

—La verdad es que no deseo quedar excluido del escalafón —dijo.

—¿Eso significa que debemos elegir al siguiente de la lista?

A Uzmán se le ocurrió una buena idea:

—¿No sería posible ascenderme al sexto grado, añadiendo la actividad de traductor a mi responsabilidad? De esta forma, se ahorrarían una cantidad bastante considerable.

El director de Administración se quedó pensándolo un rato, luego dijo:

—Habrá que plantearlo en el Departamento de Personal y en los Servicios Jurídicos.

—Muy bien, señor.

Hamza sonreía mientras le decía:

—Es usted ambicioso y sagaz. Espero que su propuesta sea aceptada.

Se aprobó su ascenso al sexto grado, con un sueldo de veinticinco libras.

A pesar de que tuvo que sacrificar diez libras de sus honorarios, logró un ascenso que de otra forma no habría alcanzado antes de que pasaran muchos años, aparte de la importancia que le conferían sus dos funciones. Como de costumbre, solo disfrutaba de breves instantes de felicidad. No eran más que momentos fugaces, como un encuentro pasajero. Volvía a medir la distancia que le quedaba aún por recorrer y sentía el paso de su infinita longitud. ¿De qué servía haber alcanzado un cargo en el sexto grado si estaba a punto de abandonar la juventud para entrar en una nueva etapa de su vida? Safán Basyuni lo abrazó y le dijo:

—Ha dado usted un gran salto, hijo mío.

—Pero los días son más raudos que los pensamientos —respondió con pesar.

—¡Ya lo creo! Que Dios le proteja.

Uzmán miró su rostro arrugado y le rogó:

—¿Por qué no me habla de las ambiciones que tenía cuando era joven?

—¿Yo? ¡Bendito sea Dios! El puesto de jefe de los Archivos representó para mí más de lo que yo habría podido soñar.

—¿No aspira a llegar a director general?

El hombre se echó a reír hasta que se le saltaron las lágrimas; luego dijo:

—Las personas humildes como yo no pueden aspirar más que a ser jefes de departamento.

Uzmán pensaba que estaba equivocado. Quizá la gente humilde no pudiese ocupar nunca el cargo de ministro o subsecretario de Estado, pero sí el de director general. Era el objetivo de los que se preparaban expresamente para tan digna gestión. Pero los días iban pasando. ¿De qué le serviría obtener el puesto si no podría disfrutarlo y gozar de la vida, prestando también el más alto servicio al sagrado Estado?

¿Cuándo debía cumplir con los preceptos de su religión? ¿Tendría que hacerlo antes o después de lograr su objetivo? Sabía que debía casarse y tener hijos; de lo contrario, no cumpliría con el mandato divino.

Tendría que elegir entre tomar una esposa que lo ayudara en su

ascenso a la gloria o bien perseguir la gloria que atraería a una mujer. En ocasiones, se sentía abatido, pero nunca abandonaba la dura lucha que daba a la vida su significado último.

Un día se enteró de que el hijo de Hamza al-Suwayfi, director de Administración, tenía problemas con el estudio de idiomas. El se prestó a ayudarle.

—Creo que será mejor buscarle un profesor particular, no quiero que usted pierda su precioso tiempo —dijo Hamza indeciso.

Uzmán replicó con su cortesía habitual:

—No puedo permitir que Su Excelencia diga eso.

Frecuentó la casa del director y le prestó a su hijo una gran ayuda, pues logró aprobar el examen. El director quiso entregarle un obsequio, pero él retrocedió como asustado por el fuego y dijo:

—No me puedo permitir aceptarlo.

Uzmán insistió hasta que el otro cedió y le dijo con tono de agradecimiento:

—Estoy en deuda con usted por su amabilidad y entrega.

Sin embargo, Uzmán sintió en su interior un dolor de dimensiones similares al importe que dignamente había rechazado. También había sentido otras frustraciones durante las visitas que había realizado a la casa del director. Porque él había soñado con encontrar en aquel lugar una novia «adecuada». ¿Quién sabe? Y también soñó que sus servicios le facilitarían que Hamza al-Suwayfi le permitiera superar la humildad de su origen, admitiéndolo en la clase social que le allanaría el camino del progreso. Pero el sueño no se cumplió: en sus visitas no se encontró más que con hombres. Safán Basyuni no daba importancia a su origen, porque ambos procedían del mismo, pero ¿qué beneficio podría obtener casándose con su hija? Nada más que hijos, fatigas y pobreza. Ni siquiera amor, pues él no amaba más que a Sayyida, y su corazón estaba muerto desde que la abandonó. Y, sin embargo, quienes aspiran a la gloria por el camino de Dios no prestan atención a la felicidad.

Los días pasaban como siempre: el abrasador verano, el soñador otoño, el duro invierno y la hirviente primavera, mientras él se mantenía firme en su paciente determinación e inmensa ambición, con el corazón herido y la desazón que le producían sus deseos.

Recibió la visita de Umm Husni, como en otras ocasiones. Le trajo una jarra de limones en conserva y se sentó en el sofá mirándolo con atención, lo que provocó su curiosidad. De repente, se dio una palmada en la rodilla y dijo:

—¡Por Husayn,[10] cuánto me entristece tu soledad!

Él sonrió impasible y ella continuó hablando:

—¿Has olvidado que van pasando los años?

—Por supuesto que no, Umm Husni.

—¿Y que no hay nada tan traicionero como el paso de los años?

—Tienes razón.

—¿Dónde están los hijos que puedan distraer tus momentos de soledad?

—En el reino de lo desconocido. —Permaneció callado un momento y, al cabo, continuó—: Se ha despertado tu instinto de casamentera, Umm Husni.

Ella sonreía mientras le decía:

—Escucha, tengo algo especial que decirte.

A pesar de su indiferencia, le atraía la conversación incitante y misteriosa.

—Tú siempre dices cosas especiales.

—He conocido a una preciosa viuda de mediana edad —dijo ella esperanzada—, pero inteligente. Es la hija del difunto Sheij del barrio.

—¿Eh?

—Tiene una hija de catorce años.

—Entonces son dos mujeres, no una.

—La hija se irá a vivir a casa de su tío; de eso puedes estar seguro.

—¡Estupendo!

—Posee una propiedad.

—¿De verdad?

—Una casa en Biryawan… Tiene hasta un huerto con una morera.

Lo miraba con sus débiles ojos para comprobar el efecto de sus palabras. Le pareció que empezaba a mostrarse interesado y añadió:

—Si quieres, puedes conocerla.

Y Umm Husni le enseñó quién era en al-Sikka al-Yadida. Llevaba puesto un abrigo, pero Uzmán se dio cuenta, por sus andares lentos y oscilantes, de que había vestido la larga y tradicional túnica durante tiempo. Era bajita y gorda, con la cara redonda y el pelo negro. Despertó en él un deseo primitivo, como Qadriyya. Pensó que tal vez sería más limpia, pero le causaría muchos más problemas. Sintió compasión por Umm Husni, quien había demostrado saber tan poco de él, a pesar del largo tiempo de convivencia. ¿Cómo iba a comprender ella lo que significaba ser auditor y traductor del Departamento de Presupuestos? La especie humana surgió del barro y se veía obligado a ocupar un lugar entre las estrellas.

—¿Qué te parece? —le preguntó Umm Husni.

—Es una mujer extraordinaria; aún eres una experta —le respondió él sonriendo.

—¿Quieres que termine lo que he iniciado?

—No —respondió él con calma.

—¿No dices que es una mujer extraordinaria?

—Pero no es la esposa apropiada para mí.

La anciana demostró ser más obstinada de lo que él creía. Un día llegó y le dijo:

—¡Qué feliz coincidencia! Sayyida ha venido a visitarme.

Un deseo primitivo se despertó en él y parecía que terminaría rindiéndose a una debilidad pasajera. Umm Husni repitió:

—Ha venido a visitarme…

—Tal vez haya venido a visitarme también a mí —dijo él con malicia.

—Si lo deseas, puedes bajar —dijo ella.

Él fue a su encuentro, sin pensarlo. Como al principio ninguno de los dos decía nada, Umm Husni empezó a hablar sin parar. Uzmán pensó que él no había hablado nunca en serio con nadie, excepto con Sayyida. No tuvo más remedio que empezar a decir algo:

—Es un honor.

—Gracias —susurró ella.

—Hace frío hoy.

—Sí.

—¿Has terminado de decorar tu casa? —preguntó Umm Husni. Ella asintió.

Umm Husni intentó también que la conversación girara en torno al trabajo de Uzmán, pero este no se dio por aludido. Sentía que el deseo lo abrasaba, pero no había ninguna esperanza. Sayyida se levantó y dijo que tenía que marcharse. El se despidió y salió de la casa. Pero, en lugar de subir a su piso, bajó las escaleras y esperó en el portal con un osado plan en la mente. Oyó cómo ella bajaba las escaleras. Se sorprendió al verlo. Aparentando a su vez sorpresa, él le dijo:

—Encantado de volver a verte.

Se hizo a un lado y susurró cuando ella pasó por su lado:

—¿Quieres venir a tomar una taza de té?

—No, gracias —respondió ella apresuradamente.

—Por favor, tengo algo que decirte.

—No.

Sayyida salió tan rápido como pudo. Él pensó, con los labios temblándole de deseo, que se había precipitado. ¿Cómo había podido imaginar que ella aceptaría su invitación? Pero ¿qué se puede hacer con el deseo, la impaciencia y la debilidad humana? Subió las escaleras avergonzado y enfadado. Pensó que seguiría siendo un



adolescente hasta que lograra formar una familia respetable.

15

Su situación económica fue mejorando día a día. Le subieron el sueldo y sus ingresos aumentaron con las traducciones que hacía en su tiempo libre. Como solo gastaba lo indispensable, el saldo de su cuenta corriente crecía día a día. Su preocupación por el trabajo no disminuía en nada y con el director de Administración mantenía una relación casi amistosa. Un día Hamza le dijo:

—Su Excelencia el director general ha expresado su admiración por el estilo de sus traducciones.

Una ola de alegría lo inundó y tuvo la certeza de que aquella noche no dormiría ni una hora. Naturalmente, Su Excelencia no le conocía personalmente, no se acordaba de él, pero había tenido referencias suyas y apreciaba su trabajo como traductor. El director de Administración continuó diciendo:

—Su Excelencia el director general es un gran traductor. Ha traducido muchas obras importantes; por ello, su opinión es muy válida.

Él le dio las gracias tímidamente y añadió:

—Si he conseguido el aprecio de Su Excelencia, se lo debo a usted.

El director sonrió y le dijo en un tono exageradamente amistoso:

—Me han invitado a dar una conferencia en la Asociación de Funcionarios. He anotado las cuestiones principales. ¿Por qué no me la redacta usted con su excelente estilo?

Él respondió con entusiasmo:

—Con mucho gusto, señor director.

Ojalá le encargasen cada día un trabajo como ese, pues su labor en el departamento, a pesar de ser intensa y apreciada por todos, no era suficiente para él. Así al menos podía ofrecer sus servicios a los altos cargos y mostrarles su gran capacidad y excepcional valía. Tal vez eso mitigaría la inquietud que sentía por los pocos logros que había conseguido comparados con sus aspiraciones. Sería un consuelo más en su largo camino. Por la noche, preso de un súbito ataque de angustia, gritó:

—¡Qué insensato soy! ¿Cómo puedo imaginar que algún día lograré mis deseos?

Contaba los grados que le faltaban para ascender a la gloria: quinto, cuarto, tercero, segundo y primero, y trataba de imaginarse cuántos años viviría. Tras una acuciante sensación de vértigo, sintió una profunda tristeza. Pensó que debía sucederle algo grande, que su vida no podía perderse en vano. Como tenía una cita con Safán Basyuni en el café, se vistió y salió del apartamento. Allí estaba Umm Husni esperándolo delante de su puerta, quien al verlo le dijo:

—Tengo unas invitadas. Podrías venir a saludarlas: Sayyida y su madre.

Entró y las saludó. Al principio tenía un poco de miedo, pero enseguida se dio cuenta de que todo había terminado entre ellos. No advirtió ni una sola mirada de antipatía o reproche, solo de indiferencia, ni siquiera un atisbo de recuerdo. Tenía la plena seguridad de que el pasado se había precipitado en el infinito abismo de la muerte. El amable saludo de la madre aumentó la profunda sensación del paso del tiempo. Entonces, le pareció que la muerte devoraba una preciada imagen que siempre había creído eterna y que desapareció de su mente como Adán había desaparecido del Paraíso eterno. Sayyida se había transformado en una mujer gorda y estúpida. Recordó a Qadriyya y su inquietud aumentó. El velo había caído sobre sus hombros, dejando al descubierto la cabeza y el cuello. El pañuelo bordado echado hacia atrás dejaba entrever su frente reluciente y su pelo, con la raya al medio. Pero el brillo que solía verse en sus ojos se había apagado. El encuentro se desarrolló en un ambiente gris y en una irónica sensación de distancia. Intentó en vano buscar en sus gruesos labios cualquier huella de sus antiguos besos. Permaneció allí solo el tiempo que requería la cortesía; luego se marchó con el corazón inquieto y asustado por ese algo misterioso, ido y devastador que le sonreía de forma dulce y cruel. Fue a encontrarse con su antiguo jefe para pasar una espléndida velada con motivo de su jubilación, que iba a producirse dentro de unos días. El anciano había adelgazado mucho y perdido hasta el último pelo de la cabeza, no a causa de la vejez, sino por una enfermedad intestinal. No obstante, seguía mostrándose tan bueno y resignado como siempre. Era evidente que el fin de su actividad profesional le llenaba de pesar y tristeza. Uzmán trató de darle ánimos:

—Le deseo un largo y feliz descanso.

El anciano respondió con una sonrisa fingida:

—No sé cómo será la vida sin el departamento. —Luego continuó—: No tengo ninguna afición. Y eso es un verdadero fastidio.

—Pero usted tiene muchos amigos; todos le quieren.

—Es verdad. Además no tengo obligaciones familiares que atender, pero estoy asustado.

Mientas tomaban el té, Uzmán le dirigió furtivas miradas de compasión. Safán volvió a hablar:

—Recuerdo el día en que entré a trabajar como si fuera ayer. Fue un día inolvidable, como la noche de bodas. Lo recuerdo con todo detalle. ¿Cómo ha podido pasar el tiempo tan rápido?

Uzmán, con el corazón encogido, susurró:

—Sí, como tantas cosas.

El hombre le sonrió, como si tratara de levantar su ánimo, y le preguntó:

—¿Cómo van sus responsabilidades familiares?

Él recordó sus falsas pretensiones y respondió:

—La carga sigue siendo pesada.

Lo miró con afecto y dijo:

—Cuando le conocí no era más que un muchacho, y ahora es un hombre hecho y derecho. Y dentro de poco… Pero no importa. Lo importante es que no se deje engañar por el tiempo. Tenga mucho cuidado.

—Muy bien. ¿Y de qué sirve todo esto?

—Al menos no deje escapar el tren.

—¿Me está hablando de matrimonio?

—De todo. Siempre parece estar preparándose para hacer algo. ¿Para qué? ¿Y hasta cuándo?

—La vida es eso.

El hombre movió la mano en señal de protesta y dijo:

—Todos hablamos de la vida con mucha seguridad, como si conociéramos la verdad sobre ella.

—Es inevitable.

—Sin la existencia de Dios, la vida sería un juego inútil, sin sentido.

—Es una suerte que Él exista y que sepa mejor que nosotros lo que hace.

—Démosle las gracias —dijo el anciano sinceramente.

Callaron y luego hablaron; volvieron a callar y a hablar, hasta que llegó el momento de despedirse. Uzmán sintió que no lo volvería a ver. No les unía ningún lazo, excepto una antigua camaradería y una cierta deferencia. Pero, en aquel momento, se sintió invadido por un sentimiento de compasión. Al estrecharse la mano el anciano dijo:

—Espero que no me olvide.

Uzmán respondió de corazón:

—¡Dios me libre!

El hombre dijo con tristeza:

—El olvido es la muerte.

—Que Dios le dé larga vida.

Uzmán no tenía ninguna intención de volverlo a ver. No había acudido a aquella cita impulsado por sus sentimientos, sino por miedo de ser acusado de ingratitud. Por eso tenía remordimientos de conciencia y temor de Dios. Caminaba sin apenas ver nada. Muy a su pesar, su pensamiento estaba concentrado en el quinto grado, que quedaría vacante en unos días.

Su relación con el director de Administración se había consolidado. No se interponía ningún obstáculo en su camino.

Ascendió al quinto grado el mismo mes, con el cargo de jefe de Archivos.

16

Un soplo de recompensa llena a veces el vacío cargado de paciencia. El nuevo salto de Uzmán era verdaderamente importante. Su gran ventaja estribaba en el hecho de que el jefe de Archivos era el encargado de llevar personalmente las cartas importantes a Su Excelencia el director general para recibir instrucciones de forma absolutamente confidencial y ejecutarlas sin demora. Por fin, Dios se había apiadado de él y le había abierto la puerta principal para acceder a la sublime presencia administrativa. Era una oportunidad magnífica que le depararía la explotación de toda su experiencia, cultura, diplomacia y lealtad. Ahí estaba el despacho, amplio como una plaza, desde el que tantas veces había soñado mandar un día. Era un sueño que tenía que convertirse en realidad, a pesar de los sacrificios que tuviera que hacer en su altar. Un sueño reservado solo a las personas esforzadas que lo ganaban a cambio de los efímeros y simples placeres de la vida.

Contemplaba el despacho meticulosamente: el techo blanco y pulido, la lámpara de cristal, las paredes decoradas, la chimenea de cerámica, la alfombra azul, de dimensiones inimaginables, la mesa de reuniones cubierta con su tapete verde y el escritorio del director, con las patas fuertes y curvadas y la superficie de cristal, sobre la cual aparecía una serie de objetos de plata: pisapapeles, tinteros, plumas, un reloj, un secante, un cenicero y una caja de tabaco de madera de Jan al-Jalili.

Ahora tenía ocasión de lanzar miradas furtivas al afortunado director, sentado en su gran sillón: tenía los ojos oscuros y de un brillo penetrante; iba bien afeitado y llevaba un fez de color roj0 oscuro; olía a colonia y su bigote negro era de proporciones medianas. Emanaba una aureola de vitalidad. Era de complexión media, aunque no se podía precisar su peso con exactitud. Su aire recto y distante dificultaba el acercamiento de sus subordinados.

Allí estaba, de pie frente a él, conteniendo la respiración, embargado por su fragancia, escuchando su pulso y leyendo sus pensamientos, adivinando sus deseos, ejecutando sus órdenes antes de que se las comunicara, leyendo el futuro a la luz de su sonrisa y acariciando su sueño más ansiado: sentarse algún día en su sillón.

Hizo una respetuosa reverencia y dijo:

—Buenos días, Excelencia.

El otro levantó la vista hacia él y emitió un sonido como respuesta a su saludo. Uzmán se presentó:

—Uzmán Bayyumi, jefe de Archivos.

En la forma en que el director arqueó las cejas le pareció advertir a Uzmán una especie de sonrisa, a pesar de que esta no había asomado a sus labios.

—Soy el nuevo, señor —añadió.

—Y el traductor, ¿no es así?

—Sí, Excelencia —dijo con el corazón latiendo sin cesar.

—Su estilo es bueno —dijo el director en voz baja.

—Sus palabras representan para mí un gran honor.

—¿Hay algo importante en el correo?

Uzmán empezó a abrir los sobres con destreza, mostrándole al director las cartas y anotando con precisión sus instrucciones. Hizo otra reverencia y salió ebrio de alegría. De regreso al Departamento de Archivos pensó en Hamza al-Suwayfi —que ya había quedado atrás en su vida—, en un rincón oscuro hasta que lo devoraran las sombras que también habían engullido a Safán Basyuni. Desde ese momento su futuro dependería de Su Excelencia, y de Dios. Se dijo: «Procura seguir progresando, Uzmán. Son necesarios uno o dos saltos más».

Y continuó pensando: «Safán Basyuni se pasó la mitad de sus años en el mismo puesto».

Sabía perfectamente que el departamento tenía dos subdirectores, pero él solo tendría que saltar sobre Hamza al-Suwayfi, quien podría ascender, jubilarse o… ¡morir! Esta idea le hizo enfadarse consigo, como tantas otras veces, y pidió perdón a Dios, mientras se preguntaba: «¿Por qué Dios nos ha creado con una naturaleza tan corrupta?».

No estaba muy satisfecho con su carácter, pero siempre terminaba aceptando su forma de ser. Creía que a ambos lados de su camino sagrado entrechocaban las altas olas del bien y del mal, y que nada podía afectar a su santo propósito excepto la debilidad, la flaqueza, la

autosatisfacción y la rendición a los placeres fáciles y a la ensoñación.

«Perdóname, Señor. Yo solo amo la gloria cuyo amor has hecho brotar en mí», se decía con determinación, y continuaba: «¿Cómo podrás convencer a Su Excelencia de tu utilidad?».

¿Cómo y cuándo tendría la oportunidad de prestar sus servicios sin caer en la inmoralidad y la vergüenza?, no como un deudor, sino como un acreedor, como había hecho con Hamza al-Suwayfi, con dignidad, orgullo y con la diplomacia y el obsequioso tono de voz que le eran propios.

«Mi esfuerzo es noble, pero los sentimientos y los pensamientos pertenecen solo a Dios», pensaba.

Estaba convencido de que Dios había destinado al hombre al goce del poder y la gloria. La vida era poder, como poder era también la supervivencia y la perseverancia. El Paraíso divino solo se podía alcanzar mediante el poder y la lucha.

Su ocasión se presentó cuando a Su Excelencia Bahyat Nur, el director general, le fue concedida la Orden del Nilo. Uzmán escribió un artículo de felicitación que se publicó en un periódico en el que generalmente aparecían sus traducciones. En él alababa la capacidad, la moralidad, la religiosidad, la eficacia y el idealismo de Su Excelencia, quien se había convertido en director nacional, una especie que en un pasado se consideraba incapaz de ocupar el lugar de los directores ingleses.

Cuando entró en el amplio despacho con el correo, Su Excelencia le dirigió su primera sonrisa y le dijo:

—Gracias, señor Bayyumi.

Él respondió haciendo una reverencia:

—Gracias a Dios, Excelencia.

—Su estilo es envidiable.

Creyó que al hombre no se le emborrachaba solo dándole a beber vino infernal. Pero la embriaguez no es permanente y a menudo le sucede la resaca. Le pareció que la rueda del tiempo giraba más deprisa. Solo recordaba que el tiempo pasado no existía. El barrio de al-Husayni era un simple espacio. El quinto grado no era nada importante en la vida de un hombre de mediana edad, un hombre que constantemente

levantaba la mirada hacia la Estrella Polar, que se encerraba en su pequeña habitación atestada de libros, para quien el bocado más exquisito era la cabeza de buey y el kebab en los días de fiesta, y que no conocía más placeres del mundo que el vino infernal y a la negra Qadriyya en la habitación desnuda.

Necesitaba sentir el verdadero calor humano, una mujer y una familia. No podía soportar seguir pasando sus días solo.

¡Cómo necesitaba una compañera en este universo repleto de millones de universos!

17

Invitó a Umm Husni a su casa. Mientras le preparaba café en su hornillo, ella advirtió por su aire entre preocupado y alegre que quería decirle algo importante. Umm dijo con curiosidad:

—El corazón me dice que me has llamado para algo. Dios es testigo de que anoche soñé…

—Olvídate de los sueños, Umm Husni. Quiero una esposa.

Le brilló la cara de alegría y gritó:

—¡Gracias a Dios! ¡Hoy sí es un día feliz!

—La esposa adecuada.

—Tienes donde elegir.

—Exijo ciertas condiciones, Umm Husni. Quiero que me comprendas.

—Tengo vírgenes, divorciadas y viudas, ricas y pobres.

Él le respondió en tono cortante:

—Olvídate de nuestro barrio y de toda esta zona.

Ella preguntó, perpleja:

—¿Qué quieres decir, hijo?

—Quiero una mujer de buena familia.

—¿Qué te parece la hija del señor Hassuna, el dueño de la tahona?

Él la interrumpió con impaciencia:

—No pienses en el barrio. Tiene que ser de buena familia.

—¿Qué quieres decir…?

—Gente distinguida, altos funcionarios, gente con poder.

La mujer se quedó muda de asombro, como si estuviera escuchando a alguien de otro planeta.

—Me parece que no me vas a ser muy útil.

Ella contestó desencantada:

—Tienes ideas extrañas, hijo.

—¿Entonces?

—Como bien has dicho, yo no puedo servirte, pero conozco a Umm Zaynab, una alcahueta de al-Hilmiyya.

—Ponte en contacto con ella y si tienes éxito te recompensaré como si todo hubiera sido obra tuya.

Ella se rio:

—Pero si eres muy tacaño, Uzmán.

—Estás siendo injusta, mujer. Te doy mi palabra de honor.

—El Señor nos ayude.

—No es necesario que sea virgen. Da igual que sea viuda, divorciada o soltera. No me importa la belleza, pero, eso sí, tiene que ser presentable. Tampoco pongo como condición que deba ser joven o rica.

La mujer movía la cabeza desconcertada mientras le seguía escuchando:

—Si quieren tener información respecto a mi trabajo, que vayan al ministerio. En cuanto a…

Se calló un momento, luego continuó:

—Sobre mis orígenes, puedes decir que mi padre era comerciante, por ejemplo. ¿Crees que lo comprobarán?

—Sí, y que Dios bendiga el descanso de tus padres.

—De todos modos, mi persona ya es suficiente recomendación. ¡Intentémoslo!

Mientras esperaba los días transcurrieron con la pesadez de siempre. Cada vez que iba a ver a Umm Husni, ella le aconsejaba que tuviera paciencia. No dejaba de pensar en las razones del retraso y su corazón se sumergió de nuevo en las sombras. Empezó a frecuentar el

santuario de al-Husayn.

Por aquel entonces, el director de Administración, Hamza al-Suwayfi, debía guardar reposo en cama a causa de una fuerte subida de la presión. Aquel era un momento especialmente crítico porque la Administración debía empezar a preparar los nuevos presupuestos. Uzmán visitó al enfermo y permaneció largas horas haciéndole compañía. Llegó a mostrarse tan apesadumbrado y preocupado por él que el hombre le pidió a Dios que lo protegiera de todo mal. Junto al enfermo, Uzmán recordaba que no había ido a visitar a Safán Basyuni y que no sabía nada de él, como si se hubiera muerto. Le dijo a Hamza al-Suwayfi:

—Debe guardar reposo absoluto y no levantarse hasta que esté totalmente recuperado. Y no se preocupe por el trabajo, pues mis compañeros y yo haremos el suyo.

El hombre le dio las gracias y susurró con ansiedad:

—¡El borrador de los presupuestos!

—Ya se hará —respondió él tranquilamente—. Todos los empleados del Departamento son discípulos suyos, han trabajado a sus órdenes y conocen sus deseos a la perfección.

En el ministerio no dejaban de oírse comentarios sobre el enfermo. Los empleados decían que tal vez Hamza al-Suwayfi se vería obligado a jubilarse o por lo menos a delegar parte de sus responsabilidades. Uzmán escuchaba todo aquello atentamente y el corazón le palpitaba de secreta alegría. Esta idea le producía vergüenza e indignación, como de costumbre, pero también alimentaba sus sueños y ambiciones. De pronto, el director general mandó que se formara un comité especial para preparar los presupuestos, presidido por Uzmán. El sentido de esa elección estaba claro para todos. Era cierto que nadie ponía en duda su eficacia, pero algunas personas no dejaban de preguntarse si no habría sido más lógico que se hubiera nombrado presidente al subdirector de Administración, aunque solo hubiera sido para guardar las apariencias. De cualquier forma, Uzmán consagró todos sus esfuerzos a la preparación del proyecto para que nadie pudiera advertir un solo fallo. Demostró su capacidad en la asignación y coordinación de funciones, así como en el seguimiento de datos obtenidos de otros departamentos del ministerio. Se ocupó personalmente de hacer el balance final y de redactar el informe. El trabajo requirió un contacto directo con Su Excelencia el director general; mantenía reuniones diarias de una hora y a veces dos. Con el

tiempo, la formalidad que había entre ellos fue reemplazada por un inicio de amistad. Un día, la reunión se prolongó durante cuatro horas. El director pidió café para él y le ofreció un cigarrill0, que rechazó con cortesía porque no fumaba. Aquellos días colmaban su corazón de felicidad, orgullo y esperanza. Uzmán estaba orgulloso de su trabajo. Sentía que Dios estaba satisfecho con él y que la fortuna le sonreía. Preparó un borrador de prólogo que contó con la admiración del director. Ya estaba en la cúspide de la gloria.

Hamza al-Suwayfi se recuperó y se reincorporó al trabajo el mismo día en que el comité iba a dar por terminada su actuación. Uzmán le manifestó su alegría abrazándolo y deseándole una larga vida.

—Estábamos perdidos sin usted. Gracias a Dios que se ha restablecido —le dijo.

—¿Qué tal va el borrador del presupuesto? —preguntó el hombre.

—Ya está listo; también he redactado el prólogo. Ahora Su Excelencia está supervisando el trabajo; usted podrá verlo mañana o pasado. Pero ¿qué tal se encuentra?

—Estoy bien, gracias a Dios. Me han puesto en tratamiento y tengo que seguir un régimen estricto. Todo está en manos de Dios.

—No se preocupe. No será más que una nube de verano.

Durante los largos años de servicio, se había acostumbrado a su escindida personalidad y a los conflictos morales que esta le planteaba, al igual que a imprevistos decepcionantes como este. Un sentimiento de lasitud, incluso de desesperación, le oprimía el corazón. Por eso, cuando se quedó vacante un puesto de cuarto grado en el Departamento Jurídico, la ansiedad lo impulsó a expresar su deseo. Era la primera vez que se atrevía a hablar; hasta entonces, había dejado que sus obras y servicios hablaran por él. Gracias al clima de confianza que había generado su trabajo con Su Excelencia, pudo decirle:

—Si Su Excelencia fuera tan amable, podría disponer que se aprovecharan mis conocimientos de derecho en el Departamento Jurídico.

Pero el director respondió de forma tajante:

—¡No! El Departamento Jurídico está reservado para personas que gozan de ciertos privilegios. Será mejor que se olvide de él.

¡Ah! , sucedía lo mismo que con la espera de una mujer. Pero, aunque se sentía herido, dijo con respeto:

—Como usted desee, Excelencia.

Se dirigía hacia la puerta cuando la voz del hombre lo paró en seco:

—En los nuevos presupuestos he dispuesto que el jefe de Archivos sea ascendido al cuarto grado.

Se volvió, dio un paso largo e hizo reverencias hasta que se encontró de nuevo junto al escritorio de Su Excelencia.

18

Sin duda aquel sí era un salto hacia delante. Si la suerte seguía sonriéndole, quizá alcanzara su objetivo dentro de doce o quince años; entonces le quedarían algunos años para ejercer como director general. Pero, en cuanto a la misión de Umm Zaynab, estaba seguro de que había fracasado. No había lugar a dudas. «Un jefe de Archivos puede rechazarse sin dificultad, un director de departamento ya parece más aceptable, pero nadie rechazaría a un director general por muy vejestorio que fuera.»

Las razones que lo impulsaban al matrimonio eran innumerables. Sería una ayuda, un consuelo para su triste corazón y los sinsabores que le producía la soledad. También satisfaría su inquietud religiosa, pues su credo contemplaba el celibato como una falta. Qadriyya le reconfortaba de las tensiones de su vida, pero no le proporcionaba el amor, la ternura o la comprensión humana que deparaba el matrimonio; sin contar con que aquella relación intensificaba su sentimiento de culpa. El único consuelo que le quedaba era el trabajo, la cultura y el ahorro. Cuando se sentía cansado de tanta austeridad, se decía: «Así vivían los Califas Ortodoxos».[11]

Un día, mientras estaba trabajando en el Departamento de Archivos, se sorprendió al ver ante él a Safán Basyuni, abatido y demacrado, como si fuera un espectro despidiéndose de la vida. Se levantó para saludarlo, avergonzado por haberle abandonado durante tanto tiempo. Le invitó a sentarse y le dijo con entusiasmo afectado:

—¡Cuánto me alegro de volver a verlo!

El anciano reunió todas sus fuerzas y susurró:

—¡Cómo le he echado de menos!

Uzmán exclamó, disculpándose:

—¡Es el maldito trabajo, y este maldito edificio! ¡Cuánto lo siento, querido amigo!

—Estoy enfermo, Uzmán —confesó el anciano.

—No se preocupe. Se pondrá bien, si Dios quiere. ¿Mando que le traigan café?

—No, no. Lo tengo todo prohibido.

—Ya verá como Dios le devuelve la salud.

La situación era sumamente embarazosa y él no encontraba la forma de poner fin al desafortunado encuentro. Safán se calló un momento, luego dijo abatido y humillado:

—Necesito tres libras. —Se fatigaba al hablar; tras una pausa continuó—: Es para medicinas.

Uzmán se echó a temblar. Vio que el peligro estaba a punto de alcanzarlo, sin compasión, y gritó con vehemencia, como un hombre acosado:

—¡Qué terrible! No puedo creerlo. Nunca me habría imaginado negándole algo, especialmente esto. Preferiría robar antes que decirle que no.

El hombre tragó saliva y dijo abatido:

—¿Ni siquiera una libra?

—¿Es que no me cree, querido amigo? ¡Dios mío! Si usted supiera…

El hombre, desesperanzado, pareció abstraerse en sus desconocidos pensamientos. Se puso de pie con dificultad, diciendo:

—Le creo. Que Dios le ayude y que nos proteja a todos.

A Uzmán se le saltaron las lágrimas al estrecharle la mano, eran unas lágrimas sinceras, condensadas por los vapores que se elevaban de la dolorosa lucha librada en su interior. Quiso ir tras él, pero no lo hizo. Dejó que se marchara y volvió a su mesa murmurando: «¡Qué pena, deberíamos ser de piedra o de hierro para poder soportar la vida!». Y continuó diciéndose: «El camino es muy largo. Mi único consuelo es que yo santifico la vida, como un don divino, y no la desprecio».

Durante esa misma semana, tuvo noticias de la muerte de Basyuni, lo cual le produjo una fuerte impresión, a pesar de que la esperaba en cualquier momento.

Con profundo abatimiento, se dijo: «¡Basta de sufrimiento! Este es más dolor del que puedes soportar».

Y se preguntó: «La gente me envidia, pero ¿acaso soy feliz?».

Y también: «¿Qué es la felicidad?».

«Nuestra verdadera felicidad estriba en la existencia de Dios —se dijo, y añadió con determinación—: O vivimos o morimos.»

19

El tiempo, como la espada, si no lo matas te mata. Él se había convertido en un experto en matar el tiempo, pero ¿podría librarse algún día de su filo cortante? La víspera, un joven empleado había ido a verle para pedirle consejo sobre un asunto personal.

—Discúlpeme, señor —comenzó diciendo—, me dirijo a usted como si fuera un padre o un hermano mayor.

Estas palabras le parecieron tan extrañas que creyó que el hombre se burlaba de él. ¡Como un padre! ¿Acaso podía él tener un hijo de esa edad? ¿Por qué no? A pesar de todo, nunca había dejado de matar el tiempo.

Un día Umm Husni le dijo:

—Esta vez tengo a una directora de colegio.

Hizo un gesto de evidente satisfacción. No obstante, a pesar de que la directora pudiera ser una buena esposa, lo que él deseaba era alguien que lo ayudara a ascender a un nivel más alto.

Sin poder disimular la curiosidad, le preguntó a la anciana:

—¿Es muy mayor?

—Está en la flor de la vida: treinta y cinco años como mucho.

—¿Es viuda o divorciada?

—Virgen, como Dios la creó. Antes no se les permitía casarse, como ya sabes.

No tenía ningún inconveniente en conocerla y la vio en al-Sayyida. Tenía buena presencia. Le gustó como le había gustado Sayyida. De este modo la vio y supo también que ella lo había visto.

Umm Husni le dijo en el siguiente encuentro:

—No te costará ni un céntimo.

Se dio cuenta de que había gustado a la mujer, si no no se habría ofrecido a amueblar la casa y hacer los preparativos de la boda, y no


exigía de él más que algunas cosas sin importancia. La anciana le dijo:

—Solo la alianza, el broche y algunas menudencias. ¿Puedo darte la enhorabuena?

—Ten un poco de paciencia.

—Solo pone una condición: ciento cincuenta libras en caso de divorcio…

Todo parecía correcto y ajustado a sus deseos. Si solo hubiera pretendido satisfacer su fe religiosa no habría encontrado nada mejor, pero ¿y sus ambiciones? Se vio acosado por una vorágine de pensamientos, nacidos de la sensación de que se estaba haciendo viejo, o tal vez por las secretas revelaciones que le llegaban del mundo desconocido. A causa de la ironía, la crueldad y la falsedad de las apariencias. A causa de las rosas que nunca olió y de las melodías que resonaban lejos del alcance de sus oídos. A causa de la austeridad y las privaciones... A pesar de todo, se dijo: «¿A qué vienen estas cavilaciones y estas dudas? ¡No son más que tonterías! No voy a hacer una locura después de haber esperado tanto tiempo».

Deseaba entablar una relación con ella, ¡pero no sagrada!, sin embargo, era muy probable que su rechazo fuera más tajante que el de Sayyida. Aunque ella aceptara, no sería motivo de alegría, contra lo que se pudiera pensar, pues eso requería alquilar y amueblar otro piso. El corazón se le contrajo de miedo. Al fin le dijo a Umm Husni con franqueza:

—No.

—No puedes hablar en serio —gritó ella.

—He dicho que no.

—Eres un enigma, hijo.

Él se rio sin alegría.

—¿Qué es lo que quieres? ¿Es que no te gusta el sexo femenino?

Él volvió a reír.

—Dios te perdone. Estoy triste, hijo —confesó la anciana.

20

Unsiyya Ramadán llegó cuando Uzmán era presa de una melancolía que nunca antes le había atacado con tanta fuerza. Le parecía que estaba perdido en un desierto árido y abrasador, que no había conseguido nada de valor, que su ambición era demasiado larga para una vida tan corta y que el pasado era despreciable. A pesar de sus elevadas aspiraciones, era un ser insignificante, sin otro emblema que una tumba de caridad y la prisión. El único mártir de su familia había muerto del lado de la opresión y la injusticia. Él no tenía ni un solo amigo. La relación con sus compañeros de la infancia se había interrumpido del todo. Tenía colegas que le respetaban y le envidiaban, pero no amigos. El único con el que se sentaba a veces a hablar era un criado de la mezquita de Husayn, y el único toque romántico en una vida vacía era una habitación desnuda y una prostituta medio negra.

¿Qué sentido tenía una vida así? Era cierto que había consagrado su existencia al glorioso camino de Dios, pero vivía en el pecado y se contaminaba hora tras hora. Parecía que no soportaba la muerte con suficiente fortaleza. «Estoy perdiendo la partida», pensaba.

Mientras se abrasaba en su propio infierno, en el Departamento de Archivos sopló una suave brisa que trajo un nuevo perfume. Nuevo para el departamento y para toda la Administración, en el pleno sentido de la palabra. Era la primera chica que entraba en la sección administrativa y, concretamente, en Archivos. Era morena, amable, de finos rasgos y vestía de forma sencilla. Cuando fue a su despacho para presentarse, su presencia le produjo a un tiempo confusión, asombro y simpatía. La invitó a sentarse mientras se fijaba en las cabezas de los empleados que sobresalían de las filas de los archivadores. Estaban asombrados, no daban crédito a lo que veían sus ojos.

—Bienvenida.

—Gracias. Me llamo Unsiyya Ramadán.

—Mucho gusto. Parece usted muy joven.

—No, tengo dieciocho años.

—Estupendo… ¿Cuál es su titulación?

—El Certificado Elemental en Ciencias.

—Muy bien, pero ¿por qué no ha seguido estudiando?

Se arrepintió de haberle hecho esa pregunta. Le vinieron a la mente los recuerdos de su primer día de trabajo en el despacho del director general. La chica contestó tímidamente:

—Me vi obligada a dejar los estudios por las circunstancias.

Maldijo las circunstancias, pero le consoló que ambos hubieran compartido la misma horrible historia. Se dirigió a ella con tono amable:

—Me recuerda a mí, pero permítame que le diga que yo completé mis estudios siendo empleado y que las puertas solo se abren para quienes tienen altas aspiraciones.

Sus ojos adquirieron un brillo de tristeza cuando respondió:

—Pero vivimos en una sociedad dura e injusta.

Él advirtió que las ideas «revolucionarias», que siempre trataba de ignorar, amenazaban con acosarlo de nuevo, y dijo con determinación:

—Es mejor confiar en uno mismo que atacar a la sociedad. Dios nos da sus mandatos a cada uno y nos pide cuentas individualmente. Es mejor abrir un camino en medio de un pedregal que pedir limosna a la sociedad. Parece que usted está interesada en la política y en lo que hoy llaman ideología social.

—Sí, creo en ella.

—Eso significa que no cree en usted. Yo no creo más que en mi constancia y en la sabiduría infinita de Dios.

Ella sonrió en silencio. Él también sonrió y dijo:

—Se encargará del correo entrante; es el trabajo más adecuado para un empleado recién llegado.

—Gracias, señor.

—Espero que siempre sea digna de mi confianza.

—Por mi parte, espero no defraudarlo.

—Si algún compañero le molesta, no dude en decírmelo.

—Confío en que no será necesario.

La encomendó a uno de los empleados que le mostrara cuál debía ser su trabajo.

—El correo entrante —dijo lacónicamente.

Uzmán sintió que Archivos había dado un importante salto hacia la vida luminosa y que de ahora en adelante contaría con algo que afectara su corazón y excitara sus sentidos. Las nubes de los recuerdos melancólicos se dispersaron un poco y pensó en Sayyida, Saniyya, Asila, la directora de colegio, y Qadriyya, y se dijo a sí mismo que el mundo de las mujeres era infinitamente diverso, dulce y doloroso. Se preguntó perplejo: «¿Cuál es el objetivo y cuál es el medio, la mujer o la posición?».

Y también pensó: «Muchos hombres viven sin una posición, pero ¿quién vive sin una mujer?».

A su edad, el hombre piensa las cosas dos veces. Se siente cansado de la compañía de los libros y se queja del trabajo. La privación y la austeridad se le hacen insoportables y el pasado lo acosa sin piedad. A esa edad, se intensifica la sensación de aislamiento y soledad, así como la ansiosa espera de una gloria incierta.

El día anterior, Hamza al-Suwayfi le había dicho riéndose:

—¡Vaya, nuestro experto en finanzas ya va teniendo canas!

Uzmán se asustó, como si le hubieran pillado en flagrante delito.

—Tal vez la vista le engañe, señor director.

—Deje que sea el espejo quien juzgue. Mírese bien cuando llegue a casa.

Uzmán murmuró abatido:

—Pues me han salido antes de tiempo.

El director del departamento le dijo riéndose:

—O demasiado tarde. Yo ya tenía canas cuando tenía diez años menos que usted. —Soltó una carcajada y añadió—: Ayer fue usted el tema de conversación entre algunos colegas. Nos preguntamos cómo vive.

Alguien dijo que nunca se lo encuentra nadie por la calle, ni en los cafés, ni en una fiesta, nos preguntamos cómo pasa usted el tiempo libre. «No está casado, entonces, ¿qué sentido tiene su vida?», nos decíamos. Y también: «No tiene interés en lo que le interesa a la mayoría de la gente. ¿Qué es lo que de verdad le importa de esta vida?».

Uzmán sonrió lánguidamente y dijo:

—Siento haber sido causa de tanta preocupación.

—Usted es un hombre competente y honorable, pero demasiado misterioso. ¿Qué es lo que le preocupa de este mundo?

El corazón le palpitaba con fuerza ante el insistente interrogatorio, y dijo:

—No hay ningún misterio, señor. Soy un hombre cuyo principal interés reside en cumplir con sus obligaciones y en encontrar la satisfacción en servir a Dios.

—Bien dicho. Espero no haberle molestado. Lo realmente importante es vivir en paz con uno mismo.

Pero ¿dónde estaba la paz? ¿Dónde?

Las canas invadían su cabeza, mientras la gloria de su existencia, lo mismo que su trivialidad, pasaba. ¿Cuánto tiempo le quedaba?

21

Un día, mientras Uzmán hacía su trabajo habitual con Hamza al-Suwayfi, este le comentó:

—Aspirar a la felicidad es el fin del hombre en esta vida.

—Si eso fuera así —replicó Uzmán disimulando su desprecio—, Dios no habría permitido que nuestros primeros padres salieran del Paraíso.

—Entonces, ¿cuál cree usted que es el sentido último de la vida?

—El camino sagrado —respondió con orgullo.

—¿Y cuál es el camino sagrado?

—El camino de la gloria o la realización de la voluntad divina en la tierra.

—¿De verdad aspira a gobernar el mundo? —preguntó Hamza, sorprendido.

—No exactamente. Pero en cada situación se advierte la presencia de Dios.

El hombre le lanzó una mirada tan extraña que Uzmán se arrepintió de haber pronunciado aquellas palabras. «Piensa que estoy loco», se dijo.

En aquel tiempo corría el rumor de que Su Excelencia Bahyat Nur iba a ser trasladado a otro ministerio. Cuando se enteró, el corazón estuvo a punto de salírsele del pecho. Había hecho lo imposible por ganarse la confianza de aquel hombre, ¿cuánto tardaría en ganarse la de un sucesor desconocido? Pero el rumor resultó infundado. Un día, Bahyat Nur le entregó un montón de papeles y le dijo:

—Es la traducción de un libro dedicado a Jedive Ismail.[12] He tardado medio año en traducirlo.

Uzmán miró los papeles con interés. Su Excelencia continuó:

—Me gustaría que revisara la redacción, todo el mundo sabe que su estilo es incomparable.

Recibió el encargo con suma alegría y se dedicó al trabajo con el interés, la energía y la meticulosidad que le eran propios. Al cabo de un mes devolvió el manuscrito a Su Excelencia con un estilo perfecto, feliz de haber prestado el tipo de servicio que deseaba desde hacía mucho tiempo. Su Excelencia estaba ahora en deuda con él y, cada vez que mantenía una entrevista, le obsequiaba con una sonrisa que no recibían ni siquiera las personas más próximas a él.

A pesar de todo, la inquietud volvía a amenazarlo. Veía cómo el tiempo pasaba junto a él hasta desaparecer en el horizonte, dejándolo atrás, solo, con sus ambiciones sagradas. Su ansiedad lo condujo a visitar a una mujer de al-Tawfiqiyya, medio egipcia y medio europea, que leía el futuro en los posos del café. Ella, después de contemplar el fondo de la taza, empezó a leer mientras él la miraba con interés y algo de vergüenza, pensando que no tendría que haber creído en tales supersticiones.

—Tu salud no es buena —le dijo la adivina. Él sabía que su salud física no podía ser mejor, pero la de su mente sí era motivo de preocupación. La mujer estaba en lo cierto—. Ganarás mucho dinero, pero solo a costa de muchas fatigas —añadió la mujer.

Él no deseaba el dinero, a pesar de que ahorraba cada piastra que ganaba. Tal vez ella se estaba refiriendo al aumento de salario que le proporcionarían sus ascensos al mundo de lo desconocido.

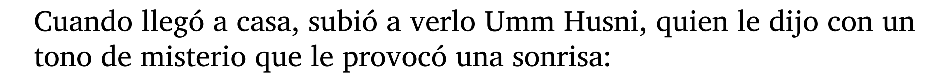
—Un enemigo tuyo se apartará de tu camino y no volverá.

Los enemigos eran muchos. Se escondían tras sonrisas encantadoras y palabras acarameladas. Como un subdirector de departamento del tercer grado, otro en el segundo y un director de Administración en el primero. Todos ellos eran amigos y enemigos a la vez, como requerían las puras intenciones de la vida y sus crueles exigencias.

—Veo dos matrimonios.

Él todavía no había conseguido ni siquiera una esposa, pero le estaba bien empleado, no tenía que haber buscado consuelo a sus preocupaciones en la superstición.

De vuelta a casa, pensó en Unsiyya Ramadán. Cada día que pasaba estaba más guapa y elegante: los efectos de un buen sueldo se advierten rápidamente en la cara de los pobres. Él era un buen jefe. Entre ellos había nacido una relación afable y cordial. Era imposible hasta el momento saber en qué acabaría. De todos modos, él ya no podía imaginar Archivos sin el perfume de su presencia.


Cuando llegó a casa, subió a verlo Umm Husni, quien le dijo con un tono de misterio que le provocó una sonrisa:

—La señorita Asila está aquí, ella…

—¿La directora?

—Sí. Desea pedirte consejo sobre algunos asuntos.

Se dio cuenta al momento de que la mujer pretendía seducirlo con sus encantos. Su naturaleza curiosa lo empujaba a la aventura. Estrechó la mano de Asila por primera vez. Ella llevaba un vestido azul de media manga y escotado que resaltaba su figura. Estaba allí, ofreciéndosele, tanto si las razones de la visita eran verdaderas como falsas. Su presencia lo excitó, al igual que había ocurrido con Sayyida y con Qadriyya. Todas eran del mismo tipo: sensuales y seductoras, pero no aptas para el matrimonio. Umm Husni dijo:

—Voy a preparar café.

¡Siempre la misma táctica! La vieja alcahueta detrás de cualquier asunto que oliera a matrimonio. Allí estaban los dos sentados en el mismo sofá, sin que mediara otro obstáculo entre ellos que un cojín. Inclinó la cabeza para atusarse el bigote y mirar disimuladamente las piernas bien formadas, asentadas con firmeza en unos zapatos de tacón plano.

—¡Encantado de poder estar con usted!

—El gusto es mío.

Ella cruzó las manos sobre el regazo y dijo con una firmeza que mostraba su habilidad para hacer frente a la situación:

—¿Puedo hacerle una consulta?

—Usted dirá.

—Tengo un terreno que ha sido expropiado por el Gobierno. Creo que usted entiende de estos asuntos.

—Naturalmente.

—La carretera que pretenden hacer ocupará la mayor parte de mi propiedad, solo podré disponer de una parcela de terreno que no podré aprovechar.

—Tengo entendido que esa es una cuestión que se tiene en cuenta a la hora de hacer la tasación.

—Pero los procedimientos, como usted sabe, son muy complicados.

—No se preocupe, cuente con mi ayuda.

Al percibir la fuerza de su personalidad, sintió un gran deseo de seducirla. Ella estaba dispuesta a casarse con él; en realidad, ese era el motivo de su visita. Parecía imposible que aceptara mantener con él una relación ilícita. Umm Husni volvió y empezaron a tomar café en completo silencio. Tal vez ella resultara una esposa muy adecuada por varios motivos, pero no era la que él quería. La imagen de Unsiyya Ramadán llenó la atmósfera, se interpuso entre ellos y terminó eclipsando a la mujer. Desde los días de la vieja fuente, su corazón no había vuelto a latir como lo había hecho por aquella joven. Sus nervios se relajaron y su mente se aclaró, al percibir en su imaginación una fresca brisa que le volvía a despertar sus más nobles sentimientos. Cuando la mujer se marchó, vio que Umm Husni lo miraba con ansiedad, como queriendo asegurarse del éxito de su empresa, a la que dedicaba todos sus esfuerzos y su fe. La anciana se había convertido en una devota del matrimonio, los hijos y las festividades relacionadas con ellos, y rezaba por el milagro del amor que Dios había creado. Como Uzmán continuaba en silencio, ella preguntó expectante:

—¿Has cambiado de opinión?

—¿Por qué debería hacerlo?

—¿No has reparado en su belleza?

Él permaneció en silencio, rechazando la mano que ella le tendía con amabilidad. Umm Husni le dijo en tono de reproche:

—Dice el proverbio…

Uzmán se marchó sin oír el proverbio. ¡Qué lástima! A menos que un matrimonio ventajoso viniera en su ayuda, todos sus esfuerzos resultarían vanos y sus esperanzas se frustrarían a mitad de camino. Su vida se había convertido en objeto de innumerables comentarios y críticas. La gente se preguntaba por qué no se casaba y tenía hijos y hacía amistades. También se preguntaban cómo podía vivir aislado en su mundo, ignorando los acontecimientos que se producían en torno a él y que encendían el espíritu de los hombres hasta el punto de sacrificar sus propias vidas. ¿Y qué era lo que les preocupaba a ellos y

se apoderaba de su corazón, planeando sobre sus ruidosas conversaciones y entorpeciendo su trabajo? Constantemente hablaban de niños, de enfermedades, de comida, del Gobierno, de la lucha de clases y de los partidos políticos; repetían proverbios y gastaban bromas. Ellos no vivían una verdadera vida porque huían de sus obligaciones sagradas. No querían participar en la terrible carrera contra el tiempo, la gloria y la muerte; tampoco querían cumplir la palabra de Dios, de la que los indignos se veían privados.

Unsiyya Ramadán se entrevistó con él para presentarle el informe mensual del correo. Era una mañana otoñal y la fresca temperatura hacía nacer en lo más recóndito de su alma un sentimiento de dulce melancolía. Su mirada pasaba sucesivamente de los documentos que estaba revisando a los dedos de ella, extendidos sobre la mesa. Le pareció que algo se movía en una de sus manos y se deslizaba despacio, como si fuera un mensaje secreto: una pequeña caja que, estaba seguro, ella le quería enseñar.

—¿Qué es esto? —preguntó Uzmán cuando por fin pudo ver con claridad que se trataba de una pequeña caja de plata.

—Un regalo —dijo ella ruborizándose.

—¿Un regalo?… Pero ¿por qué motivo?

—Por un motivo feliz.

—¿De verdad? —dijo muy impresionado.

—¿Es que no se acuerda?

—¿De qué? —preguntó él, a pesar de que sí se acordaba.

—Hoy es su cumpleaños.

Una ola de alegría embriagadora lo invadió. Era el día de su cumpleaños o, mejor dicho, la fecha de su cumpleaños. Pero para él era un día como otro cualquiera. Podía tenerlo presente unos días antes de que llegara, después de que hubiera pasado o incluso el mismo día, pero eso solo servía para intensificar aún más su inquietud por el futuro. Nunca lo había celebrado, ni siquiera de niño. Pero ahí estaba Unsiyya anunciando nuevas tradiciones, como nueva era también su inocente demostración de afecto.

—La verdad es que nunca me acuerdo.

—¡Qué extraño!

—Pero no debería haberse tomado ninguna molestia.

—Es un regalo muy sencillo.

—No sé cómo agradecérselo.

—No hay nada que agradecer.

—¡Qué amable y educada es usted! Pero ¿cómo ha sabido la fecha de mi nacimiento?

Se rio, luego dijo:

—¡Ah!… Lo había olvidado. Ha leído mi hoja de servicios. Ahora ya sabe mi edad.

—Es la edad del juicio y la madurez.

Uzmán le estrechó la mano. La mantuvo apretada —era suave como la seda— entre la suya, mientras le invadían dulces pensamientos. Tendría que corresponder al regalo con otro, incluso mejor, el día de su cumpleaños, que también miraría en la hoja de servicios. A pesar de su radiante alegría, deseó que ella hubiera elegido otra forma de felicitación que no hubiera supuesto ningún gasto, pues derrochar dinero le dolía y trastornaba los proyectos que tenía para su vida. Pero no dejó que la inquietud lo atormentara. Permitió que su corazón volara hacia lo desconocido, sumido en la alegría y el deseo. Mientras él retenía su mano, ella le dirigía una sonrisa que le produjo una gran satisfacción. ¿Y después qué? ¿Acaso aquella situación era acorde con su único camino? Se encontraba frente a algo más importante que un delicado y transitorio momento perfumado de magia. Aquello era lo desconocido, el propio destino. Estaba llamando a la puerta tras la cual se había detenido el tiempo, e incluso había retrocedido. Una voz le decía que debía desistir, de lo contrario se perdería, pero ni sus oídos ni su corazón prestaron atención.

Al día siguiente se presentó ante él, acariciándole con una mirada colmada de sumisión y dulzura. Sentía que su cuerpo se abrasaba. Mientras ella le mostraba el expediente se atrevió a rozar sus dedos. Miró alrededor con cautela y le susurró algunas instrucciones sin sentido. Inclinó la cabeza y la besó en los labios, luego volvió a su asiento, agitado, temblando y ardiendo, ebrio de vida y de miedo ante lo desconocido.

23

Su primer encuentro se produjo un viernes por la tarde. La cita fue el resultado de un irresistible impulso de entrega y la última esperanza de salvación. Él creía que se estaba apartando del camino recto, pero aquello le colmaba de felicidad. No conocía los lugares donde se encontraban los enamorados. Ella sugirió el parque de al-Azbakiyya, pero él objetó que allí estarían expuestos a las miradas de todo el mundo. El zoo, lo suficientemente apartado y poco concurrido, le pareció más apropiado. Para llegar hasta allí, el tranvía tenía que pasar por varios descampados. Pasearon juntos disfrutando de una vida «real» hasta que cerraron. Él no había vuelto a visitar el zoo desde que era niño. No tenía ni idea de cómo tratar a una chica, qué podía decir y qué no, qué podía hacer y qué no. Pasearon en silencio, felices; pero él no dejaba de reprocharse que aquel encuentro fuera irregular y reprobable, que no debía haberse rendido al impulso. Para ahogar aquella confusión, empezó a expresar admiración por los árboles, los puentes, las grutas, los arroyos, los estanques y las especies de animales. Pero estaba convencido de que no había pronunciado ni una sola palabra adecuada y de que intentaba escapar cuando ya era demasiado tarde. Ella caminaba a su lado, con una mirada soñadora y triunfante, la cabeza erguida y el pecho lleno de orgullo. Él se imaginaba que en el aire surcaba una corriente infinita de exigencias y que en su respiración absorbía los más bellos secretos de la vida. Sus ojos se encontraron y en el brillo de su mirada leyó él la más pura inocencia, la dulce picardía y un torrente de deseos desconocidos.

—Ni siquiera ahora que tengo trabajo puedo salir de casa con facilidad —dijo ella con un tono de protesta.

—No te enfades por eso —respondió él sonriendo paternalmente.

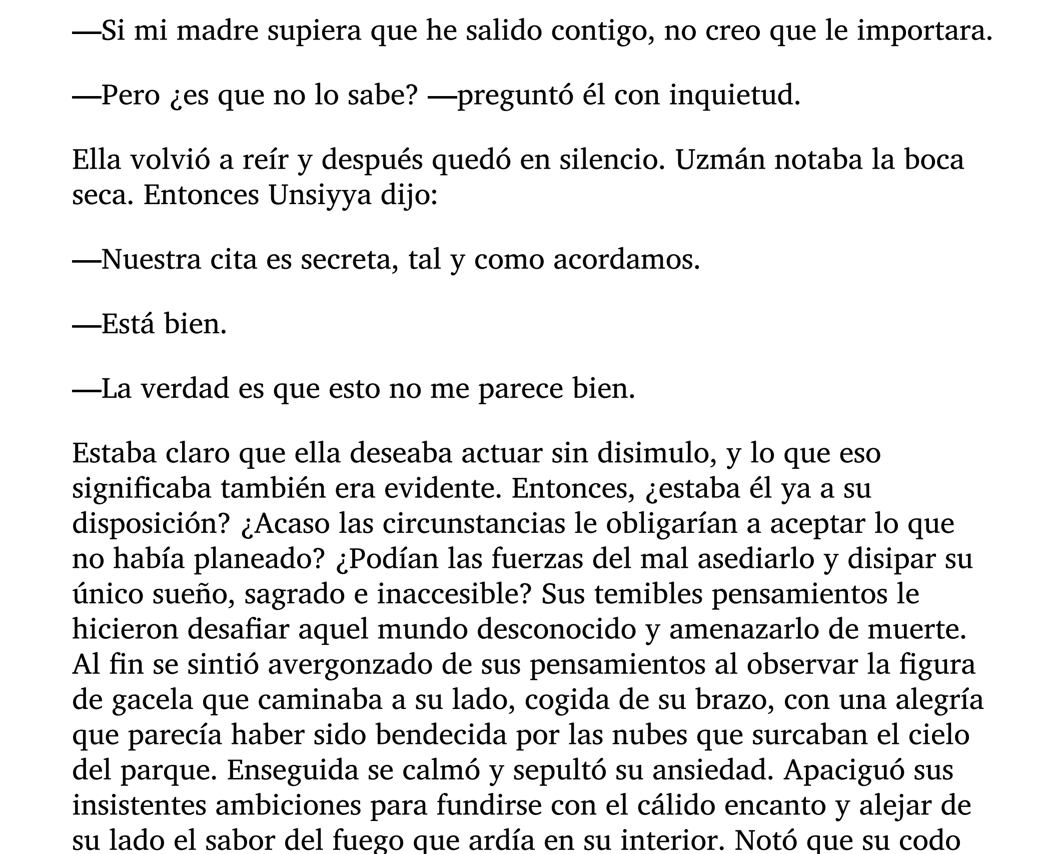
—Pero es antinatural y humillante.

—Es una consecuencia natural del amor paterno.

—No creo que opines así.

—¿De verdad?

Ella se rio mostrando una absoluta seguridad en sí misma y añadió:



—Si mi madre supiera que he salido contigo, no creo que le importara.

—Pero ¿es que no lo sabe? —preguntó él con inquietud.

Ella volvió a reír y después quedó en silencio. Uzmán notaba la boca seca. Entonces Unsiyya dijo:

—Nuestra cita es secreta, tal y como acordamos.

—Está bien.

—La verdad es que esto no me parece bien.

Estaba claro que ella deseaba actuar sin disimulo, y lo que eso significaba también era evidente. Entonces, ¿estaba él ya a su disposición? ¿Acaso las circunstancias le obligarían a aceptar lo que no había planeado? ¿Podían las fuerzas del mal asediarlo y disipar su único sueño, sagrado e inaccesible? Sus temibles pensamientos le hicieron desafiar aquel mundo desconocido y amenazarlo de muerte. Al fin se sintió avergonzado de sus pensamientos al observar la figura de gacela que caminaba a su lado, cogida de su brazo, con una alegría que parecía haber sido bendecida por las nubes que surcaban el cielo del parque. Enseguida se calmó y sepultó su ansiedad. Apaciguó sus insistentes ambiciones para fundirse con el cálido encanto y alejar de su lado el sabor del fuego que ardía en su interior. Notó que su codo rozaba el esbelto cuerpo de la muchacha y que percibía las mágicas vibraciones procedentes de aquellos territorios frescos y vírgenes. Miró con cautela a su alrededor, antes de besarla en la mejilla y en el cuello. Él dijo con una voz que no le pareció suya:

—Eres muy hermosa, Unsiyya.

Ella sonrió, tímida y feliz.

—Me gustaría… —dijo él con pasión—. Me gustaría… —Y calló de nuevo, dejando oír solo su respiración.

—¿Qué? —preguntó ella,

—Me parece que te conozco desde siempre.

Ella sonrió complacida, pero su mirada le pedía algo más.

—¡Qué lugar tan hermoso! —dijo él.

—¡Te gusta la naturaleza!

Aquella observación le resultó extraña e irónica; él sabía cuán distinta era en realidad su vida.

—Eres tú quien hace que todo sea bello.

—¡No exageres! ¿Quieres que te diga una cosa?

—¡Claro!

—Siempre das la impresión de que no tienes interés por nada.

—¿De verdad lo crees así?

—No sé. Me parece que eres un hombre muy misterioso, aunque también muy bueno.

—Todo esto no tiene sentido. La única realidad evidente es que eres una persona maravillosa.

—¿Y qué más?

—Y que lo que existe entre nosotros debe perdurar siempre, a pesar de lo que suceda en el futuro.

—¿El futuro?

—¿Has visto algo que no te haya gustado en mi hoja de servicios?

—No.

—Tú eres lo más bello de mi vida.

—Y tú de la mía —le dijo ella con tono suave.

Volvió a besarla mientras retenía su mano apasionadamente.

—Mi vida se debate continuamente entre lo que deseo y lo que puedo conseguir.

—¿Acaso deseas algo que no puedes lograr?

—La vida está llena de deseos inalcanzables.

—¡Háblame solo de cosas que se refieran a mí!

Ella tenía razón. Su boca aún estaba húmeda por el beso y su codo continuaba rozando su suave cuerpo, cuando pasaron por delante del elefante, que levantó la trompa para saludarlos.

—Nuestra relación debe permanecer en secreto.

—¿Por qué?

—Para que nadie piense mal de nosotros.

—¿Y por qué iban a hacerlo?

—La gente es así.

—Pero no hay nada malo entre nosotros.

—Pero la gente es malpensada, querida.

Ella se rio, divertida, y le preguntó:

—¿Me has invitado a salir para echarme un sermón?

—Te he invitado para conocernos y para asegurarme de que mi corazón no estaba equivocado.

—¿Y cuál ha sido el resultado?

—Estoy seguro de que el corazón es el mejor guía.

De regreso se preguntó por qué no le había confesado su amor claramente, por qué no le había pedido la mano. Aun suponiendo que ella le hiciera cambiar completamente de vida y que esta tomara un nuevo rumbo, ¿no sería ella más capaz de hacerle feliz que la Estrella Polar?

Asila Hiyazi, la directora de colegio, volvió con el pretexto de saber cómo iba el asunto que le había encargado. Al menos eso fue lo que le dijo Umm Husni cuando lo invitó a su piso. Se sentía abrumado por el peso de las preocupaciones, a las que había que añadir el nuevo amor, que intensificaba su conflicto interno hasta la locura. Se alegró de la visita de Asila Hiyazi porque la vio como una oportunidad de escapar de sí mismo y quién sabe si de cometer una tontería sin que supusiera para él ningún riesgo. Necesitaba alguna forma de expansión y Qadriyya no estaba a su disposición todos los días. Después de saludarla, le dijo:

—Su asunto está en vías de resolución.

Al instante, sus encantos físicos, resaltados por el vestido estampado de flores, atizaron su fuego infernal. Ella le preguntó, mirándolo afectuosamente:

—¿Tendré que esperar mucho?

Umm Husni creyó que debía ir a preparar café y él se decidió a zanjar la cuestión dando un golpe inesperado de imprevisibles consecuencias:

—No, no tendrá que esperar mucho.

—Muchas gracias.

—En realidad, todo depende de su paciencia.

—Parece que tendré que esperar algún tiempo.

—¡Permítame que le exprese mi admiración! —Dijo esto con un tono muy diferente, como alguien que desea cambiar el rumbo de la conversación.

Ella se ruborizó y bajó la mirada. Uzmán continuó:

—Siento una gran admiración por usted, como la que siente un hombre por una mujer. ¿Comprende lo que quiero decirle?

Ella no dijo nada, pero parecía feliz, como si estuviera ante las puertas del Paraíso.

—Pero tenemos que ser prudentes. Es preciso que le diga algo que tal vez no le resulte agradable.

Ella lo miró con extrañeza.

—La idea del matrimonio es imposible. —Vio cómo la mujer palidecía y añadió sin compasión—: Las razones son muchas. La vida, como usted sabe, está llena de secretos.

Ella preguntó con un hilo de voz:

—¿Qué le ha impulsado a hablarme de ese modo?

—Ya no somos dos adolescentes —respondió él con cortesía pero persistiendo en su crueldad—. Por lo tanto, hablemos como adultos y busquemos nuestra felicidad con sinceridad y coraje.

—No entiendo nada de lo que me está diciendo.

—Está bien. Yo la admiro, pero estoy empeñado en seguir soltero.

—¿Y a mí qué me importa?

—Pensé que tal vez usted tendría una solución para mi caso incurable.

—Usted me está faltando al respeto de una forma inhumana —exclamó ella muy indignada.

—Perdóneme. Me he sincerado con usted impulsado por una terrible angustia.

Ella permaneció en silencio, con el ceño fruncido. Uzmán continuó hablando:

—Bastaría un poco de valor para que nos proporcionáramos mutuamente una dicha considerable.

—¿Qué quiere decir?

—¿Todavía no me he expresado con la suficiente claridad?

—Creo que aún no he comprendido.

—Necesitamos un lugar seguro donde encontrarnos —dijo él con una inusitada franqueza.

—¡Señor Bayyumi! —gritó ella.

—Sería un gran consuelo para dos personas necesitadas de amor e intimidad —replicó él sin inmutarse.

Ella se levantó, furiosa:

—O se marcha usted o me marcho yo.

—Me iré yo, pero piénselo fríamente. No olvide que yo soy un hombre pobre.

25

No se trataba de una sola cana, difícil de advertir. Iban apareciendo una tras otra, amenazando con dar un nuevo ritmo a su vida, ese juego pasajero al que el hombre se entregaba no sin quejas para encontrarse cara a cara con su destino final, momento en que contemplaba lo que había sido su vida, sopesaba sus actos y recogía sus frutos, soportaba, aunque con irritación, el aliento de lo desconocido, se preparaba para seguir luchando y se rendía, finalmente, ante la derrota, pero con la esperanza de lograr el objetivo sagrado. De momento, no cabía esperar un nuevo ascenso en el escalafón. Sus ahorros crecían, su tensión se agudizaba y sus esfuerzos se redoblaban. Inevitablemente, su relación con Unsiyya se consolidaba. Qadriyya seguía siendo la compañera de siempre. Terminaba sus rezos diciendo:

«¿Qué sería de la vida sin ti, Señor?»

Pero, al parecer, los demás no conservaban su presencia de ánimo. Un día sonó el teléfono y quien llamaba no era otra que Asila Hiyazi, la directora de colegio.

—Quería darle las gracias por la eficacia de su gestión.

—No tiene ninguna importancia, señora.

—¿Cómo está?

—Bien, gracias a Dios.

—Estoy contenta de volver a hablar con usted.

—Gracias.

—De verdad le estoy muy agradecida por su ayuda.

—Es usted muy amable.

Permanecieron en silencio unos minutos, luego ella continuó:

—Pero estoy en deuda con usted.

—En absoluto.

—La última vez que nos vimos me marché muy enfadada. ¿Se acuerda?

—De verdad que lo siento; no tenía usted ningún motivo.

—¿Lo cree así?

—Sí.

—Pero parece que se ha olvidado de mí.

—Lo siento, pero no tengo su número de teléfono.

—¡Pues yo bien que he averiguado el suyo!

—Le ruego otra vez que me disculpe.

—Esperaba que facilitara las cosas con una frase amable.

—Cuente con mi voluntad.

—¿De verdad?

—Puede estar segura.

—¿Cómo?

—Llegando a un acuerdo.

—¿Todavía sigue siendo pobre? —dijo ella, conteniendo la risa.

—Es algo de lo que no puedo escapar.

—Menos mal que yo tengo bastante dinero.

—¡Que Dios le siga favoreciendo!

—¿Todavía quiere que hable con más claridad?

—No deseo otra cosa.

—¡Maravilloso! ¡Entonces pongamos cada uno un poco de nuestra parte!

No era una rendición, sino una derrota. Podía imaginarse lo que había detrás de todo aquello. Ella era una mujer de mediana edad que se aproximaba a su ocaso, sola y temblando ante la idea de la vejez. No era joven ni hermosa. Sin lugar a dudas, en su interior se había

librado un combate del que no había sido consciente, pero ahora tenía ante sí las desastrosas consecuencias. ¿Qué hacer? Unsiyya le daba miedo y no deseaba a Asila de verdad. En los momentos de desesperación, deseaba que su corazón muriera y que su pasión se apagara para continuar seguro la senda de su arduo camino. Se consoló diciéndose: «Perdono a los que creen que estoy loco».

¿De dónde iba a sacar tiempo para buscar un piso y amueblarlo? Dejó que pasaran los días sin hacer nada. Se olvidó por completo del asunto, hasta que un día Asila fue a verlo a su despacho. La recibió con una sonrisa, pero maldiciéndola para sus adentros.

—Perdone mi atrevimiento —dijo ella.

Él sonrió sin hacer ningún comentario.

—No logré entender del todo nuestra conversación telefónica.

—Estos días tengo mucho trabajo —dijo él con una solemnidad apropiada al lugar en que se encontraban.

—¿Qué ha hecho?

—Nada.

—¿Nada?

—El trabajo no me ha permitido tener un momento libre. ¡Créame!

—Esperaba encontrarle más entusiasmado —dijo ella con un atrevimiento que rozaba la desesperación, como una persona que ha perdido ya toda la paciencia.

—De verdad que tengo muchas ganas, pero no dispongo de tiempo.

—Hay un piso en Raud al-Faray. Aquí está la dirección —dijo, mostrándole un papel doblado, y añadió—: Vaya a verlo y, si le gusta, empiece a amueblarlo. —Luego continuó hablando con un tono tentador y suplicante a la vez—. Espero que sea de su gusto y que nos traiga felicidad.

Sentía la proximidad del fuego que ella atizaba. Cuando se marchó, pensó en las largas noches que se sumarían a Las mil y una noches, tan distintas de aquellas que él pasaba estudiando, traduciendo y trabajando para Su Excelencia; noches de sacrificio en aras del destino que había elegido como símbolo de su gloriosa ambición. Su deseo por la mujer había disminuido a consecuencia de su ímpetu y la manera de ofrecerse, sin ningún tipo de pudor. En realidad, podía ser una

buena sustituta de Qadriyya, pero la veía como un fuego intenso que se acercaba, capaz de devorarlo a él y sus esperanzas sagradas, unidas al misterio de la palabra divina. No permitiría que lo destruyera ninguna otra fuerza que la propia muerte, otro de los misterios divinos, como su gloria inspiradora. Y, ya que la esposa desconocida, ansiada desde hacía tanto tiempo, no había llegado, no sería conveniente dejar la lucha y rendirse ante viudas infelices y solteronas.

Una noche llamaron a la puerta de su habitación. Pálido, vio cómo Asila entraba, caminando sigilosamente, tambaleándose de vergüenza y humillación.

—Me he decidido a venir pensando que si me encontraba con alguien conocido llamaría a la puerta de Umm Husni, como si viniera a visitarla a ella —dijo tímidamente mientras se sentaba, fatigada, en el sofá.

—¡Buena idea! —le dijo él para animarla.

—¿Le incomoda mi presencia?

—Todo lo contrario. Me alegra más de lo que se imagina —respondió él con entusiasmo.

—Umm Husni no tardará en acostarse. ¿Le importa que se entere de mi visita?

—En absoluto.

Intercambiaron una larga mirada. Bajo su misterioso aspecto, aparecía una mujer desprovista de cualquier rastro de orgullo; era solo una mujer enamorada e indefensa.

—¿Qué estaba haciendo? —le preguntó ella con expectación.

Él ya se había recuperado de la sorpresa. No quería hablar; solo sentía un deseo carnal proyectado en aquella imagen de mujer entregada. Le cogió la mano con suavidad. Estaba fría; la contracción de su corazón había frenado la circulación de la sangre. La estrechó entre sus brazos repetidamente, como si quisiera transmitirle un mensaje secreto. Ella no se lo esperaba, al menos eso aparentaba, e intentó apartar su mano, pero él no la dejó.

—¿Qué hace? —dijo ella.

—Discutiremos eso después.

—Parecía que no quería saber nada de mí…

Se inclinó hacia ella, la besó en la mejilla y le susurró al oído:

—Después… después.

—Pero yo he venido para…

—Te daré lo que quieres, pero después.

Ella intentó hablar, pero él le tapó la boca con un largo y duro beso.

—Después —repitió tajantemente.

La naturaleza tocó una de sus infinitas melodías con una vivacidad tan alegre que parecía un milagro. Pero el son se acalló pronto, dejando paso a un sospechoso silencio y a una languidez repleta de tristeza. Él se tumbó en un lado de la cama mientras ella permanecía sentada en el sofá, dejando entrever su combinación y las gotas de sudor de la frente y el escote a la luz de la lámpara. Él miraba al vacío, sin desear nada, como si hubiera cumplido por fin todo lo que se esperaba de él en este mundo. Cuando sus ojos se volvieron hacia ella, la negaron por completo, como si fuera un extraño objeto que emergiera de las profundidades de la noche, y no aquel ser encantador que lo había sumido en un fuego abrasador; una cosa indiferente, sin historia ni futuro. Se dijo que el juego del deseo y la huida no era más que un ejercicio de muerte y resurrección, un anticipo de la inevitable tragedia que mostraba, en su magnitud, luminosas revelaciones de lo desconocido en su infinita variedad. El puesto de director general era una de ellas, pero solo podía acceder a él gracias a su fuerza de voluntad, no por la rendición, por muy dulce que fuera su causa. Gracias a Dios, se había resguardado tras su mortífera frialdad. Allí estaba la mujer deseando sin duda obtener lo que había venido a buscar, pero vacilante y avergonzada. Esperaba que él diera el primer paso, pero, cuando vio que no sería así, le dirigió una mirada suplicante y triste, y le dijo:

—¿Y ahora?

Le sorprendió la extraña voz que invadía su sagrada soledad. Sentía hacia ella una repulsión que a punto estuvo de convertirse en odio. Aquella mujer solo pretendía derribar el edificio que él había levantado piedra a piedra.

—¿Qué estás pensando? —preguntó ella.

—Nada —dijo muy irritado.

—Pero seguro que ya has hecho algo.

—Nada, en absoluto.

—¿No has ido a ver el piso?

—No.

La cara se le ensombreció de tristeza.

—Perdona…, ¿es que tengo que ponerte el dinero en la mano?

—¡No!

—La verdad es que no te entiendo.

—Pues me parece que me expreso con toda claridad.

—¿Qué quieres decir? No me tortures más, por favor.

—No es mi intención hacer tal cosa.

—Creía que estabas de acuerdo; lo prometiste —dijo ella con voz temblorosa.

—No pienso hacer nada.

—Si no tienes tiempo ahora…

—No tengo tiempo ahora ni lo tendré en el futuro.

Asila suspiró profundamente y dijo con la voz apagada:

—Creía que tus sentimientos eran otros.

—No hay nada bueno en mí —confesó él—, esa es toda la verdad.

Ella retrocedió como si la hubiera herido de muerte. Se vistió precipitadamente, pero luego se dejó caer en el sofá, fatigada. Apoyó la cabeza en la palma de la mano y cerró los ojos; él creía que aquella mujer acabaría desmayándose. El corazón le latió con fuerza, despertándolo de su pasiva crueldad. Si sucedía lo imprevisible, se vería expuesto a un escándalo de inimaginables consecuencias. Bastante áspero y amargo le resultaba ya el camino, a pesar de su

buena reputación. ¿Qué sucedería si se convertía en el protagonista de un escándalo de los que gustan a la prensa sensacionalista? Estaba a punto de cambiar de actitud y de arriesgarse con una nueva mentira, pero en el último momento ella se movió. Se levantó con cierta dificultad y se dirigió hacia la puerta con calma y resignación; luego desapareció de su vista. Él suspiró con un profundo alivio; fue hacia la ventana y miró hacia la calle, en completa oscuridad, hasta que la vio salir y alejarse en dirección a al-Yamaliyya.

Se dijo que nadie desentrañaba el misterio de lo desconocido, y que por esa razón era imposible juzgar nuestros actos. Pero el hombre que tiene un objetivo cuenta con la ayuda de una guía en medio de la oscuridad y una justificación para soportar los cambios de la fortuna. Era también un ejemplo de la norma que parecía trazar la Naturaleza en su infinito caminar.

27

Él amaba a Unsiyya Ramadán. Debía confesarlo ante su conciencia y ante Dios. Desde la época de la vieja fuente, su corazón no había vuelto a oír aquella melodía tan dulce. Por esa razón debía temerla más que a cualquier otra mujer de la tierra. Y ella también le quería; lo que empeoraba las cosas, porque la mujer que no te ayuda a avanzar te hace retroceder. Quizá no hubiera dudado en casarse con ella si entre su puesto y el del director general no mediara más que un grado. Pero, tal como estaban las cosas, ¿qué ganaría él con casarse, más que las fatigas diarias que debilitan la energía humana con preocupaciones distintas para las que él no había sido creado?

Un día, Husayn Yamil fue a llevarle el correo como de costumbre. Cuando lo firmó y le dio las correspondientes instrucciones, el hombre no se marchó como solía hacer. Era un joven empleado de Archivos que había trabajado bajo sus órdenes durante cinco años y se distinguía por su perseverancia y educación.

—¿Quiere alguna cosa más, Husayn?

Estaba claro que el joven parecía confuso, como si quisiera decirle algo.

—¿Qué le sucede? ¿Es algo relacionado con el trabajo?

El joven se acercó más, como para asegurarse de que no le oían los otros, y dijo:

—Hay una cosa, señor director.

—¿Qué, hijo?

—Perdone, pero no tengo más remedio que hablar.

—Está bien, te escucho.

Guardó silencio un momento, mientras se armaba de valor.

—Es algo relacionado con la señorita Unsiyya Ramadán.

Uzmán pensó que probablemente no había oído bien el nombre o que lo había oído sin comprender el significado.

—¿Quién? —preguntó, estupefacto.

—Unsiyya Ramadán.

—¿Su colega? ¿Qué sucede?

El joven dijo con voz casi inaudible:

—La verdad es que estoy enamorado de ella —dijo el joven, en un tono casi inaudible.

Uzmán arqueó las cejas y sintió que su corazón se desbocaba.

—¿Y qué tengo yo que ver con eso? —preguntó, irritado.

—Quiero pedirle que se case conmigo.

—Bien, pero ¿qué tengo yo que ver?

El joven inclinó la cabeza y murmuró:

—¡Pero señor!

A Uzmán le temblaban las manos. Miraba al joven como queriendo tenerlo bajo sus pies.

—¿Qué quiere decir?

—Ya sabe que…

—Explíquese, por favor.

—La verdad es que, si no fuera por usted, yo ya me habría declarado.

Uzmán estaba seguro de que estaba perdido. Ya nada valía la pena, ni siquiera la propia vida. Preguntó:

—¿Si no fuera por mí?

—Lo he visto todo, aquí y fuera de aquí —fue la tajante respuesta.

Con la fuerza de la desesperación, Uzmán se dispuso a defenderse hasta el final. No sentía tanto dolor por que acabara su amor como por el temor a perder su posición.

—Es usted un joven muy malpensado. ¿Qué es lo que ha visto, infeliz? No son más que imaginaciones de enamorado. Yo la he tratado siempre como si fuera mi propia hija: la nuestra es una relación

absolutamente inocente. ¡Usted ha difamado su buen nombre sin saberlo!

El joven replicó con inocencia, tristeza y dignidad:

—Yo sé cuándo y cómo mitigar el dolor y proteger la reputación de la persona a la que amo. —Se percibía un tono noble en la respuesta triste e inocente del joven.

—Bien, bien —replicó Uzmán, aliviado. Se sintió invadido por una ola de tristeza. La fuerza de la primera impresión y la sensación inesperada de que estaba a salvo le revolvieron el estómago y le produjeron náuseas.

—Un hombre como usted —dijo— merece ser feliz con la persona a la que ama.

Cesaron sus tormentos y se quedó solo con su tristeza, una tristeza gigantesca como el propio destino, que le hizo recordar las noches pasadas, largas y tristes. Pensó que si la vida se medía por la cantidad de alegría con la que nos reconforta, la suya no era más que ruina y perdición. ¿Por qué la búsqueda de la gloria requería tal sufrimiento?

28

Se citó con Unsiyya en las Pirámides el viernes por la mañana. Pero esta vez planeó la cita con más cuidado del acostumbrado, pasándole disimuladamente un papel en el que le informaba del lugar y la ruta que cada uno de ellos debía seguir por separado. Era una mañana de invierno, seca y fría, aunque los rayos del sol eran cálidos y acogedores. Él la miraba con verdadera tristeza, consciente de que el papel que estaba representando era cruel y ruin. Desde el principio la chica se mostró más nerviosa que de costumbre.

—Al recibir tu nota tuve una extraña sensación de miedo y se me encogió el corazón —dijo.

Uzmán pensó que las mujeres poseen un instinto que las guía en el conocimiento de sus asuntos más íntimos, sin necesitar la ayuda de la razón, y que si toda la humanidad poseyera ese instinto innato no existiría lo desconocido. Su tristeza parecía ir en aumento cuando dijo:

—La verdad es que tenemos que pensar en todo esto.

—¿A qué te refieres?

—A nuestra relación íntima y sagrada.

—¿Qué le sucede?

—Tal vez te haya extrañado mi silencio. Hemos hablado de todo menos de lo esencial, y, naturalmente, no te has dado cuenta de que yo he estado sufriendo y atormentándome durante todo este tiempo.

Ella le cogió del brazo, solícita, y le dijo:

—Te confieso que me estás asustando.

—Y yo te confieso que soy un hombre egoísta.

—No, no eres egoísta, en absoluto —protestó ella, decidida.

—Soy egoísta, en todo el sentido de la palabra. Y a causa de mi egoísmo te he hecho concebir falsas esperanzas. Nunca me lo perdonaré.

—Has sido noble y bueno conmigo.

—No intentes defenderme. Debes de haberte preguntado muchas veces: «¿Cuándo va a hablar este hombre? ¿Qué es lo que quiere de mí? ¿Hasta cuándo vamos a seguir encontrándonos y separándonos sin que haya nada más? ¿Es que está jugando conmigo?».

—Jamás he pensado mal de ti.

—Yo mismo me he hecho todas esas preguntas muchas veces, pero la ilusión de la felicidad siempre terminaba por vencerme y no era capaz de enfrentarme a la realidad antes de que las cosas se me fueran de las manos. Cuántas veces decidí confesarte la verdad, pero luego he sentido miedo y no me he atrevido.

—¿Qué verdad? —preguntó ella en un tono de frustración.

—¡Ay!… ¿Por qué no te he propuesto que te cases conmigo?

Sus ojos cobraron un brillo especial al oír aquellas palabras. Lo miró preocupada y después alzó los ojos hacia lo desconocido, como si rezara en silencio para apartar el pesar.

—Naturalmente te habrás preguntado esto. ¿Cuál es si no el sentido de la vida?

Ahora ella fijaba la mirada en el suelo, como si, esperando lo peor, no quisiera oír nada más.

—Estoy enfermo —dijo él.

—¡No! —exclamó ella con auténtico temor.

—No puedo casarme.

Ella se quedó mirándolo atónita.

—No te dejes engañar por mi aspecto. Mi enfermedad no es mortal, pero me impide por completo el matrimonio.

Se sumió en una ola de tristeza. Suspiró profundamente. Estuvo a punto de liberarse de las trabas de su ambición, de besarle los pies y pedirle que lo aceptara como esposo, pero otra fuerza mayor lo retenía y paralizaba.

—No he reparado en esfuerzos. He ido a consultar a más de un médico. Hasta ahora tenía esperanzas, de lo contrario te lo hubiera dicho hace mucho tiempo. Pero sé que es inútil. No quiero perjudicarte más ni destruir tu futuro para siempre.

—Pero ¿cómo podré vivir sin ti?

—Eres muy joven. Y las heridas de juventud cicatrizan pronto.

—No puede ser. Todo esto no es más que un mal sueño.

—Ya no podía mentirte más tiempo.

—No puedo creerlo.

—Las desgracias repentinas resultan difíciles de creer, pero la vida a veces parece una sucesión de desastres repentinos. Debes encontrar tu camino antes de que sea demasiado tarde.

—¿Qué es lo que quieres que haga? —preguntó ella con un hilo de voz.

—Debemos abandonar este callejón sin salida.

—No puedo.

—No hay más remedio. Sería una locura continuar.

Dejó de mirarla. Había llevado su plan hasta el final satisfactoriamente, pero el éxito era cruel. Se encontró de nuevo solo con sus angustias y sus tristezas, sin amparo ni consuelo. Pensó que no tenía más salida que la locura. La locura era lo único que podía dar cabida a la fe, y el agnosticismo, a la gloria y la tristeza, al amor y al desengaño, a la verdad y a la mentira. ¿Cómo podía alzar la mirada a las estrellas si estaba hundido hasta el cuello en el fango? Se pasó toda la noche llorando.

29

Parecía que un rayo de sol quería traspasar la oscuridad de las nubes. Se enteró de que Unsiyya Ramadán se había prometido a Husayn Yamil. Le alegró la noticia, que por fin le hacía sentirse a salvo, y se dijo: «Ahora puedo entristecerme por el amor perdido con la mente clara y sin temor. Puedo beber de la fuente del dolor hasta el final y liberarme de él. En eso soy un experto».

En toda su vida no había encontrado a una mujer más capaz de hacerle feliz, ni siquiera Sayyida. Era bella, inteligente y pura, y le había querido de verdad. Creía que no encontraría a ninguna como ella, aunque le sonriera la fortuna. Después de todo, se merecía aquel castigo.

El tiempo en su carrera trajo otro acontecimiento: un día Hamza al-Suwayfi faltó al trabajo. Uzmán se enteró de que sufría una nueva crisis de hipertensión, esta vez mucho más seria. Uzmán fue a visitarlo. Lo encontró en la cama y completamente resignado. La sombra del otro mundo planeaba sobre sus ojos cerrados. Uzmán se impresionó al ver el estado en que se hallaba, en el momento final que aguarda a todos los hombres, cualquiera que sea su condición. Le dijo:

—Se pondrá bien, querido amigo.

El director sonrió, complacido, agradeciendo las palabras de consuelo:

—Gracias, hijo. Es usted un hombre tan bueno como eficiente.

—Es solo una nube pasajera. Dentro de poco volverá a su despacho.

La cara del hombre se contrajo al tratar de contener las lágrimas.

—La verdad es que no volveré.

—¡Dios no lo permita! —protestó Uzmán.

—Es la verdad.

—Usted siempre exagera.

—Lo ha dicho el doctor. Ha sido muy franco conmigo: si sigo al pie de la letra sus instrucciones podré salvarme de esta, pero tendré que

abandonar el trabajo inmediatamente.

La compasión parecía prevalecer en los sentimientos contradictorios de Uzmán.

—Confíe en la misericordia de Dios y en sus milagros infinitos —le dijo.

—El trabajo ya no es importante para mí. He casado a todas mis hijas y el menor está en el último curso de Agricultura. Como ve, ya he cumplido mi misión y todo lo que necesito ahora es tranquilidad de espíritu.

—¡Que Dios le conceda sus deseos!

A pesar de su cansancio, el hombre siguió hablando, con más ánimo:

—Gracias a Dios, he cumplido con mi deber en el trabajo y con la familia. Siempre he vivido bien y tengo muchos amigos. ¿Se puede aspirar a más?

—Usted se merece eso y mucho más, señor.

—Todos vamos abandonando este mundo. ¿Se acuerda del difunto Safán Basyuni? El hombre se va, pero sus buenas acciones permanecen.

—Es cierto.

El hombre lo miró largo rato y añadió:

—Dios le guíe en el camino que lleva a la felicidad.

La emoción que invadía a Uzmán se prolongó durante un largo rato. Se sentía el corazón oprimido, como si volviera de enterrar a un amigo querido, pero tardó poco en recuperarse y se dijo: «Las tristezas de este mundo sirven para estimularnos a conseguir nuestros propósitos, no para frustrarnos».

Sus pensamientos se concentraron en el puesto que próximamente quedaría vacante. Todos opinaban que él era un hombre competente, honesto y piadoso. Se le consideraba más eficiente que a los subdirectores de Administración, pero uno de ellos estaba en el segundo grado y el otro en el tercero. Si se hacía justicia y solo se tenía en cuenta la profesionalidad, el puesto de director de Administración sería para él, pero ¿cómo podría saltar del cuarto al

primer grado?

Hamza al-Suwayfi se jubiló voluntariamente y en la Administración se produjo un movimiento general de ascensos, desde el primero al último grado. Ismail Fayyiq fue nombrado director y Uzmán Bayyumi subdirector, en el tercer grado. Por lo tanto, una subida de presión sanguínea había deparado buena y mala suerte a unos y a otros.

La felicidad de Uzmán por su ascenso solo le duró un día o dos, pero rápidamente se sintió abatido. Hamza al-Suwayfi había sido un jefe muy competente; ahora que se había retirado, nadie estaba más capacitado para sustituirlo que él. Era grotesco que un hombre como Ismail Fayyiq desempeñara el cargo de director de Administración.

Uzmán fue a ver a Su Excelencia el director general para darle las gracias. No tenía ninguna duda de que él gozaba de un mayor aprecio y respeto por parte del director que el resto de los empleados; confiaba en él para todos los asuntos relacionados con el trabajo de la Administración y también para sus actividades privadas. Se estrecharon la mano y Uzmán le dio las gracias con su acostumbrada elocuencia. Su Excelencia le dijo:

—Usted no está al corriente de todo este asunto. Tengo en mi mesa un montón de recomendaciones del ministro, del subsecretario y de muchos diputados. —El director lo miró un instante y luego continuó —: Les dije que podían pedirme todo cuanto quisieran, pero que un ascenso solo debía ser para un hombre cuya única recomendación fuera su competencia y su carácter.

De los labios de Uzmán brotaron palabras de gratitud; en su corazón guardó las que hablaban de frustración. Su Excelencia continuó:

—No es ningún secreto para nadie que Ismail Fayyiq es un incompetente, además de un ignorante.

—Por supuesto, Excelencia —contestó Uzmán extrañado por el comentario.

—Eso significa que toda la responsabilidad recaerá sobre usted, a pesar de que no es más que el segundo subdirector.

—Yo estaré siempre a su servicio.

Bahyat Nur se disculpó:

—¿Qué podía hacer yo? Como usted sabe, él es pariente del

vicesecretario.

—Usted no tiene la culpa, Excelencia.

—De todos modos, enhorabuena. Y puede estar seguro de que algún día logrará lo que se merece.

Volvió algo más contento, pero pronto pudo más su indignación y la alegría del ascenso se disolvió. Maldijo a todos sin excepción y se dijo aterrado: «La vida va más rápida que todos los ascensos».

Fue a despedirse del personal de Archivos. Les dio la mano y recibió felicitaciones. Cuando se encontró frente a Unsiyya observó sumido en un torbellino de emociones confusas que su vientre abultado prometía deparar una nueva vida de felicidad. ¡Esposa y madre! Sin duda, Husayn se alegraría especialmente con su traslado al Departamento de Administración.

Tomó posesión del cargo de segundo subdirector, pero se sentía superior a los que le rodeaban porque él era el hombre de confianza del director general, además de una autoridad en asuntos administrativos y presupuestarios, sin olvidar sus estudios de Derecho y Economía, su cultura general y su dominio de los idiomas. No dejaba de preguntarse: «¿De qué sirve todo esto, si la vida pasa tan rápido o una enfermedad repentina acaba destruyéndonos?».

Sabía que tanto el primer subdirector como el director eran más jóvenes que él y que, en consecuencia, sus puestos no se quedarían vacantes, a menos que se produjera un milagro imprevisible, una muerte repentina o un accidente de circulación.

«Perdóname, señor, por mis malos pensamientos.» Ambos gozaban de buena salud, de un carácter tranquilo y de una mente cerrada. Nada, salvo el primer grado, podía compensar los tremendos sacrificios que había realizado a costa de su felicidad y de la paz de su espíritu. Tal vez nunca había sentido como ahora la necesidad de contar con la ayuda de una esposa de elevada posición para lograr ascender antes de que alcanzara la edad de jubilación, se pusiera enfermo o muriera. Por eso le pidió a Umm Husni que hablara de nuevo con Umm Zaynab de lo suyo, ahora que Dios le había ascendido al tercer grado como subdirector de Administración.

En los últimos tiempos exageraba sus medidas de precaución cuando iba a visitar a Qadriyya en el barrio de las prostitutas. Decidió vestirse como un pobre para que nadie pudiera reconocerlo. Una noche se presentó con una galabeyya, un pañuelo y un manto; ni siquiera ella

logró reconocerlo hasta que le oyó hablar. Al reconocerlo se rio con más ganas que nunca y le preguntó:

—¿Es que te han echado del Gobierno? —le preguntó, riéndose divertida.

Ella se había ido estropeando con el paso del tiempo y se había puesto cada vez más gorda; a él le parecía que también su desvergüenza iba en aumento. No obstante, la relación entre ellos se había consolidado, cobrando una auténtica intimidad. Habían pasado juntos por todas las etapas naturales de deseo, aburrimiento y, por último, de una rutina de la que no le resultaba fácil prescindir. Aquella mujer, la habitación desnuda y el vino infernal habían llegado a ser algo consustancial, íntimo y familiar que le proporcionaba tranquilidad, esperanza y tristeza a un mismo tiempo. También le ayudaba a enfrentarse con la dureza de la vida. No le importaba el comportamiento indiferente de la mujer o su despreciable conducta; a fin de cuentas, todo aquello le permitía disfrutar, cuando estaba con ella, de su sagrada soledad. Se dijo: «Es extraño que durante toda mi vida solo haya hecho el amor con una mujer normal una vez».

Evocó la imagen de Asila, pero también recordó que lo que había hecho con ella era un crimen, no un acto de amor. También se dijo: «Existe una forma humana y sana de hacer el amor».

Luego suspiró y continuó: «Pero también existe la gloria».

Después, suspiró todavía más profundamente y añadió: «Como también existe Dios, que es el origen de todo».

Por último, con un suspiro aún más hondo, terminó: «Y nos acordamos de él en los buenos y en los malos tiempos».

30

A pesar de su resistencia al paso del tiempo, las huellas de la edad se hacían evidentes en Umm Husni. Su vista se había debilitado por completo y estaba tan encorvada que solo podía caminar apoyándose en el mango de una escoba, a modo de bastón. Uzmán ya había desistido de esperar alguna respuesta de Umm Zaynab, la casamentera, y pensaba, irritado, que estaban en lo cierto los que hablaban de la lucha de clases.

Umm Husni ya no estaba en condiciones de ejercer su noble profesión. Le quedaban tan pocas facultades que en cierta ocasión le recomendó una mujer que había muerto hacía años.

Un día, después de la oración del viernes, estaba sentado en el Club Egipcio y vio pasar a Asila con otra mujer. La reconoció al instante, a pesar de lo mucho que había cambiado. Estaba flácida como un balón pinchado y en su rostro se habían secado las fuentes de la feminidad, dejándole una sombra ambigua que no era ni masculina ni femenina. Incluso caminaba con paso desgarbado; total, era un modelo de ruina y decadencia. Algo le dijo que la muerte la seguía muy de cerca, y que también se aproximaba su propia hora, que su tiempo, que siempre le había parecido consagrado a la eternidad, había destruido sus dulces ilusiones y que la eterna verdad se manifestaría con toda su crueldad. ¿Se seguiría acordando Asila de él? No era posible que lo hubiera olvidado. Había penetrado en lo más profundo de su ser con todo el peso de su traición y egoísmo, abandonándolo con su odio y maldición.

En cuanto a los amigos de su niñez, tenían profesiones insignificantes; todo lo que habían hecho era engendrar hijos y llenar el ambiente de risas vacías. Los sentimientos inocentes y los sueños ambiciosos de la infancia quedaban muy lejos, estaban sepultados bajo gruesas capas de polvo, como el barrio de al-Husayni, que había mudado la piel. Se habían derribado muchas casas viejas y en su lugar habían construido pisos. Una pequeña mezquita ocupaba ahora lo que antes era el apartadero de los carros y mucha gente se había mudado al barrio de al-Madbah. Todo había cambiado: las casas contaban con agua y electricidad, la radio sonaba noche y día, y las mujeres habían dejado de usar su tradicional túnica. Hasta el concepto del bien y del mal había adquirido nuevos valores.

Todo esto había sucedido mientras él continuaba en el tercer grado y se había hecho viejo. ¿Esa era la recompensa a su extraordinario esfuerzo y dedicación? ¿Acaso no reconocían que era un hombre experto, tanto en conocimientos teóricos como prácticos? ¿No habían reparado en que si sus memorandos oficiales, sus análisis presupuestarios y sus originales propuestas en asuntos administrativos y la adquisición de bienes se recopilaran en forma de libro llegarían a ser una enciclopedia de la gestión pública? Que un fenómeno como él permaneciera oculto en el puesto de segundo subdirector de Administración era como colgar una bombilla de quinientos vatios en los servicios de una mezquita de barrio. También se decía que el término de funcionario aún expresaba un concepto vago e incomprensible. En la historia de Egipto, el desempeño de un cargo público era algo sagrado, como la religión, y el funcionario egipcio era el más antiguo en la historia de la civilización. El ciudadano ideal de otros países podía ser el militar, el político, el comerciante, el artesano o el marino, pero en Egipto era el funcionario. Y las primeras instrucciones morales que se conservan en la historia son los consejos que un funcionario retirado da a su hijo, nuevo funcionario. Hasta el mismo faraón era un funcionario elegido por los dioses para gobernar el valle del Nilo por medio de rituales religiosos y disposiciones administrativas, económicas y de organización. El nuestro era un valle de campesinos buenos que inclinaban la cabeza humildemente para trabajar la fértil tierra, pero la levantaban con orgullo si formaban parte del Gobierno; entonces miraban hacia lo alto, hacia la escalera cuyos peldaños llegaban hasta el pórtico de los cielos. Ser funcionario era servir al pueblo, derecho del hombre eficaz, deber del hombre con conciencia, orgullo de la naturaleza humana y sometimiento a la voluntad de Dios, creador, a su vez, de la eficacia, la conciencia y el orgullo.

Un día Uzmán acudió a la sección de Archivos para hacer una inspección y allí vio a Unsiyya. Su feminidad ahora había alcanzado la madurez. También había ascendido y ocupaba el puesto de supervisora que había dejado libre su esposo al ser trasladado al Ministerio de Educación. Al estrecharle la mano, no pudo evitar decirle:

—¡Cuánto tiempo!

Ella sonrió ruborizada.

—¿Eres feliz? —preguntó él.

—Sí, gracias a Dios.

—Es una suerte que hayamos podido olvidar —dijo Uzmán, sin poder contener un irresistible impulso.

—Nada se olvida y nada permanece —contestó ella con afable sencillez.

Él meditó estas palabras durante un rato. Al salir de los Archivos, exclamó para sí: «¡Unsiyya! ¡Cuánto te he querido!».

Al volver a su despacho, encontró en la mesa una circular del Departamento de Relaciones Públicas. Por el formato, pensó que se trataba de un comunicado de un empleado o de algún familiar de los empleados del Gobierno. Leyó: «Esta mañana ha fallecido Ismail Fayyiq, jefe de Administración. El funeral tendrá lugar…», etcétera.

La volvió a leer. Leía y releía el nombre. Imposible. ¡Si el día anterior había estado trabajando y se encontraba en perfecto estado de salud! Por la mañana habían tomado café en su despacho; incluso le había hablado de sus consabidas preocupaciones: «El país está invadido por una ola de opiniones contrarias», Uzmán había sonreído sin hacer comentarios e Ismail siguió diciéndole: «Todos se creen enviados de la Providencia».

Uzmán recordaba cómo había negado con la cabeza cuando le preguntó: «¿Con qué espíritu tenemos que empezar a rendir cuentas?».

Uzmán le dio una respuesta sarcástica: «Con un espíritu como el mío».

El hombre soltó una carcajada. Uzmán sabía que Ismail reconocía la eficacia de su subordinado y el hecho de que fuera la columna vertebral del Departamento de Administración. En realidad, entre ellos no había ni afecto ni enemistad. ¡Por Dios! ¿Cómo era posible que ahora estuviera muerto?

Fue a ver al primer subdirector, cuya estrecha relación con el difunto era conocida por todos, y le preguntó:

—¿Sabe algo más de esta desgracia?

—Estaba desayunando y de pronto se sintió cansado —le dijo el primer subdirector con estupor—. Se levantó para ir a echarse al diván. Cuando su mujer fue a ver cómo se encontraba, se lo encontró muerto.

Uno se siente relativamente seguro porque cree que la muerte es lógica, que opera sobre la base de premisas y conclusiones, pero

muchas veces la muerte nos sorprende sin avisar, como un terremoto. Ismail Fayyiq gozó de perfecta salud hasta el último momento, y lo que le había sucedido a él podía ocurrirle a cualquiera. ¿No es así? La salud no es ninguna garantía, ni la experiencia ni el conocimiento. Se estremeció de miedo mientras pensaba: «La mejor definición de la vida es la de que no es nada».

Pero ¿acaso la muerte le resultaba desconocida? En absoluto, aunque no era lo mismo oír hablar de ella que asistir a su presencia. El susto le duraría varios días. En momentos como aquel las ganancias y las pérdidas, las alegrías y las tristezas se olvidan, y las cosas pierden su significado.

«¿Qué valor tiene toda una vida dedicada al trabajo?», se preguntaba.

Durante el funeral, se sintió invadido por una gran inquietud. Ni siquiera los chismorreos de los empleados conseguían atraer su atención. Le agradecía a Dios estar vivo.

«¿Cuál es el objeto del verdadero heroísmo? Sin duda, seguir trabajando, a pesar de todo.»

Enseguida concentró sus pensamientos en el puesto de director de Administración. Al primer subdirector lo habían nombrado para un puesto en el Departamento Jurídico, por lo tanto, el camino estaba despejado. Ahora ascendería al segundo grado y le nombrarían director de Administración; después de haberse pasado todo un año desempeñando las funciones de ese cargo, se merecía el ascenso.

Al fin vería cumplidas sus esperanzas.

Pero se quedó estupefacto al enterarse de la decisión de nombrar a un nuevo jefe de Administración procedente del Ministerio de Transportes.

31

No… no… no.

Eso no se le había pasado por la mente. Odiaba a Su Excelencia Bahyat Nur y lo maldecía mil veces. Tenía que haberlo apoyado más. ¡Malditos todos! ¿Acaso creían que toda la vida iba a estar trabajando para los demás? ¿Y quién era ese nuevo director? ¿Quién era ese Abd Allah Waydi? ¿Cómo podía presentarse ante él como un subordinado? Era vergonzoso. La vergüenza le perseguía por los pasillos del ministerio. ¡Cuántos se alegrarían de su desgracia!

Bahyat Nur le llamó a su despacho y le dijo:

—Lo siento mucho, Uzmán.

—Parece ser que de nada sirven todos los esfuerzos que hago —dijo sin tratar de ocultar su indignación.

—No, no. Es pariente del ministro.

—Cómo envidio a esos vagos funcionarios.

—Le repito que lo siento. Y le comunico que Su Excelencia, el subsecretario, también lo siente. —Tras unos momentos de silencio, el director general continuó—: No desespere, se ha tomado la decisión de ascenderle a primer subdirector este mes, en cuanto el titular se marche.

Ya nada importaba. Los ascensos no tenían otro sentido para él que el de ayudarle a conseguir su más ansiada esperanza, a la que había dedicado toda su vida. El nuevo director apenas tenía cuarenta años, eso significaba que si las cosas seguían su curso natural él se podría jubilar a lo sumo como subdirector de Administración, y, solo si sucedía un milagro, como director. El sueño de su vida parecía imposible y el pasado había muerto dejando tras de sí una negra ilusión. Quizá hubiera sido mejor para él ser carretero como su padre. Por primera vez en su vida, lo venció la desesperación, pues la muerte parecía más cercana que el logro de su preciado anhelo. Una nueva idea se apoderó de él con una fuerza inusitada: el matrimonio. No debía aplazarlo más porque aquel retraso no servía para nada. Era una pena que en los mejores años de su vida no hubiera gozado del amor ni del matrimonio. ¡Cómo necesitaba una mujer, un cariño sincero,

una compañera fiel, un hogar cálido, hijos y una relación humana, un corazón enamorado, el calor de una mano amiga, una conversación agradable, un refugio para los tormentos, una coraza contra la muerte, una salvación de la pérdida, un mihrab[13] adecuado para su fe, un lugar a salvo de los sueños insensatos, una tregua a la austeridad, la privación y la soledad.

«La mujer es la vida, y la propia muerte, ante su presencia, reviste la verdad con toda su solemnidad.»

Ya no podía recurrir a Umm Zaynab, ni le sería de ninguna utilidad Umm Husni, tan anciana como estaba. En Administración había una chica nueva llamada Ihsán Ibrahim con la que empezó a mostrarse especialmente considerado. No quería demorar más lo del matrimonio, ni un solo día. Cada noche que pasaba solo aumentaba su temor. Era como si el deseo de casarse se hubiera estado gestando en su interior sin saberlo, hasta que hizo erupción como un volcán. Pero Ihsán no supo interpretar sus atenciones. Probablemente encontró inadecuado que un hombre de su edad coqueteara con ella. Sin embargo, ¿qué podía hacer él si no había vuelto a sentir un amor como el de Unsiyya ni la pasión desbocada que había experimentado con Sayyida y Asila?

Un día Ihsán fue a su despacho por una cuestión de trabajo y él aprovechó la ocasión para decirle:

—¿Me permite que le haga una pregunta un poco extraña, señorita Ihsán?

—Claro, señor.

Uzmán dudó un poco.

—¿Está comprometida? —le preguntó tras un momento de vacilación.

Ella se ruborizó y, por primera vez, lo miró como una mujer, no como una empleada.

—Sí, señor.

Uzmán sintió que sus esperanzas se veían frustradas, pero se atrevió a decirle:

—Perdóneme, pero como he visto que no lleva anillo…

—Quiero decir que estoy casi comprometida.

Uzmán se quedó un momento pensativo, luego dijo:

—¿Puedo pedirle algo? Pero tiene que quedar entre nosotros.

—Usted dirá, señor.

—¿Puede ayudarme a encontrar una esposa?

Parecía desconcertada y meditaba su respuesta cuando dijo:

—Todas mis parientes y amigas son de mi edad. Me temo que no resultarían apropiadas para usted.

Había elegido una forma muy diplomática de decir que él no era apropiado para ellas.

—¿Es que acaso no puede un hombre de mi edad casarse?

—¿Por qué no? Hay esposas adecuadas para todas las edades.

—Gracias, y perdone que le haya molestado.

—Me hubiera gustado poder ayudarle.

Cuando se marchó, él sintió toda la fuerza de su indignación. Creía que aquella joven debía haberle aceptado, por lo menos, para alguna de sus parientes o amigas. Eso quería decir que se había convertido en una especie de resto de almacén que se expone a la venta después del inventario anual. Parece que en lo referente al matrimonio no era muy afortunado, tampoco en su ansiada esperanza y el sueño de su vida: ocupar el puesto de director general. El azote del tiempo seguía cayendo sobre su espalda y ya no tenía fuerzas para correr más. Cada día aumentaba su obsesión por el matrimonio, hasta que llegó a ser tan desesperante como lo que sentía por conseguir su ascenso. Ihsán no le dio ninguna respuesta. Desesperado, empezó a cortejar a las chicas por la calle y en el autobús, pero como no tenía experiencia no obtuvo más que fracasos. Finalmente desistió, diciéndose: «¡Qué vida más desperdiciada!».

Indignado, se preguntó qué era lo que le impedía encontrar una mujer, ahora que ya no ponía condiciones. La edad sin duda era un factor negativo, pero no lo era todo. Probablemente la gente haría investigaciones y pronto habrían sabido todo sobre sus orígenes. Ese era otro inconveniente. La verdad es que él era un hombre ya mayor y de origen humilde. Dios sabe qué más cosas dirían de él, pues una personalidad tan especial como la suya era natural que provocara la

envidia de los demás. Sentía que no tenía ningún amigo verdadero en este mundo, que estaba solo, muy por encima de la debilidad humana.

Como de costumbre, la noche lo llevó a la habitación desnuda de Qadriyya. Se decía con amargura: «Lo único que poseo en la vida es el puesto de subdirector de Administración y una puta medio negra».

—Es la primera vez que bebes dos vasos de vino seguidos. ¿Es que ha llegado el fin del mundo? —le dijo la mujer, riéndose.

En efecto, el fin del mundo había llegado porque él sentía un vértigo extraño.

—Qadriyya, como sabes, soy un hombre creyente —dijo sin venir a cuento.

—Demos gracias a Dios —respondió ella mientras recogía su áspero cabello con un pañuelo roj0.

—Si no creyera que el mundo es algo sagrado porque es obra de Dios, me contentaría con vivir como un animal.

Ella lo miró embobada y dijo:

—Han decidido prohibirnos. ¡Malditos sean!

—Y Dios en Su grandeza… —continuó él sin prestarle atención.

—Han decidido prohibirnos —volvió a decir ella.

—¿Qué quieres decir?

—¿No te has enterado de que van a prohibir la prostitución?

No lo sabía. Lo único que leía del periódico era la sección necrológica, los asuntos de Estado y la sección de arte.

—¿De verdad? —le preguntó alarmado.

—Ya nos lo han anunciado.

—Es una extraña noticia.

—Han prometido ayudar a quien quiera trabajar. Pero ¿qué clase de trabajo? ¡Que Dios los maldiga en este mundo y en el otro! ¿Es que ya han arreglado todo y ahora solo les queda ocuparse de nosotras?

—Puede que sea solo un rumor. En este país no hay más que rumores.

—No, nos lo han comunicado oficialmente.

—¿Y cuándo se llevará a cabo? —preguntó él, aterrado.

—Antes de finales de año.

Se quedaron en silencio, solo oían las voces alborotadas de la calle. Él había imaginado muchas desgracias, pero esta no se le había pasado por la mente.

—Habrá casas de citas por todas partes —dijo apenado.

—Y se propagarán muchas enfermedades.

—Miles de chicas inocentes serán expuestas a la corrupción.

—¡Estúpidos! No tienen nada mejor que hacer.

—¿Qué piensas hacer? —le preguntó Uzmán

—Pase lo que pase, no pienso fregar hospitales.

—¿Me puedes dar tu dirección particular?

—Piensan vigilarnos.

—¿No tienes algún plan para el futuro? —preguntó él, invadido por una desesperación insoportable.

—Me casaré, no me queda otra alternativa —respondió ella, segura de sí misma.

Recibió sus palabras como una bofetada. Se sirvió el tercer vaso de vino y le preguntó:

—¿Ya tienes algún pretendiente?

—No será difícil encontrarlos.

—Pero ¿cómo?

—Tengo quinientas libras —contestó ella, ufana—. Puedo amueblar un piso por ciento cincuenta y guardar el resto como dote. Seguro que habrá muchos que quieran casarse conmigo.

—Tienes razón.

Ella se rio y dijo:

—Si encuentras un marido adecuado para mí, avísame —le dijo riendo.

A media noche, cuando él pasaba bajo los arcos, se tropezó con un borracho que estaba vomitando y sintió una repugnancia insoportable. Una sensación de soledad, desesperación y un impulso suicida se apoderaron de él. Sin saber bien lo que hacía, volvió sobre sus pasos hacia el callejón. Vio a Qadriyya, que bajaba las escaleras para dirigirse a su casa. La detuvo cogiéndola de la mano y le dijo:

—Qadriyya, creo que he encontrado un esposo adecuado para ti. —No pudo ver su cara en la oscuridad, pero era fácil de adivinar el efecto de sus palabras—. ¡Casémonos inmediatamente!

La boda tuvo lugar al día siguiente. Su decisión no le produjo a la mujer tanta extrañeza como él esperaba. Se limitó a mirarlo fijamente para asegurarse de que hablaba en serio y luego inclinó la cabeza con un gesto de aprobación. Uzmán se dijo que quizá ella consideraba que, a fin de cuentas, era él quien salía ganando, por sus quinientas libras.

—Vamos ahora mismo al Registro Civil —dijo él con muchas prisas

Ella se rio alegremente y respondió:

—Primero despéjate y espera a que amanezca.

Pasaron la noche en el pisito de Qadriyya, en al-Shamashiryi.

—Primero buscaremos un piso y luego nos casaremos —le dijo él al levantarse.

—No, primero nos casamos y luego ya buscaremos un piso —respondió ella con determinación.

Acudió a su casa un empleado del Registro Civil. Necesitaban dos testigos y ella solo pudo contar con la presencia de dos proxenetas que le proporcionaban clientes. Él observaba estupefacto el desarrollo de la sencilla ceremonia. ¿Qué estaba haciendo? Le invadió una sensación de angustia que terminó por convertirse en terror y deseó que unas fuerzas desconocidas intervinieran para rescatarlo de aquella pesadilla. Luego terminó por resignarse y rendirse a lo inevitable. Cuando dio su nombre y su profesión al empleado del Registro, la mujer y los dos proxenetas se quedaron asombrados. Uzmán pensó que lo tomarían por loco, como muchas otras personas. Desde aquel día, ni siquiera él mismo tendría reparos en reconocerlo. Una mujer medio negra, gorda como una vaca y cargando sobre sus hombros con el peso de medio siglo de vulgaridad y vida disoluta. De ese modo había conseguido satisfacer su insensato anhelo: era un hombre casado y Qadriyya, la compañera de su juventud, su esposa. ¿Qué era lo que había hecho?

«Tengo que empezar una nueva vida», pensó.

Le había gustado el barrio de Raud al-Faray desde que fue a ver a Hamza al-Suwayfi. Alquiló un piso allí de tres habitaciones y un salón.

Acordaron amueblarlo a medias. Él la obligó a ponerse el velo en público, por modestia, pero el verdadero motivo era que le daba miedo que algún cliente antiguo, o nuevo, pudiera reconocerla. Compraron los muebles del dormitorio, del comedor, del despacho y de una sala. También compraron ropa para los dos, una radio y varias cosas más. Aportaron cada uno cien libras. El mismo impulso de desenfreno que se había apoderado de él le inducía a gastar su dinero, y lo hacía con una desesperada resignación que mitigaba el dolor que solía sentir en tales circunstancias. Ahora era consciente de que un fuerte deseo le impulsaba a gozar de los placeres de la vida de los que siempre se había privado.

Se despidió de Umm Husni. Fue una escena conmovedora. La anciana quiso disuadirlo de su decisión y se echó a llorar diciendo:

—¡No abandones el lugar donde naciste! No es bueno.

Pero él se marchó sin pena. No podía llevar a Qadriyya al barrio de al-Husayni. Para él aquel barrio era un símbolo de privación y miseria, de vida desperdiciada y tristes recuerdos. Trataba de ahogar sus penas visibles y ocultas en los placeres que tenía a su alcance y decidió recordarse o, mejor, convencerse de que Qadriyya era la única mujer a la que había querido de verdad. De otro modo, ¿cómo habría podido mantener aquella relación durante toda su vida? Ella, por su parte, no reparaba en ningún esfuerzo para representar el papel de ama de casa en el nuevo y distinguido ambiente, tan diferente del viejo callejón. Uzmán rogaba a Dios que no se encontrara con ningún cliente.

—No hables con los vecinos —solía aconsejarle.

—¿Por qué?

—No me gustan sus modales.

Pero lo que en realidad temía era que pudiera tener una pelea con alguna vecina, que se olvidara de su recato y dejara salir, como en erupción, el volcán de obscenidades latentes en su interior. De todos modos, no podía negar que ella se esforzaba todo lo que podía por hacerle feliz y adaptarse a su nueva vida. Con el paso del tiempo, él se fue sintiendo más seguro. La aceptó tal como era. Disfrutaba de compañía femenina, tranquilidad, orden y limpieza. Ahora podía rezar sin angustia ni dificultad, incluso se sentía más cerca de Dios por haber salvado a un alma de la perdición, tal vez a dos.

Creía que su vida en la tierra se completaría con su entierro, por lo que debía pensar en su final. Se dijo que era necesario poseer una

tumba.

Consultó a un experto antes de comprar una parcela de tierra en el cementerio de al-Jafir. Finalmente, encargó la construcción de su sepultura. Iba muy a menudo a inspeccionar la marcha del trabajo acompañado por un arquitecto del ministerio. Este le preguntó un día:

—¿No tiene su familia una sepultura?

Él aseguró:

—Sí, pero es muy vieja —respondió él—. Con tantas generaciones, se ha llenado. No tengo más remedio que construir otra.

—No se pueden establecer comparaciones entre las tumbas nuevas y las viejas. Las de ahora tienen una estructura más moderna y bella —comentó el arquitecto.

—No tengo interés en comprar una casa, con un piso alquilado tengo bastante, pero una tumba es necesaria, es una cuestión de dignidad.

—En la India incineran los cadáveres —comentó el arquitecto riendo.

—¡Qué horrible! —replicó Uzmán con repulsión.

El arquitecto se volvió a reír y añadió:

—Yo opino que el fuego confiere más dignidad al cadáver que la misma tierra. ¿No se le ha ocurrido pensar en el proceso de descomposición del cadáver?

—No, ni quiero pensarlo —replicó Uzmán indignado. Pareció reflexionar unos momentos y luego preguntó—: ¿No sería necesario construir un retrete?

—Lo utilizarían los extraños y lo ensuciarían.

—Pero sí podríamos plantar algún árbol o una enredadera, ¿no?

—Me parece una buena idea, podría regarse desde fuera.

Cuando terminaron las obras, fue a visitar la tumba y a pagar el importe. La contempló con admiración. La puerta estaba abierta y a través de ella veía las escaleras que conducían a la cámara mortuoria, iluminada por el sol. Se inclinó ligeramente para ver el suelo de la tumba: llano, luminoso, fresco y limpio. Sintió una extraña e inusitada tranquilidad. Aquella sería su morada eterna, dispuesta a recibirlo. Sus

huesos no se perderían entre un montón de huesos, como los de sus padres. De las profundidades de su alma brotó una suave y extraña voz que le susurraba dulcemente que se tendiera en aquel suelo límpido y luminoso para gozar del descanso que no había tenido en su vida y para saborear una calma que no había experimentado a causa del tumulto de sus violentas emociones. Durante un momento deseó obedecer a la misteriosa llamada y renunciar al mundo con todas sus preocupaciones y esperanzas. Permaneció sumergido en sus enigmáticos pensamientos hasta que se marchó del cementerio y regresó a la ciudad. ¡Cómo le habría gustado trasladar los restos de sus padres a la nueva tumba para no sentirse solo! Pero sabía desde hacía mucho tiempo que eso era imposible, las tumbas de beneficencia estaban tan llenas de cadáveres que era imposible identificar los restos. Se dijo, intentando convencerse de que había obrado bien: «No hay duda de que mi vida actual es mejor que la de antes».

Eso no significaba que se hubiera alejado del camino de Dios y su palabra eterna, aunque su celo se había ido mitigando ostensiblemente.

33

Ahora ya podía dejar que los días pasaran.

A pesar de todo, Uzmán había conseguido formar una familia y poseer una tumba. Se dejó tentar por otros platos, además de la cabeza de buey, las habas, el arroz y las lentejas. También descubrió que con el dinero podían hacerse otras cosas, en lugar de momificarlo en la Caja de Ahorros.

Pero ¿no se le hacía el tiempo monótono? ¿Había perdido la esperanza para siempre?

Inesperadamente, de la corriente de la vida surgió una violenta marea que cambió el destino y la suerte, creando el mundo de nuevo. Una mañana, todo el ministerio conoció la noticia de que habían nombrado a Bahyat Nur, el director general, subsecretario de Estado. El puesto de director general quedaba vacante por primera vez desde hacía mucho tiempo. Durante dos semanas, muchos corazones palpitaron expectantes, hasta que se dio a conocer el nombramiento de Abd Allah Waydi, el director de Administración, como director general, convirtiéndose en «Su Excelencia» con todo el sentido de la palabra. Otro corazón que había permanecido tranquilo durante algún tiempo empezó a palpitar. Uzmán no dejaba de decirse: «Yo soy la única persona que puede salir elegida. Soy el primero en la lista de ascenso; además, nadie tiene mi experiencia y habilidad».

Pasaron unas semanas sin que ocurriera nada. Uzmán fue a hablar con el director general y con el subsecretario de Estado.

En el curso de la conversación había oído comentar a alguien que el puesto de director de Administración era uno de los más delicados.

Él se atrevió a preguntar que qué significaba eso.

—En este caso no solo cuenta la profesionalidad y la experiencia; también se valora la posición social —le dijo el hombre.

—Quizá eso sea cierto para el cargo de subsecretario de Estado o ministro —contestó Uzmán con indignación—, pero a los puestos de director de Administración o director general puede acceder cualquier persona. Así ha venido sucediendo desde que los oficiales británicos se marcharon.

Su sufrimiento no se prolongó mucho tiempo, pues aquel mismo mes se comunicó su nombramiento como director de Administración. Después, él solía recordar aquel día con emoción y se decía: «El milagro se produjo en un abrir y cerrar de ojos». Y también: «Ya nada puede impedir que llegue a ser director general».

Pero ¿cómo se había producido el milagro? Ya se había convencido de que tendría que jubilarse antes de que en el escalafón se moviera alguno de los que iban delante de él. Pero se había producido un reajuste ministerial, el subsecretario de Estado fue nombrado ministro, lo que dio como resultado otros cambios felices e inesperados. Bahyat Nur, ahora subsecretario de Estado, le dijo:

—Conseguí su ascenso no sin hacer frente a muchas objeciones.

Uzmán le dio las gracias y le preguntó apesadumbrado:

—¿Y cuáles son esas objeciones?

El subsecretario respondió:

—Lleva ya mucho tiempo trabajando para el Gobierno como para no conocer la respuesta a esa pregunta —le respondió el subsecretario.

De todos modos, ahora se volcaba en el trabajo con el mismo entusiasmo que siempre. Le rogaba a Dios que su periodo de director de Administración pasara a la historia como una época llena de conocimiento, inteligencia y dictámenes perdurables. Demostraría a todos que el funcionariado era una actividad sagrada, un deber humano y una forma de culto, en todo el sentido de la palabra. Desde el primer día se propuso prestar a Abd Allah Waydi su leal cooperación, porque servir fielmente al director general era uno de los ritos sagrados del trabajo, y él jamás había eludido sus obligaciones de funcionario. Es más, decidió compensar la incompetencia del director general con su propia experiencia e incluso ofrecerle cuantos servicios privados necesitara, como había hecho con el subsecretario de Estado. Tal vez algún día recogiera el fruto de lo que sembraba.

«Es cierto que Abd Allah Waydi es aún muy joven, pero la era de los milagros ha retornado», se decía. En realidad, no fundaba sus esperanzas solo en los milagros. Observaba con interés la corpulencia de Abd Allah Waydi y escuchaba con oculta satisfacción los comentarios que se hacían acerca de sus excesos con la comida y la bebida.

«Las personas como él están expuestas a innumerables enfermedades»,

pensaba.

Eso era lo justo, ¿por qué no? Él, a pesar de sus limitaciones, era un hombre creyente, un hombre de fe, seguidor de Husayn, el nieto del Profeta, y Dios nunca lo abandonaría. Dijo:

—¿El día del Juicio Final qué mejor alegato puede hacer el hombre sino presentar sus nobles ambiciones, su trabajo sagrado, su firme progreso y los servicios prestados al Estado y al pueblo? El Estado es el templo de Dios en la tierra, y nuestra posición, tanto en esta vida como en la otra, depende del esfuerzo que hayamos realizado.

La calma y la armonía de su vida matrimonial no duraron mucho. Las dificultades con las que se encontraba la pareja eran obvias, a pesar de que él trataba de ocultarlas y de infundirse ánimo para vencerlas.

—Qadriyya, bebes demasiado —le reprochó a su esposa un día.

Ella lo miró atónita y respondió:

—Eso es evidente, hace mucho tiempo que bebo.

—Nunca es tarde para cambiar de costumbres —dijo él esperanzado.

—No vale la pena el esfuerzo.

Él insistió sin perder las esperanzas:

—Claro que sí —respondió—, confío en verte rezar y ayunar un día. Necesitamos que Dios bendiga nuestro hogar.

—Yo creo en Dios y sé que es clemente y misericordioso —replicó ella, visiblemente alterada.

—Ahora eres una mujer respetable, y las mujeres respetables no se emborrachan todas las noches.

—¿Entonces, cuándo se emborrachan las mujeres respetables?

—No se emborrachan nunca.

Soltó una irritante carcajada, pero inmediatamente la reprimió y le dijo arrepentida:

—No tengo ninguna esperanza.

—¿Qué quieres decir?

—Ya no podemos tener hijos. Es demasiado tarde.

—De todos modos, podemos ser felices —le dijo, dándole a entender que compartía su tristeza.

Ella hizo un gran esfuerzo por dejar de beber, pero no lo consiguió. El hecho de que Uzmán viviera entregado a su trabajo y la tristeza que sentía por el vacío de su vida solitaria influían en su inclinación a la bebida. Una noche Uzmán la encontró tomando opio.

—¡No! —exclamó.

—¡Déjame en paz! —gritó ella.

—¿Desde cuándo? —preguntó él con tristeza.

—Desde la época de Noé.

—Pero…

—¡Oh, basta ya!, es más fuerte que la muerte.

—El opio y la muerte son una misma cosa.

—No me importa —respondió, indiferente.

El temor se apoderó de él. ¿Qué había hecho con su vida? Había perseguido una felicidad ficticia y ahora tenía que pagar el precio. No podía pensar en el divorcio porque eso significaba entrar en una disputa violenta que acabaría por destruirlo.

—¿Cómo lo consigues? —le preguntó.

Ella no respondió. Uzmán insistió:

—Seguro que todavía tienes relación con tus antiguas amistades, y eso es más peligroso de lo que te imaginas.

—No exageres.

—¡Qadriyya, piénsalo, por favor! Si no cambias de vida, acabarás por destruirte.

Uzmán hizo un gran esfuerzo por proteger su reputación y su futuro. Tras un despliegue de autoridad y persuasión, consiguió llevarla a un centro de salud mental en Hilwán, donde permaneció unos meses hasta que se curó de su adicción. Uzmán se imaginó que tenía ante sí a

una mujer nueva. Pero ahora no encontraba en su vida otro consuelo que la comida, y se volvió glotona. Se fue poniendo cada vez más gorda, hasta el punto de que su imagen inspiraba más compasión que burla. Uzmán no dejaba de preocuparse por ella. Su atención estaba dividida entre su mujer y el trabajo, y se decía con tristeza: «Hasta he llegado a perder lo único que hacía placenteras mis noches de conducta animal. Ella no es más que una ruina, ha perdido sus modales, su fe, la razón».

Recordaba los argumentos de los que se servían algunos de sus compañeros con inquietudes políticas para justificar casos como el de su mujer. Según ellos, la culpa era de la injusticia social y de la desigualdad de clases. Pero él pensaba en su propio caso. ¿No había crecido él, como Qadriyya, pobre, indefenso y privado de cualquier amparo? Sí; pero él había descubierto a tiempo el secreto sagrado en su débil corazón, al igual que descubrió la eterna sabiduría divina, y así se condujo por el camino de la gloria y el sufrimiento por el que avanzaba como una criatura digna de Dios omnipotente. Por esta razón no se compadecía de ella y se preguntaba: «¿Qué es lo que he hecho de mi vida?».

Además, ¿qué significado tenía la vida matrimonial si no existía un verdadero amor, una relación espiritual, la esperanza de perpetuidad o la mera relación humana? Solía decirse: «Deja ya tu tristeza. No tienes tu antigua fortaleza. Se ha producido en ti un cambio, suave como la brisa pero astuto como un zorro, y lo ha traído el paso del tiempo». Y tras unos instantes añadía: «El tiempo nos proporciona todos nuestros éxitos y nuestras pérdidas… Lo único inmutable es la faz del Altísimo».

Como de costumbre, no tardó mucho en olvidar la alegría que le producía su ascenso y se dejó invadir por una nube de preocupaciones. La dirección del departamento se convirtió en un trabajo rutinario, tenía que dejarlo atrás cuanto antes porque no le quedaba mucho tiempo de vida. De lo contrario, terminaría su servicio activo y él permanecería como un mendigo ante la puerta del despacho azul. Las ambiciones eran una carga pesada que no aliviaba el matrimonio.

«¡Dios mío! Intento llevarla por el buen camino. Dame fuerzas.»

Pero sus esfuerzos eran inútiles. Se encontraba en un estado de miseria inimaginable. En su vida pasada ya había sido desgraciada, pero no era consciente de ello, porque se había refugiado en la bebida y en el opio. Pero ahora se enfrentaba al vacío con una conciencia espantosa. Nada podía consolarla: ni amor ni hijos. Uzmán pensaba: «Como prostituta me proporcionaba consuelo y placer, pero en esta casa confortable es una tortura infernal». Y también: «Si por fortuna nos separáramos, tal vez yo aún podría alcanzar la felicidad. ¿Dónde está mi antigua soledad? ¿Dónde?».

Un día, al volver a casa, advirtió en su rostro unos ojos enrojecidos y una sonrisa risueña.

—¿Has vuelto a beber? —dijo él con espanto.

Ella inclinó la cabeza y asintió:

—¡Sí, gracias a Dios!

—Y dentro de poco volverás a tomar opio —suspiró él.

—Ya lo he tomado —respondió, irónica.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Uzmán con brusquedad.

—Todo está bien. Anoche soñé con mi madre —dijo ella con calma.

—Ya no puedo hacer nada más.

—No te pido que hagas nada.

La veía perderse en su propio mundo de ilusiones, desviándose

completamente de su camino. Se sentía aliviado porque podría recuperar su soledad. Decidió, no sin remordimientos, que esta vez no haría nada para impedir que se hundiera. En sus rezos le decía a Dios: «Perdóname mis pensamientos, Señor, forman parte de la vida, y son tan crueles como ella».

Mientras él se debatía en su interior, Radiya Abd al-Jaliq pasó a ser su secretaria. El jefe del Departamento de Personal le dijo que eligiera a la persona que encontrara más adecuada para desempeñar ese cargo.

—Tiene derecho a elegir a su propia secretaria. Incluso puede nombrar a alguien de su familia, alguien de su confianza.

¿De verdad no sabía nada acerca de sus orígenes? Durante sus años de servicio, se había dado cuenta de la capacidad que tenían los empleados para descubrir los secretos y propagar los escándalos. Sin duda, todo el mundo sabía que él era el hijo de un carretero.

—Le dejo la elección a usted —dijo Uzmán.

—Es usted un ejemplo de rectitud y de integridad, señor director —respondió el jefe de Personal con hipocresía.

Al día siguiente por la mañana, Radiya Abd al-Jaliq entró en su despacho. Le saludó y dijo:

—Soy la nueva secretaria, Excelencia, si usted aprueba el nombramiento.

—Bienvenida. ¿De qué departamento viene? —preguntó él visiblemente satisfecho.

—De Personal.

—Muy bien. ¿Qué estudios tiene?

—Licenciada en Historia.

—Excelente.

Le iba a preguntar la edad, pero se contuvo. Calculó que tendría unos veinticinco años. Era esbelta y su pelo negro como el carbón le caía a cada lado de su rostro moreno y alargado, rodeándolo con una especie de aureola. Tenía los ojos pequeños, claros e inteligentes, con un brillo atractivo. Sus dientes sobresalían un poco, pero en ella no parecía un defecto, al contrario, le hacían resultar aún más atractiva. Se sintió

impresionado por sus encantos y maldijo para sus adentros la afortunada elección del jefe de Personal.

«Ojalá encontrara un refugio en este infierno en que vivo», pensó.

Desde la primera mirada, su corazón se sintió atraído hacia ella, como guiado por un secreto afán de protegerla. Con el paso del tiempo, su afecto por ella fue creciendo, sobre todo cuando se enteró de que era huérfana y que vivía con una tía soltera.

Sus deseos íntimos y sus sueños no eran ningún secreto para él, pero no albergaba en su mente la idea de cometer una locura.

«Me basta con ver su cara cada mañana», pensaba.

Se sintió cautivado por su educación, sus modales refinados y su dulce mirada. Él pensaba que su afable comportamiento con él era el adecuado en una secretaria, sobre todo si se tenía en cuenta que él podía tener la edad de su padre. Pero no podía negar que se preocupaba por ella más de lo debido y que todo su ser se llenaba con su presencia. Se dijo: «Hay momentos en la vida para la seriedad y otros para la broma».

—Señor, concédeme tu perdón y tu misericordia —rogaba a Dios.

Empezó a observar su trabajo con interés y un día le preguntó:

—¿Le parece pesado el trabajo?

—En absoluto, me gusta trabajar —respondió, risueña.

—Así he sido yo desde que empecé a trabajar. Y le puedo asegurar que no es un esfuerzo inútil.

—Pero se comenta…

—Sé lo que se comenta —la interrumpió él—, y no lo niego. Se habla de favoritismos, intereses políticos, personales… y cosas peores todavía. Pero la eficiencia es un valor que no se puede ignorar. Incluso los incompetentes que ocupan puestos importantes necesitan a alguien que disimule su incompetencia. —Le sonrió, íntimamente seducido por sus encantos, y continuó—: Yo me he abierto camino confiando únicamente en Dios y en mi trabajo.

—Eso he oído comentar.

¿Y qué más había oído decir? ¿Estaría enterada del motivo por el que

no había vuelto a requerir los servicios de Umm Zaynab, la casamentera? Pero eso ya no tenía importancia.

—Debo confesarle que estoy muy satisfecho con su trabajo —le dijo.

—Le estoy muy agradecida por darme tantos ánimos —respondió ella alegremente.

No podía existir aire más puro que aquel. Un aire límpido, cargado de promesas que destilaban en su corazón una calma sagrada. Este es el punto de partida desde el que el amante inicia el camino que conduce a un feliz matrimonio y a una sincera amistad. Pero el hombre puede encontrarse ante situaciones que prometen una gran dicha en circunstancias poco propicias. El lugar, por ejemplo, puede ser el adecuado, pero no el tiempo, o viceversa. Todo eso confirma que la felicidad existe, pero el camino no siempre es llano. Y de la interacción entre espacio y tiempo surge la buena suerte o el absurdo; pero no hay que olvidar los errores. ¿Los errores? Sayyida, Asila y Unsiyya.

El tiempo fue pasando y él pedía a su corazón que fuese prudente.

Como de costumbre, empezó a temer a Radiya tanto como la quería. Y, como de costumbre, se dejó llevar por la corriente y esperó a que la vida decidiera su desconocido destino.

35

Los días transcurrían, repartidos entre el trabajo de la oficina y las tristezas de la casa, mientras el deseo ardía en su corazón. Parecía que el universo se hubiera detenido y que Abd Allah Waydi estuviera tan firmemente asentado en su puesto de director general como la Gran Pirámide. Uzmán pensaba con tristeza: «No tengo ninguna esperanza.»

¿Cómo se produciría el milagro esta vez? Ya no le quedaban más que unos cuantos cabellos negros dispersos entre las canas. Tenía la vista cansada y usaba gafas. Su sistema digestivo había perdido su actividad normal y se veía obligado a tomar medicamentos por primera vez en su vida. La espalda se le había encorvado de tanto tiempo que pasaba inclinado sobre la mesa y por la falta de ejercicio.

«Todavía estoy fuerte, gracias a Dios», se decía y, contra lo que era costumbre en él, pasaba mucho tiempo mirándose al espejo mientras se repetía: «Aún tengo buen aspecto».

Por aquella época escribió un libro muy relevante sobre normativa de procedimiento que causó sensación en los círculos oficiales. A pesar de su edad, perseveraba en el trabajo del despacho y en su actividad de traductor, en parte porque le gustaba y porque era una forma de escapar del fantasma de su vida conyugal y de sus afanes afectivos, que no dejaban de parecerle frívolos.

«He de confesar que la hora en que despachamos juntos el correo por la mañana es mi ración de felicidad.»

Intercambio de saludos y sonrisas, comentarios sobre el trabajo, coqueteo sutil, discretos cumplidos sobre su peinado, sus zapatos o su blusa…

Una vez estaba admirando su peinado y ella le dijo:

—Estoy pensando en cortarme el pelo.

—No, no —protestó él.

Ella sonrió ante la persistente protesta por algo que no tenía relación con el trabajo.

—Pero…

—Déjelo como está —le dijo él.

—Pero la moda…

—Yo no entiendo de modas; a mí me gusta así.

Ella se ruborizó. Él la examinó con detenimiento, pero no advirtió ninguna señal de disgusto en su rostro. Decidió poner en práctica la lección que había aprendido en los momentos felices del pasado. Una mañana se presentó con una fina cajita. Radiya dijo sorprendida:

—¿Qué es esto?

—Un sencillo detalle para una gran ocasión.

—Pero ¿cómo lo ha sabido?

—¡Felicidades!

—En efecto, es mi cumpleaños.

—¡Claro!

—Pero… es usted muy amable. No merezco…

—No diga nada. Su silencio es más expresivo que cualquier palabra.

—Le estoy muy agradecida.

—Y yo me siento feliz.

Suspiró, se armó de valor y se dejó llevar por sus sentimientos. Sin pensarlo más, dijo, guiado por un fuerte impulso:

—¿Qué puedo hacer? Estoy enamorado.

Ella inclinó la cabeza aceptando su confesión y rindiéndose a lo que pudiera suceder.

—No debería haberlo dicho, pero ¿qué puedo hacer?

Su rostro moreno se oscureció aún más por el sofoco; permaneció sentada y en actitud sumisa, como si esperara algo más.

—Como sabe, no soy joven. —Se calló un momento, luego continuó—: Además, estoy casado. —¿Qué era lo que quería? Quizá no deseaba enfrentarse al fracaso o, finalmente, a la muerte solo sin contar con la

ayuda de un cálido amor y sin hijos—. Pero ¿qué puedo hacer? —repitió—. Estoy enamorado.

De nuevo reinó el silencio entre los dos. No le importaba nada y le preguntó en un tono casi de broma:

—¿Qué opina?

Ella sonrió y murmuró algo inaudible.

—Tal vez piense que soy un egoísta.

—No, nada de eso —susurró ella.

—O tal vez cree que soy un viejo.

Ella se rio dulcemente y dijo:

—No sea injusto consigo.

—Es usted muy considerada, pero ¿qué puedo hacer?

Por tercera vez reinó el silencio.

—Me gustaría saber su opinión —dijo Uzmán.

Esta vez ella respondió muy seria:

—Es una situación delicada y desconcertante. No quiero parecer inhumana y cruel.

—¿Acaso está pensando en mi esposa?

—Eso es algo que hay que considerar.

—Deje eso de mi cuenta, es mi responsabilidad.

—Está bien.

—Pero yo quiero saber qué opina de todo lo que le he dicho.

Ahora Radiya parecía controlar mejor sus emociones cuando le contestó:

—¿No le parece que he sido lo suficientemente clara?

—Me hace muy feliz, Radiya. ¿Eso significa que acepta mi amor?

—Sí.

Uzmán estaba ebrio de felicidad.

—¡Ya no me importa nada de lo que suceda! —dijo con absoluta tranquilidad, y luego añadió con ternura—: Quiero que sepas que jamás he conocido la felicidad.

—Nunca lo hubiera creído.

—He tenido una vida muy difícil y un matrimonio desgraciado.

—Pues no me daba esa impresión.

—¿Por qué?

—Siempre me ha parecido una persona juiciosa, reflexiva, hasta ahora había creído que las personas sabias eran felices.

—¡Qué idea!

—Lo siento.

—Pero ahora soy feliz con tu amor.

Creía que había logrado la mayor recompensa de su vida y que el amor, después del poder divino, era lo más importante.

Después la acompañó a su casa, en al-Sayyida Zaynab. Ella le presentó a su anciana tía soltera. En aquel momento ya advirtió que la mujer desaprobaba la relación; se mantenía firme en su postura. Discutieron el asunto desde todos los puntos de vista.

—¡Primero, divórciese de su esposa! —dijo la tía.

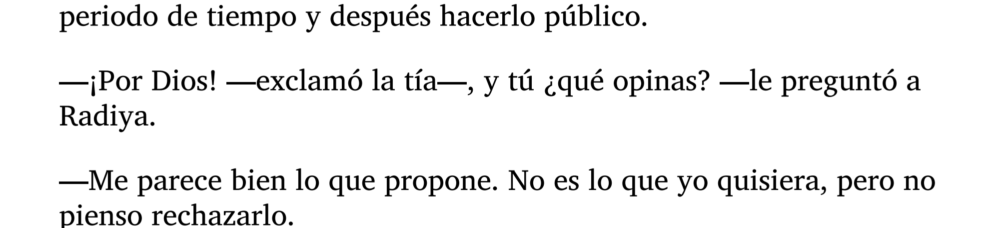
Él rechazó la idea, poniendo como excusa que su mujer estaba «enferma».

—Usted ya es viejo y no me inspira ninguna confianza —le dijo la anciana con brusquedad.

Radiya salió en su defensa:

—No te enfades con mi tía.

La tía volvió a preguntar cuáles eran sus intenciones y él le respondió que pensaba mantener el matrimonio en secreto durante un breve



periodo de tiempo y después hacerlo público.

—¡Por Dios! —exclamó la tía—, y tú ¿qué opinas? —le preguntó a Radiya.

—Me parece bien lo que propone. No es lo que yo quisiera, pero no pienso rechazarlo.

—Eres libre para hacer lo que quieras, pero a mí todo esto me parece pecaminoso —replicó la tía.

—¡Tía! —gritó la muchacha.

La tía se dirigió a Uzmán y le dijo con gran indignación:

—Usted se aprovecha porque somos pobres y no tenemos quien nos proteja.

—Yo sé lo que es la pobreza y la soledad mejor que nadie —respondió Uzmán visiblemente enfadado.

—Entonces deje que cada uno siga su camino —suplicó ella.

—Nosotros queremos unir nuestras vidas —dijo Radiya con decisión.

—¿Qué puedo hacer? Será lo que Dios quiera —dijo la anciana, dando por concluida la discusión.

Un mes más tarde se celebró la boda en casa de la tía. Compraron los muebles para la casa nueva. Uzmán pensó que su existencia había sido un cúmulo de sueños y pesadillas, y que este último era el más feliz de todos.

Solía permanecer en casa de Radiya hasta medianoche y luego volvía a Raud al-Faray. Qadriyya estaba perdida en su propio mundo y no le preguntaba dónde había estado o qué había hecho. Por prudencia, decidió esperar a tener hijos hasta anunciar su matrimonio, para evitar que su esposa se sintiera violenta en el trabajo.

Su desbordante felicidad le hizo olvidar lo viejo que era, su empeño en llegar a ser director general y a Qadriyya. Se repetía una y otra vez que la vida se había creado para que sirviera de escenario en la representación de las maravillas de la divina Providencia.

Por primera vez en su vida vestía ropa elegante: un traje gris de lana inglesa y zapatos también ingleses. Las camisas y las corbatas las elegía Radiya. Había adquirido nuevos hábitos: usaba agua de colonia y se afeitaba a diario, incluso estaba dispuesto a teñirse el pelo si fuera necesario. Se acostumbró a vigilar su salud, empezó a tomar vitaminas y cuidaba su aseo personal más que nunca. Un día le dijo a Radiya:

—Contigo, querida, empezaré una nueva vida. —La besó y añadió—: Tendremos hijos… —Se quedó pensativo y prosiguió—: Nadie sabe cuándo le llegará su hora, pero yo desciendo de una familia muy longeva. ¡Que Dios nos conceda larga vida!

Radiya le besó y dijo:

—El corazón me dice que en el futuro seremos muy felices.

—El corazón de un creyente es su guía. Mi fe será suficiente para compensar los numerosos pecados que he cometido y la lealtad con que he servido al Estado me servirá para expiar las numerosas torpezas. Cuando las cosas se arreglen, haré la peregrinación para renacer espiritual y físicamente.

Qadriyya iba de mal en peor, pero, por esta misma razón, él creía que así podría deshacerse de ella. No se atrevía a confesarle que pensaba casarse porque sentía una gran compasión.

No olvidaba que se estaba aproximando al final de su vida laboral y que ya no tenía esperanza de lograr el sueño de su vida. Y, no obstante, sucedió algo inesperado. Abd Allah Waydi fue nombrado subsecretario de Estado en el Ministerio de Asuntos Exteriores y, súbitamente, Uzmán se encontró con el puesto de director general vacante. Cerró los ojos y trató de acallar los latidos de su corazón. Todo lo demás pasó al olvido: su esposa, sus alegrías, sus esperanzas…, para él no había más que el puesto vacante. Su ambición reprimida explotó y, una vez más, consagró su existencia al templo sagrado del ascenso.

Radiya le dijo:

—Todos hablan de ti como el único candidato.

Él dijo con piedad:

—Que Dios haga realidad las esperanzas —respondió con un tono devoto, y luego añadió—: La corriente de la vida es sorprendente. En un instante arrastra las tristezas que ni siquiera la fuerza de todos los océanos juntos podría ahogar. Es una madre cariñosa, a pesar de que a veces nos trate con dureza.

Uzmán se dirigió con prontitud al Ministerio de Asuntos Exteriores para felicitar a Abd Allah Waydi. Este le recibió y le dijo con cortesía:

—Le confieso, Uzmán, que estoy doblemente contento, por mi ascenso como subsecretario de Exteriores y porque estoy seguro de que usted ocupará mi puesto.

Uzmán salió de la oficina ebrio de alegría y esperanza. Se preguntó si le nombrarían director general antes de ascenderle o le dejarían en su puesto hasta que se produjera el ascenso. Cada día que pasaba era un tormento. Sufría, a pesar de que sabía que el ministro tenía una buena opinión de él y que era el principal protegido del subsecretario de Estado. Cuando perdió la paciencia, fue a ver a Bahyat Nur, el subsecretario de Estado. Este le recibió con afecto y le dijo:

—Creo poder leerle el pensamiento.

Uzmán sonrió, confuso, sin saber qué decir. El subsecretario continuó:

—Sin embargo, usted no puede leer el mío.

—Estoy en deuda con usted por todo lo que ha hecho por mí —respondió Uzmán pensativo.

—Lo importante es que tenga un poco de paciencia. Pronto habrá buenas noticias.

Uzmán salió del despacho contento pero preguntándose, al mismo tiempo, por qué le había pedido que tuviera paciencia. Se dijo que las perspectivas eran buenas, pero, a pesar de todo, no podía estar completamente seguro. Se armó de paciencia. A la semana siguiente, el subsecretario le llamó de nuevo. A Uzmán le pareció percibir el brillo de una fría mirada en los ojos de aquel hombre y el corazón le latió con fuerza. Bahyat Nur le dijo:

—Tal vez se esté preguntando por qué se retrasa tanto el ascenso.

—Efectivamente, Excelencia.

—Bien, ya sabe lo que opino de usted. La opinión del ministro coincide con la mía.

—Le estoy muy agradecido.

El subsecretario guardó silencio. Se intercambiaron una larga mirada. Su Excelencia preguntó:

—¿Qué opina usted de este retraso?

—Que las altas instancias deben estar poniendo objeciones —fue su apenada respuesta.

—Para serle franco, se está produciendo una batalla campal.

—¿Y el resultado, Excelencia?

—No creo que el ministro ceda.

—¿Cree usted que puede haber esperanzas? —preguntó Uzmán con la boca seca.

—¡Pues claro que sí! Confíe en Dios. Eso es lo que debe hacer un hombre devoto como usted.

Su confianza en Dios era ilimitada, pero el papel de Satanás en el departamento había sido desde siempre muy activo. Uzmán no dejaba de cruzar los dedos.

—Ya quedan pocas ocasiones —comentó.

—No te preocupes —le dijo Radiya—. El cargo no lo es todo en la vida.

No obstante, Uzmán estaba profundamente triste. La mayor parte de su vida había pasado y los sueños del mundo se habían ido convirtiendo en cenizas. Radiya le propuso ir a descansar a los jardines de al-Qanatir. Le pareció una buena idea y la dejó que lo llevara a pasear por el parque. Ella era la única felicidad de su vida. Radiya dijo riéndose:

—La gente siempre ha olvidado sus preocupaciones en contacto con la naturaleza.

Radiya se sentó en la hierba y se entregó en cuerpo y alma al agua, al

verdor y al cielo salpicado de nubes. Él la miraba con admiración y ternura, mientras le hablaba de la magia de la naturaleza. Pero cuando miraba a su alrededor, veía un paisaje que nunca había significado nada para él, ni siquiera ahora. La verdad es que siempre había estado sumergido en su propio mundo, un mundo de pensamientos ilimitados e ilusiones espontáneamente rechazadas, un mundo en el que predominaban la gloria de Dios en la tierra y la lucha entre el bien y el mal. Aparte de eso, no veía nada en la vida.

—Sin duda te gusta la naturaleza.

—Me gusta.

—¡Fíjate en cuántas parejas de enamorados hay!

—¡Sí, son muchas!

Ella le cogió de la mano y dijo:

—¿Por qué no olvidamos las preocupaciones en medio de esta calma?

—Está bien.

—Pero tú sigues estando triste.

Él suspiró sin responder. Ella continuó:

—Eres un alto funcionario, estás en el primer grado. Otros se sentirían felices con mucho menos que eso.

Estuvo a punto de decirle que la verdadera fe es lo contrario a la felicidad trivial, pero se contuvo. Luego añadió:

—No soy como otros funcionarios. Si me resigno a perder el puesto que merezco estaré manteniendo una actitud despreciable y atentaré contra el sistema moral de la nación.

—¿No crees que exageras tu valoración del funcionariado?

—El funcionario es un ladrillo en el edificio del Estado, y el Estado es un soplo del espíritu de Dios encarnado en la tierra.

Ella lo miró asombrada y Uzmán se dio cuenta de que no comprendía la naturaleza de su fe ni todo lo que entrañaba.

—Ese es un significado nuevo para mí, pero sí he oído decir muchas veces que el espíritu del pueblo procede del espíritu divino —dijo ella.

Uzmán sonrió con desdén.

—No me hables de conflictos políticos.

—Pero es la realidad de la vida.

—No es más que una estupidez.

—Pero el mundo que nos rodea…

Uzmán perdió la paciencia y la interrumpió:

—La verdadera vida está en el corazón.

Temía que ella pudiera pensar que estaba loco, como decían algunos idiotas, e intentó cambiar de conversación.

—Dejemos eso.

Ella sonrió dulcemente.

—Ahora tenemos que hacer público nuestro matrimonio —dijo Uzmán.

—¿Ya no hay dificultades? —preguntó sonrojada.

—Si queremos conseguir la felicidad, debemos enfrentarnos a la vida con valor.

—¡Qué cosas tan hermosas dices!

—Voy a hablar con mi esposa.

Una sonrisa iluminó su triste cara mientras añadía:

—Una fuerza sagrada me impulsa a empezar una nueva vida y a tener hijos que me hagan sentir orgulloso.

37

Uzmán volvió a declarar sus buenas intenciones a la tía de Radiya. Esta dijo:

—Por primera vez me pareces un hombre sensato.

Uzmán y Radiya sonrieron.

—Nuestra vida no tendría sentido sin usted, tía —dijo Uzmán.

La anciana dio su consentimiento sin dejar de sonreír.

—Hemos pasado un día estupendo en al-Qanatir, pero ahora tengo que marcharme —dijo Uzmán.

—¿Hablarás con tu esposa esta noche? —preguntó la tía.

Él respondió, a punto de marcharse:

—Cuanto antes, mejor —respondió, levantándose. Dio un paso, pero se detuvo, pálido.

Radiya le preguntó:

—¿Qué te sucede?

Él señaló hacia su pecho sin responder.

—¿Te sientes fatigado? Siéntate.

—Tengo un fuerte dolor aquí —susurró, tocándose el pecho.

Ella se apresuró a ayudarlo, pero Uzmán se desplomó en su asiento y perdió el conocimiento.

Al volver en sí, se encontró tumbado en la cama con la ropa puesta, excepto los zapatos y la corbata. En la habitación vio a una persona desconocida que, a pesar de su debilidad, se dio cuenta de que era un médico. Radiya estaba pálida y triste; también en el rostro de la tía había una expresión de tristeza. El médico le miró a los ojos y le preguntó:

—¿Cómo se encuentra?

—¿Qué me ha sucedido? —dijo Uzmán.

—Nada serio.

—Pero…

—Pero necesita un largo descanso.

—Me encuentro bien. Creo que me puedo levantar —dijo Uzmán con tono de preocupación.

—Si persiste en su actitud, le diré que no hay que tomarlo a broma. En términos médicos su caso no es grave, pero puede llegar a serlo si no sigue al pie de la letra mis instrucciones. Es imprescindible reposo absoluto, por lo menos durante un mes.

—¡Un mes!

—Debe seguir rigurosamente el tratamiento y la dieta que le voy a indicar. Eso es indiscutible. Le visitaré mañana.

Guardó sus instrumentos en el maletín y se marchó diciendo:

—Le recomiendo que haga lo que le digo.

El médico se marchó. Uzmán le siguió con una mirada de cólera y desesperación. Radiya se acercó a la cama. Lo miró y sonrió para darle ánimo. Le dijo:

—Ten un poco de paciencia y todo saldrá bien.

Los ojos de Uzmán reflejaban inquietud. Ella le tocó la frente con ternura y dijo:

—No te preocupes. Te pondrás bien.

—Pero hay tantas cosas…

—Yo me ocuparé de todo en el ministerio.

—¿Cómo?

—Hay que decir la verdad. No hay nada de malo en ello.

—¡Vaya una situación!

—Y tu esposa también debe saberlo.

—Eso es incluso peor.

—Debemos enfrentarnos a la realidad a cualquier precio.

—Tienes que descansar —medió la tía.

Ella tenía razón. No podía rendirse. El deseo de vivir debía vencer la desesperación. Que fuera lo que Dios quisiera. Después de todo, aquel asunto parecía una broma.

Cerró los ojos, dejando que el mundo exterior siguiera su curso, como si no tuviera nada que ver con él, a pesar de que él era su centro. Los compañeros del trabajo fueron a visitarlo, pero, como tenía prohibidas las visitas, lo inundaron de tarjetas. Leía las oraciones y los buenos deseos que contenían y pensaba en Safán Basyuni y en Hamza al-Suwayfi. Sus recuerdos le llenaron de inquietud. Se preguntó si viviría todavía Hamza al-Suwayfi y cómo se encontraría. También pensó que en el departamento entrarían a trabajar nuevos empleados que no lo conocían y quizá no tuvieran ocasión de conocerlo nunca. Y, por encima de todo eso, las nubes surcaban el cielo y se ocultaban detrás del horizonte. En ese preciso momento comprendió el significado del movimiento del sol.

Cerró los ojos un momento y al abrirlos vio a Qadriyya sentada junto a la cama, mirándolo. Sus ojos expresaban un ensimismamiento blando, indiferente, como la luna velada por una nube transparente. Se dio cuenta de que ya no vivía en este mundo y de que no debía tenerle miedo. Seguramente le habían sugerido que fuera amable con él porque le preguntó con tranquilidad:

—¿Cómo te encuentras?

Él sonrió confundido y murmuró:

—Bien, gracias.

Ella dijo con un tono de reproche:

—Me han dicho que si se te traslada a «tu casa» puede ser peligroso. Me habría gustado cuidarte.

—Gracias, Qadriyya, siempre has sido muy buena conmigo.

—Debes guardar reposo hasta que Dios te devuelva la salud.

Movió la cabeza con un aire de sabiduría desconocido en ella y

prosiguió:

—Te perdono. Lo comprendo todo. Quieres hijos y tienes derecho a ello. El Señor te concederá tus deseos.

—Eres muy buena y comprensiva, Qadriyya.

Se quedó callada y se dejó llevar a su propio mundo, impregnado de los aromas del Paraíso. Uzmán sintió un gran alivio porque el secreto había dejado de serlo y había pasado el momento crítico y explosivo. Pero, por otra parte, era consciente de lo que significaba su enfermedad. «¿Qué esperanza me queda de ascender? ¿Y qué esperanza me queda de tener hijos?»

—Qué extraño, no había tenido ningún síntoma —dijo a Radiya.

—Al médico no le ha sorprendido.

—Esto me ha enseñado lo que significa estar desprevenido.

—Es solo una nube pasajera.

—La verdad es que lo siento mucho por ti.

—¿Por mí? Lo único que me importa es tu salud y tu felicidad.

La miró cariñosamente y dijo:

—Uno no sabe nunca lo que puede pasarle en esta vida.

Ella bajó la cabeza. Uzmán vio cómo ocultaba las lágrimas y dijo emocionado:

—Te estoy muy agradecido. Eres una ráfaga de luz en este mundo carente de lógica y existencia real.

—Llena tu corazón con buenos pensamientos. Será mejor para los dos.

Uzmán suspiró y preguntó:

—¿Se ha marchado Qadriyya en paz?

—Sí.

—Me ha parecido oírla llorar. ¿Qué ha pasado?

—Nada. Es una pobre mujer.

—Sí, uno comete errores tan a menudo como respira.

—Tienes que guardar reposo absoluto.

Uzmán la miró con ternura y le preguntó:

—¿Veremos cumplidas algunas de nuestras esperanzas?

—Si Dios quiere.

La miró con ternura:

—En un momento de desesperación me olvidé del ascenso y albergué todas mis esperanzas en un solo sueño: tener un hijo.

—Lo tendremos.

—Gracias, querida.

—Descansa y todo saldrá bien.

—Pero me pregunto cómo podré perder una esperanza eterna. Eso significa que la destrucción del mundo es posible y que tal vez suceda de la forma más simple.

—¿Por qué no dejas la filosofía para otro momento?

—Está bien.

—¿Quieres algo antes de dormir?

—Conocer el secreto de la existencia —contestó sonriendo.

Por fin pudo recibir visitas. Todos fueron a visitarlo: compañeros, subordinados, ordenanzas y bedeles. Las reuniones tenían lugar en el dormitorio. Permaneció así bastante tiempo y parecía que se iba a recuperar por completo. Las conversaciones giraban en torno a la salud y a la enfermedad, curaciones milagrosas, la misericordia divina, la habilidad de los médicos, noticias del ministerio y del departamento, la carta que le mandó el ministro y la del subsecretario de Estado.

—¿Por qué no ha venido el subsecretario personalmente?

—Está muy ocupado, pero aun así no tiene excusa.

—Bueno, ¿y qué importancia tiene eso?

Rápidamente la conversación se desviaba hacia cosas generales: el último concierto de radio, los precios, las diferencias generacionales, etcétera.

Uzmán participaba en la conversación, pero generalmente se limitaba a escuchar. De pronto se pusieron a hablar de política. Otra vez discutían sobre la lucha de clases, y en sus oídos resonaban, machaconas, sus consignas: la libertad, la democracia, el pueblo, la masa trabajadora, las ideologías revolucionarias, las firmes profecías sobre las revoluciones del futuro…

Se dijo que cada individuo se tambaleaba bajo el peso de sus propias ambiciones. ¿No era suficiente eso? Sin embargo, ellos creían que las esperanzas individuales estaban supeditadas a sus sueños revolucionarios. Bien. ¿Qué revolución le garantizaba la salud, los hijos y el cumplimiento de la palabra de Dios en el sagrado Estado?

Pero él no manifestaba a nadie sus pensamientos. A fin de cuentas, ellos no eran más que un rebaño que se alimentaba de míseros pastos. Ponían sus esperanzas en conseguir sus sueños porque su fe era débil y no sabían que la soledad era un acto de adoración.

Experimentó una cálida sensación nacida de la seguridad de su pronta recuperación y deseó probar sus fuerzas. Encontró la ocasión cuando estuvo solo en la habitación. Se deslizó despacio hasta el borde de la cama y bajó las piernas con cuidado hasta que sus pies tocaron el

suelo.

—¡Que Dios me ayude!

Se levantó, apoyándose en la cama, hasta ir adquiriendo más confianza en sí mismo, y movió los pies con cuidado, como un niño que da sus primeros pasos. Las piernas apenas podían aguantarle de lo débil que estaba y por el prolongado reposo en cama. Avanzó hasta que llegó a la puerta cerrada, la abrió y continuó andando hacia el cuarto de estar. Quería darles una sorpresa agradable. A medida que se aproximaba, oyó voces. Una conversación tenía lugar entre la tía y Radiya.

—¿Quién? ¿Quién? —preguntaba Radiya ásperamente. La tía respondió en voz baja, en contra de su costumbre:

—Tú has sido la perjudicada. Ya te lo avisé.

—¿Qué importa eso ahora?

—Eso te pasa por codiciosa y por no haber pensado fríamente.

—¡Grita más para que te oiga!

Reinó el silencio.

Uzmán volvió a la cama atónito. «¿De qué hablaban? ¿Qué codicia? ¿Qué era lo que tenía que pensar fríamente?» Cerró los ojos y se mordió los labios.

«¡Oh, Dios mío! ¿Qué significa todo esto? ¿Será posible?»

¿Y por qué no? Él mismo había deseado siempre representar ese papel, pero sin éxito. Su sentimiento de frustración era tan fuerte que le parecía imposible poder soportarlo. « ¡Qué imbécil he sido!»

Volvió a recaer y sufrió una fuerte crisis. Durante varios días estuvo entre la vida y la muerte. Sin embargo, decidió aferrarse a la vida por más que sabía que la batalla sería larga y que estaba perdida de antemano.

—¡Que se cumpla la voluntad de Dios!

Todo el mundo decía que ya había pasado la etapa crítica, peor también desde el principio todos sabían que tendría que permanecer en la cama indefinidamente. No reveló su secreto a nadie. Cuando Radiya iba a verlo cerraba los ojos, pero no le guardaba rencor ni

estaba enfadado con ella.

«No tengo derecho a odiarla más de lo que me odio a mí mismo», se decía.

«Sigo queriendo tener un hijo con ella, para que la vida me muestre su lado claro además del oscuro. —Y terminó diciendo—: ¡Qué imbécil he sido! ¡Qué triste final!»

No estaba enfadado, pero sentía que ya no había lugar para él en este mundo.

Una noche, Radiya entró en su habitación muy excitada.

—El subsecretario de Estado ha venido a visitarte —le dijo.

Bahyat Nur entró con su conocida dignidad. Le estrechó la mano y luego se sentó diciéndole:

—Tiene muy buen aspecto.

—Es un gran honor, Excelencia —respondió Uzmán, turbado.

—Usted se merece toda clase de honores. Sus buenos servicios no se pueden olvidar.

A él se le saltaban las lágrimas.

—Su ausencia ha creado un vacío que nadie puede llenar —continuó el subsecretario.

—Es usted muy generoso, por eso habla así.

—Dentro de poco se pondrá bien y volverá con nosotros. Le traigo buenas noticias. —El hombre sonreía mientras Uzmán lo miraba sin comprender—. Se ha aprobado su ascenso a director general. —Uzmán se quedó mirándolo sin ninguna expresión. El otro continuó—: La razón y la justicia han vencido al fin.

—Gracias a Su Excelencia —susurró Uzmán.

—Su Excelencia el ministro me ha pedido que le haga llegar su saludo y sus mejores deseos de pronta recuperación.

—Dele las gracias de mi parte a Su Excelencia.

El hombre se marchó dejándole en el Paraíso, como si hubiera sido un

mensajero de la misericordia enviado del más allá. Recibió la enhorabuena de Radiya y de su tía con los ojos cerrados. Volvió a sentir que no había un lugar para él en aquel mundo.

—¡Qué feliz soy! —oyó decir a Radiya.

Uzmán saboreó su éxito tranquilamente. Por fin podría ser «Su Excelencia», ocuparía el despacho azul, sería él quien dictara las disposiciones legales y las normas administrativas, la línea a seguir en la gestión de la administración y los asuntos del personal; él, un fiel servidor de Dios, capaz como todos sus fieles de hacer el bien y de combatir el mal.

«Me colmarás de gracia, Señor, el día que pueda ejercer el poder y exaltar tu nombre en la tierra.» Pero el médico le dijo:

—Lo que a mí me preocupa es su salud, no su trabajo. —Era un hombre tenaz y obstinado, y, si se cumplía su pronóstico, el ascenso nunca tendría lugar.

—La salud no es suficiente para hacer a un hombre feliz —dijo Uzmán.

—Es la primera vez que oigo semejante cosa —respondió el médico.

—Tal vez pierda la oportunidad de ascender y tenga que jubilarme.

—No se puede hacer nada.

Uzmán pensaba.

«Quizá me hayan ascendido únicamente por lástima, a sabiendas de que no voy a poder ejercer.» Llamó a Radiya y le dijo:

—No quiero ser una carga para ti.

—¿Qué quieres decir? —preguntó perpleja.

—Cuidar de un enfermo es un trabajo muy duro.

Radiya protestó , pero él estaba decidido.

—Voy a decirle al médico que me ingrese en el hospital.

El médico se mostró de acuerdo y dispuso su traslado a una habitación privada del hospital. Aparte de las visitas, volvió a su soledad como en los primeros tiempos.

Los días pasaron con su continua sucesión y Uzmán perdió el contacto con el mundo exterior. Qadriyya también dejó de visitarlo porque su estado empeoraba cada vez más. Él se resignó a su destino, sin preocuparse por el pasado, el presente o el futuro. Soportaba las horas que Radiya pasaba a su lado con gran angustia, pero no exteriorizaba su tristeza; al mismo tiempo, la consideraba un mérito. Seguía creyendo en sus sagradas convicciones, en el esfuerzo y el sufrimiento, en la esperanza lejana y exaltada. Se decía que la incapacidad ocasional para lograr una aspiración no minaba la confianza en ella; ni siquiera la enfermedad o la muerte podían conseguirlo; la nobleza y el sentido de la vida se lograban a base de esfuerzo.

Odiaba las falsas palabras de aliento. Se resignó ante el hecho de que ocupar su nuevo cargo no era más que un sueño, al igual que el hecho de tener hijos, aunque, ¿quién sabe?

Lo que más le dolía era que todo pasara por su lado sin prestarle atención: las citas, los ascensos, las jubilaciones, el amor, el matrimonio y hasta el divorcio, los conflictos políticos y sus emblemas fugaces, la sucesión de la noche y el día…

Las voces de las vendedoras ambulantes anunciaban la llegada del invierno. Tal vez en su tumba nueva, bajo la luz del sol, fuera feliz.

1 Versículo del Corán. (N. de la T.)

2 Título honorífico de origen turco, en la actualidad reducido a mero tratamiento de cortesía. (N. de la T.)

3 Término que se utiliza para designar a las mujeres del pueblo llano. Literalmente significa «madre» y va seguido del nombre del hijo primogénito. (N. de la T.)

4 Literalmente, «anciano». Es el título que recibe quien detenta una autoridad política o espiritual, o bien cualquier persona venerable. (N. de la T.)

5 Nombre de la primera sura del Corán. (N. de la T.)

6 Viento cálido que puede soplar durante varios días seguidos. (N. de la T.)

7 Túnica blanca usada en países musulmanes; se utiliza tanto para hombres como para mujeres. (N. del e.)

8 Omar al-Jayyam (1048-1125). Matemático y astrónomo, aunque más célebre como poeta. El nombre de Jayyam significa «fabricante de tiendas». Su libro de poemas al-Rubaiyyat (Cuartetas) ha sido traducido a numerosas lenguas. Su fama en Occidente se debe a la traducción al inglés de Edward Fitzgerald en el siglo xix. Dicha traducción presenta una compilación de ideas sufíes, revestidas de hedonismo. (N. de la T.)

9 Abul ‘Ala al-Ma‘arri (973-1057). Uno de los más famosos poetas

árabes. Nació y murió en Siria. Ciego desde la infancia, en sus escritos logró una gran originalidad y una refinada elegancia. (N. de la T.)

10 Husayn (624-680). Segundo hijo de Ali y de Fátima, y nieto del profeta Mahoma. Su muerte en la batalla de Kerbala le convirtió en un símbolo para los chiíes. (N. de la T.)

11 Así se denomina a los primeros califas: Abu Bakr, Umar, Uzmán y Ali, sucesores del profeta Mahoma, por su gran dimensión espiritual. (N. de la T.)

12 Ismail Pachá fue Jedive de Egipto entre 1863-1879. Su época fue un periodo de importante desarrollo. (N. de la T.)

13 Nicho semicircular u hornacina en la pared de una mezquita indicando la alquibla, es decir, la dirección de la Kaaba en La Meca. (N. del e.)

Índice

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38